

SECRETOS EN LA NUBE



SECRETOS EN LA NUBE

JORGE ALONSO

SECRETOS EN LA NUBE

canarias
eBook

1ª edición, DICIEMBRE de 2016

© de los textos: Jorge Alonso
© de la ilustración de cubierta: CanariaseBook
© de esta edición: Cam-PDS Editores SL
© del *ebook*: CanariaseBook

ISBN: 978–84–16754–14–4
Depósito Legal: GC 1074–2016
Revisión de ortografía y estilo: CanariaseBook

Edición de Cam-PDS Editores SL

C/ La Fontana de Oro, 54, bajo (actual C/ Senador Castillo Olivares)
35003 Las Palmas de Gran Canaria
Tfno.: 928 054 344 | Móvil: 695 571 983
editorial@cam-pds.com | informacion@canariasebook.com

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, del *ebook* y del libro en papel, no prevista en la ley, sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual.

*A María Jesús, María y Javier.
Porque solo existe aquello que se comparte.*

PROMOCIÓN PARA COLEGIOS

7€*



*Condiciones de la oferta
25 ejemplares a 7€ la unidad
informacioncanariasebook.com
928 054 344 y 600 334 430

canarias
eBook

Tenía cincuenta y pocos años y, como a tantos de su generación, la vida lo había obligado a reconvertirse y a buscar nuevos caminos. Fabián Buendía, un economista de los de la vieja escuela, era un bróker que gestionaba las carteras de algunos de los clientes más fieles que había conseguido captar después de que el banco donde había trabajado durante más de treinta años prescindiera de sus servicios.

Había montado el despacho profesional en su propio domicilio, un dúplex a las afueras de la ciudad con unas magníficas vistas hacia el acantilado. Le pareció que era la mejor manera de volver a empezar, al mismo tiempo que se ahorrraba el costoso alquiler de un local.

Estaba casado con Miriam, su novia de toda la vida y su esposa desde hacía más de quince años. Fabián y Miriam tenían dos hijos, Julio y Lorena, dos adolescentes que desde hacía algún tiempo administraban sus vidas con el mejor criterio juvenil.

No vivía mal. Había sabido adaptarse a su nueva situación y ahora llenaba el tiempo entre el trabajo, la familia y los amigos.

Cada día, la rutina se apoderaba de la familia Buendía. Julio y Lorena cogían el tren hacia la universidad, Miriam corría para no llegar tarde al trabajo y él subía lentamente la escalera hacia su despacho, que ocupaba la antigua habitación de invitados de la planta alta de la casa.

Dedicaba gran parte del tiempo a analizar los datos bursátiles de sus terminales financieras. Los números de las

FELICIDADES

pantallas cambiaban continuamente, y era preciso ser todo un experto para intuir las tendencias de los mercados y rascar algún beneficio de las rentas de los clientes.

Como cada mañana, subió la escalera, encendió el ordenador y comenzó la jornada laboral. Un aviso en la pantalla le indicó que tenía un nuevo mensaje en el servicio de mensajería del sistema de información bursátil.

De: FIY

Para: Fabián Buendía

Asunto: Para su información

Laboratorios PIUS anunciará mañana el lanzamiento de un nuevo fármaco que curará la diabetes y eliminará la administración de insulina a millones de enfermos en el planeta.

Fabián, en principio, no le dio mayor importancia a la noticia y siguió repasando la bandeja de entrada de su correo electrónico. Después de ponerse al día con las tareas ordinarias del despacho, un pensamiento fugaz pasó por su cabeza: «Pues no tenía ni idea de que Laboratorios PIUS estuviese tan avanzado en su desarrollo de I+D+i+d.»

Abrió el navegador de Internet y comenzó a buscar más información para ampliar la noticia que le había llegado por medio de aquel misterioso remitente, FIY. Estuvo un buen rato rastreando por la red, pero no encontró nada que hiciera mención al nuevo fármaco, más bien todo lo contrario.

Laboratorios PIUS era una de las empresas más antiguas del sector farmacéutico que, si bien tuvo su momento de gloria al lanzar los primeros antigripales en sobre, hacía bastante tiempo que había venido a menos. De hecho, su cotización en bolsa había caído más de un 50% en el último año, situándose en mínimos históricos.

Siguió dándole vueltas a la cabeza. Algo no encajaba con la información que le había llegado a través de aquel mensaje

anónimo. «¿Y si lo del lanzamiento del nuevo fármaco fuera cierto? ¿Y si se tratara de un soplo que un especulador ha filtrado para desestabilizar los mercados? ¿Cuánto subirían las acciones de Laboratorios PIUS una vez se conociera la noticia a nivel mundial?».

Nunca fue un hombre amante del riesgo, su perfil como inversor era más bien conservador, pero por una vez en la vida estaba decidido a romper el molde y a aprovechar aquella información que misteriosamente había caído en sus manos.

Inició la sesión en su terminal y con el pulso tembloroso introdujo la orden de compra de acciones de Laboratorios PIUS por valor de 200.000 €. Era casi todo lo que le quedaba del dinero que había cobrado después del acuerdo amistoso alcanzado con el banco al que tanta vida dedicó. Por primera vez se lo jugaba todo a una carta.

Apagó el ordenador, cerró la puerta del despacho y se fue a hacer la comida. Pronto llegarían Miriam, Julio y Lorena. Todo debía estar preparado para el almuerzo familiar. Cuarenta minutos al horno y listo.

El resto del día transcurrió lentamente. Fabián no había querido comentarle nada a Miriam acerca de su salto al vacío, pero ella sabía que algo pasaba. La conducta de su marido no era la habitual, estaba inquieto. Eran muchos años de convivencia y se conocían a fondo, al menos ella así lo quería creer.

Cada segundo que pasaba el hombre se arrepentía una y otra vez de su impulsiva decisión. A su edad ya no estaba para meterse en esos líos, pensaba de manera recurrente.

Se fue a la cama temprano creyendo que así la noche sería más corta, pero la vigilia se le hizo interminable. Ni las anodinas tertulias radiofónicas servían para conciliar el sueño. Tras varias horas de desvelo, el agotamiento acabó por cerrarle los ojos.

Se despertó sobresaltado y encendió la luz del despertador. Eran las 05:58 de la mañana. Todavía quedaba un rato para que diera comienzo la rutina familiar. Se levantó con sigilo, se puso las zapatillas y se dirigió al cuarto de estar en busca de su *tablet*.

Con el miedo encogiéndole el estómago, encendió el dispositivo y localizó en 'Favoritos' el icono de su diario digital preferido. No daba crédito a lo que sus legañosos ojos intuían leer: «Laboratorios PIUS lanza un fármaco que cambiará la vida de millones de personas con diabetes».

Buscó en otro periódico para contrastar la información, y en otro, y en otro... Todos destacaban en su edición digital la misma noticia. Ahora solo faltaba esperar a que abrieran los mercados bursátiles internacionales y observar cómo las acciones de Laboratorios PIUS subían espectacularmente como la espuma.

No pudo reprimir más la emoción y, con las primeras luces del alba, fue a buscar a Miriam, que todavía guardaba la cama estirando los últimos minutos del sueño mañanero.

—Miriam, somos ricos —le dijo al oído con un dulce beso que entreabrió sus ojos.

Miriam no le hizo mucho caso y se dio la vuelta para evitar la luz del amanecer que, inevitablemente, entraba por la ventana del dormitorio. Él insistió:

—Miriam, somos ricos.

A media voz le fue contando toda la historia de Laboratorios PIUS y del extraño mensaje que lo había llevado a dejarse guiar por la intuición, aunque solo fuera por una vez en su vida. Miriam encendió la luz de la mesilla de noche, se incorporó, miró a Fabián con cara de asombro, casi de incredulidad y algo de enfado, aunque finalmente se transformó en una sonrisa de enorme felicidad.

—Sabía que algún día tendríamos un golpe de suerte —dijo abrazándose al cuello de Fabián.

Mientras se vestían para arrancar el día, no dejaron de hacer planes para su futuro más inmediato. Hablaron del viaje que siempre habían soñado y de la oportunidad que tenían de ayudar a su cuñado, que tan mal lo estaba pasando desde que el banco ejecutó el desahucio de su abusiva hipoteca.

También soñaron con el futuro de sus hijos. Como todos los padres, imaginaron lo mejor para Julio y Lorena, pensando que el dinero ya no sería una excusa para no cumplir los sueños e ilusiones de juventud. Por un momento sintieron que lo tenían todo.

Como cada día, Miriam salió a toda prisa hacia el trabajo y los chicos tomaron su camino hacia la universidad. Sin lugar a dudas, hoy no era un día cualquiera en la vida de la familia Buendía.

Fabián decidió romper la rutina para celebrar su golpe de suerte y, en lugar de subir la escalera hacia el despacho, cogió las llaves de su moto para recorrer el camino que bordeaba el acantilado.

La carretera era tremendamente sinuosa. Le encantaba sentir el viento deslizarse sobre su cuerpo mientras aumentaba la velocidad. Levantó la vista hacia el horizonte y volvió a dar gas. Al final de la carretera se veía un pequeño hotel a la orilla de la playa, el destino de su improvisado paseo mañanero.

Dejó la moto en la puerta del hotel y entró por la recepción dando voces, como si estuviera solo y nadie pudiese escucharlo.

—¡Susana, Susana! No te lo vas a creer. ¡Susana! —gritaba mientras se quitaba el casco y la chaqueta de cuero.

—Baja la voz, Fabián, ¿o te crees que no hay más clientes en el hotel? —le espetó Susana.

Susana y Fabián se habían conocido hacía ahora tres años, cuando a Fabián lo despidieron del banco. Fue una

época donde el banquero se encontraba más que perdido y pasaba las horas muertas de la mañana en el bar del hotel de la playa.

Susana dirigía el negocio desde que se abriera una década atrás. Era una mujer de una belleza singular, de esa que pocos hombres saben apreciar. Había sido el apoyo perfecto para Fabián durante el tiempo en que la vida se le puso cuesta arriba.

Lo animaba, lo escuchaba, le aguantaba sus momentos de desvarío, lo acompañaba en sus largos paseos en moto... y lo amaba. Entre ellos había algo más que una profunda amistad, era un cariño forjado a fuego lento justo cuando Fabián más lo necesitaba.

El bróker le contó a Susana la historia del misterioso mensaje y de las acciones de Laboratorios PIUS. Ya que estaba en faena, aprovechó para poner un poco de aventura y un mucho de valor y coraje que seguro le vendría muy bien para restaurar la imagen de pobre hombre que quizás la mujer todavía tenía de él.

—Susana, vamos a celebrarlo. Cogemos la moto y nos perdemos. ¡Hoy es un día especial! —le propuso con entusiasmo.

Susana se lo quiso pensar un instante, pero comprendió que no era el momento de hacerse de rogar. Dejó el trabajo organizado con la gobernanta del hotel y cogió el casco que Fabián le había regalado por su cumpleaños. Lo guardaba con mimo en el armario de la recepción para estas visitas inesperadas de su fiel acompañante.

Se agarró con firmeza a su cintura y recorrieron kilómetros y kilómetros dejando atrás el hotel, la playa, el acantilado... hasta introducirse en un pequeño bosque que les servía habitualmente como escondite para ocultar sus encuentros furtivos.

Fabián comenzó a hacer planes junto a Susana. Su entusiasmo aumentaba por momentos. Era como si, de repente,

el golpe de suerte de Laboratorios PIUS hubiera servido para destapar el lado más atrevido de aquel hombre que hasta ayer había sido más que previsible.

—Susana, vayámonos hasta un lugar donde nadie nos conozca y empecemos juntos una nueva vida —dijo entre el miedo y el deseo.

—¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

—Sabrán vivir sin mí. Hay dinero suficiente para que pronto me olviden —respondió inmediatamente mientras le acariciaba el pelo.

Hablaron largo y tendido de su futuro, sin prisas, como solo lo saben hacer los enamorados. Se miraron, se abrazaron, se besaron con complicidad y se quedaron callados un buen rato mientras la tarde comenzaba a caer.

—Tengo que volver al hotel. Hoy entra una expedición de turistas alemanes y es preciso dejar el *check-in* preparado antes del cambio de turno.

Se incorporaron, cogieron las chaquetas y se dirigieron hacia el lugar donde habían aparcado la moto. Antes de ponerse el casco, Fabián dijo:

—Espera, Susana. Quiero immortalizar este momento para siempre. A partir de hoy, nada volverá a ser como antes. Tú y yo juntos hasta la eternidad.

Sacó su *smartphone* del bolsillo de la chaqueta, enfocó la cámara hacia ellos, estiró el brazo y apretó el botón. En la pantalla del móvil se veía a la feliz pareja besándose con pasión, como solo lo hacen los enamorados. Un *selfie* que recordarían para siempre como el primer día de su nueva vida.

Hacía un rato que Miriam había llegado a casa y esperaba a Fabián con una botella del mejor champán francés en la nevera para celebrar su golpe de suerte. Los chicos llegarían tarde de la universidad y ellos tendrían un rato para darse un homenaje.

NO LE EXTRAÑÓ QUE Fabián no hubiera regresado todavía. De vez en cuando se perdía con sus amigos y alargaba la tarde, pero siempre llegaba a tiempo para la hora de cenar. El sonido de su móvil hizo que fuera al salón en busca del bolso. Supuso que sería Fabián para decirle que estaba en camino.

Deslizó su dedo sobre la pantalla y arrastró el icono que le indicaba que tenía un nuevo mensaje:

De: FIY

Para: Miriam Jiménez

Asunto: Para su información

Se extrañó al ver que se trataba del mismo remitente del que le había hablado su marido por la mañana. El mensaje llevaba un fichero adjunto. Miriam lo abrió y vio la foto de Fabián, con una mujer, entregado al beso más pasional que nunca había podido imaginar.

Respiró tres veces, contó hasta diez y contuvo las ganas de gritar y estallar el móvil contra el suelo.

Mientras tanto, Fabián enfilaba la última recta antes de llegar a la cuesta de su casa. Paró el motor de la moto, se quitó el casco y cogió las llaves de la puerta del garaje. Mientras se acercaba, su rostro iba tomando una expresión de asombro.

En la puerta había dos maletas junto a una foto de un hombre y una mujer besándose con pasión. En el reverso, una frase escrita con letra clara y pausada decía: «Ahí te quedas. ¡Que te jodan, cabrón!».

Fabián Buendía nunca supo cómo su vida se había ido al traste en un segundo.

No le resultó sencillo recomponer su vida. Miriam tardó varios meses en volver a ser aquella mujer vital, de ideas claras y con una fuerza arrolladora que la convertía en el motor de la familia.

Fueron muchos años junto a Fabián, muchos sueños rotos en un instante y mucho dolor que digerir de un solo trago. Sin embargo, al final el sol siempre vuelve a salir y la vida regala cada día una nueva oportunidad.

Miriam rondaba los cuarenta y le gustaba presumir de ello porque, desde luego, eran unos cuarenta muy bien llevados. Conservaba aún el brillo propio de la juventud, pero empezaba a mostrar la belleza que solo puede dar la madurez. Era una mujer elegante, con estilo propio, de esas que dejan a su paso un rastro inconfundible de energía positiva.

Tenía el pelo negro, muy corto. Le gustaba cuidarse y se preocupaba bastante por su alimentación. Siempre que podía intentaba robarle alguna hora al día para ir a su gimnasio de toda la vida. Hacía poco tiempo que había comenzado a hacer *running* aprovechando la llegada de la primavera y los inesperados cambios en su rutina familiar.

Trabajaba en una agencia de publicidad desde hacía siete años. Era una profesional reconocida en el sector. Comenzó llevando pequeñas cuentas, aunque no tardó en coger las carteras de los clientes más importantes de la firma. Su deseo era convertirse en la directora de Operaciones de Flash Advertise. Solo ella sabía lo duro que había trabajado y a lo mucho que había renunciado para llegar hasta allí. En

breve el puesto que tanto deseaba quedaría vacante por la jubilación anticipada de Andrés Montes, un peso pesado de la empresa, además de ser su mejor valedor y su jefe.

Miriam vivía su trabajo con intensidad y disfrutaba con cada nuevo reto que se presentaba sobre su mesa. No sabía por qué extraña razón siempre le tocaban los asuntos imposibles. Sin embargo, ella no se achicaba y terminaba consiguiendo una sonrisa de satisfacción incluso de los clientes más complicados.

—Miriam, por favor, cuando puedas, ven a mi despacho —sonó la voz de Andrés en el altavoz del teléfono de su mesa.

Miriam no le dio mayor importancia a la llamada. Era habitual que Andrés requiriera su presencia un par de veces al día. Le gustaba intercambiar impresiones o simplemente compartir alguna idea de esas que él calificaba de geniales, pero que generalmente quedaban en nada.

Lo que no podía sospechar era que aquella llamada escondía la oportunidad que desde hacía algún tiempo estaba esperando.

—Hola, Andrés. ¿Se puede? —preguntó Miriam con el entusiasmo que la caracterizaba dando unos sutiles golpecitos en la puerta.

—Pasa, por favor, quiero hablarte de un asunto importante. Cierra la puerta y siéntate.

El despacho de Andrés era amplio y luminoso. Se podría pensar que estaba decorado de forma minimalista para un hombre de su edad, pero Andrés nunca fue una persona que respondiera a los patrones habituales del ejecutivo de casi sesenta años que a esas alturas de la vida lo ha conseguido todo en la profesión y se dedica a llenar las paredes del despacho de premios y fotos relevantes de su dilatada carrera.

Conocía a Miriam desde el primer día que llegó a Flash Advertise. De hecho, él mismo había participado en su

proceso de selección y, desde que la vio, adivinó el gran potencial que poseía. Ahora la tenía sentada frente a él y no podía dejar de admirar a la enorme profesional en la que se había convertido en tan solo siete años.

Andrés se levantó del sillón y se sentó en la silla de confidente que estaba junto a Miriam.

—Como sabes, la empresa me ha propuesto la jubilación y, después de mucho pensarlo, he dicho que sí —comenzó hablando Andrés—. Todavía quedan bastantes flecos por cerrar, pero la decisión está tomada. Entre las condiciones acordadas, hemos decidido que sea yo quien designe a la persona que ocupará mi puesto.

La cabeza de Miriam empezó a correr al mismo tiempo que escuchaba a Andrés. Este hombre le daba una seguridad y un aplomo que nadie más era capaz de transmitirle. Cuando estaba junto a él, se sentía mejor persona y mejor profesional. Andrés siguió hablando mientras Miriam le prestaba toda su atención.

—Como te podrás imaginar, tú eres mi mejor opción, siempre lo has sido, y a mi edad no voy a cambiar de opinión. Miriam, ha llegado tu momento, pero no quiero que haya ningún tipo de dudas ni sospechas que puedan hacer pensar que mi decisión está basada en el cariño y en el aprecio que te tengo —continuó al tiempo que le lanzaba una mirada de complicidad—. Por eso, es necesario que seas tú misma la que dé la estocada definitiva y te ganes el puesto. Tengo un plan y quiero compartirlo contigo.

Se sirvieron una copa del mueble bar y se acomodaron en el sofá del despacho. Andrés comenzó a contar con todo detalle el reto que Miriam tendría que superar si quería ocupar su silla y ser la nueva directora de Operaciones de Flash Advertise.

La chica sacó su *tablet* para tomar notas mientras que Andrés dejaba sobre la mesa el grueso dossier del nuevo

cliente que pretendía captar la firma: Surf & Cook. Escrito en la portada de la carpeta se podía leer *'Top secret'*.

Surf & Cook era una empresa de actividades acuáticas que combinaba su oferta de ocio deportivo con una cadena de restauración de locales a pie de playa. Su dueño —Miguel Montañez— era un joven emprendedor hecho a sí mismo que había sabido combinar su pasión por el surf y el gusto por la buena cocina para crear en muy poco tiempo uno de los negocios más prósperos del país.

Con tan solo veinticinco años, Miguel Montañez se contaba entre las diez fortunas más grandes de la nación. Ahora quería ampliar su negocio y planeaba abrir franquicias a nivel mundial para consolidar definitivamente la marca.

Era ahí donde entraba en juego Flash Advertise. La firma se había propuesto captar al cliente y sumarse a su estrategia de globalización. Millones de euros estaban en juego y no era cuestión de dejar la cuenta en manos de cualquiera. Andrés Montes fue muy claro:

—Miriam, esta es la tuya. Es un todo o nada —le dijo con un tono de inesperada frialdad—. Tú decides.

Miriam guardó silencio durante unos segundos. Tenía claro lo mucho que se jugaba y sabía que la vida pocas veces regala una oportunidad como la que le estaba ofreciendo su mentor. Respiró profundamente, lo miró a los ojos y respondió:

—Sí. Voy a por todas. No te defraudaré.

—Estupendo, Miriam —sonrió Andrés—. Miguel Montañez te espera mañana a las 09:00 en su despacho de la Avenida Wellington, 72.

Miriam salió del despacho consciente de la responsabilidad que ahora pesaba sobre sus espaldas, pero con la seguridad de saber que tenía el conocimiento y la experiencia más que suficiente para estar a la altura de un cliente tan exigente como Surf & Cook.

Se sintió afortunada por poder demostrar su valía y dio gracias a la vida por darle la oportunidad que tanto tiempo había esperado. Cuando se tranquilizó, comenzó a sentir el vértigo de quien mira al abismo y no alcanza a ver el final de la caída. La adrenalina recorrió todo su cuerpo y apareció un leve cosquilleo en el estómago.

Le costó dormirse y, en la soledad de su cama, se abrazó a la almohada esperando que el sueño la atrapase. Pasaron una, dos, tres horas... hasta que el cansancio terminó por vencerla.

Saltó de la cama desde que escuchó el primer *bip* del despertador. Fue a la habitación de Julio y Lorena, les dio un beso de buenos días y corrió al baño para darse la ducha matutina que anunciaba el comienzo de la jornada.

Buscó en el armario un vestido clásico y elegante. Tenía muy clara la imagen que quería transmitir. El día anterior había ido a la peluquería a repasar su corte, ya de por sí apurado. Ahora tenía el pelo bastante más corto de como solía llevarlo. Se sentía guapa y segura de sí misma. Hoy nada podía salir mal.

Se miró al espejo por última vez, cogió las llaves del coche y caminó hacia el garaje. Encendió el GPS y buscó la Avenida Wellington. Ya estaba en camino.

Mientras dejaba atrás las enormes arboledas y los innumerables semáforos, iba repasando en su cabeza cada una de las palabras que le diría a Miguel Montañez. Se había documentado bien y conocía lo suficiente Surf & Cook como para salir airoso de este primer encuentro. El dossier que le había entregado Andrés Montes estaba perfectamente elaborado y contenía una descripción exhaustiva del dueño de la empresa.

La señorita del GPS tomó la palabra por última vez:

—Avenida Wellington, 72 a 300 metros. Fin de trayecto.

Paró el coche, se cambió los zapatos de conducir por los de tacón y se dispuso a subir las escaleras de la entrada del

imponente edificio acristalado. En la puerta, en grandes letras de acero, emergía desde el suelo el logo de la empresa: Surf & Cook.

—Buenos días —dijo Miriam amablemente a la señorita de la recepción—, soy Miriam Jiménez, de Flash Advertise. Tengo una cita con el señor Montañez.

La chica consultó la agenda en su ordenador y confirmó la información.

—Bienvenida, señorita Jiménez. Suba a la planta 25, el señor Montañez la está esperando.

Avanzó unos pasos y recorrió el enorme *hall* del edificio hasta llegar a la zona de ascensores. Tuvo que esperar unos minutos hasta que las puertas se abrieron. Mientras subía las veinticinco plantas, aprovechó para dar unos retoques al pintalabios y atusarse el pelo. Se veía radiante. «Hoy nada puede salir mal», se repetía en su interior.

Los últimos pisos se le hicieron interminables. Por fin las puertas del ascensor se abrieron y accedió a un recibidor con un gran ventanal que le mostraba una vista de la ciudad desconocida para ella.

—Es impresionante, ¿verdad? —escuchó Miriam mientras un hombre joven se le acercaba con aire pausado—. Miguel Montañez. Un placer. Usted debe de ser la señorita Jiménez.

—Miriam Jiménez, de Flash Advertise.

Intercambiaron algunos comentarios banales sobre el tráfico y el tiempo en la ciudad en aquella época del año mientras aprovechaban para examinarse discretamente y entraban en el despacho. Tomaron asiento alrededor de una mesa redonda de cristal.

Miriam sacó una tarjeta de visita de su cartera y la puso sobre la mesa, delante del señor Montañez.

—Miriam Jiménez. Ejecutiva de cuentas —leyó a media voz Miguel Montañez sin coger la tarjeta en sus manos—.

Esperaba al señor Montes, pensaba que Flash Advertise enviaría a su director de Operaciones, pero ya veo que me equivoqué.

«Parece que empezamos con mal pie», pensó Miriam fugazmente al tiempo que intentaba mantener la compostura y mostrarse impasible ante el primer comentario inesperado de su interlocutor.

—El señor Montes no ha podido venir. Me ha pedido que disculpe su ausencia. Ha confiado en mí para llevar la cuenta de su empresa. Estoy segura de que no lo defraudaremos —dijo con todo el aplomo que fue capaz de mostrar.

La atmósfera del despacho era fría. Miriam sentía que las cosas no iban como ella había planeado y todo el discurso que había ensayado en su cabeza camino de la Avenida Wellington empezaba a desmoronarse.

Miguel Montañez tomó la iniciativa y se acomodó en su silla, dando a entender que tenía la situación bajo control y que él marcaría el ritmo del encuentro. Dejó que pasaran unos segundos y volvió a hablar:

—Señorita Jiménez, doy por hecho que antes de llegar aquí habrá estudiado a fondo Surf & Cook y que, además, habrá tenido tiempo de leer algunas de las muchas entrevistas que me han hecho en los últimos meses. Así que, sobre el papel, usted conoce más de mí que yo de usted, por lo que se podría decir que parte con cierta ventaja en nuestra nueva relación.

El señor Montañez tomó parsimoniosamente un trago de agua y volvió a tomar con la palabra.

—Doy por hecho que su empresa está más que preparada para llevar adelante el proyecto que necesitamos en Surf & Cook; de lo contrario, mis asesores ya se habrían encargado de desestimar su propuesta y ahora mismo estaría hablando con alguien de la competencia —continuó con un tono ligeramente prepotente que no debió de gustar demasiado a

FELICIDADES

Miriam—. Como sabe, estos asuntos de campaña los lleva directamente el departamento de *Marketing* y Publicidad, y serán ellos los que le darán los detalles exactos del nuevo proyecto que tenemos entre manos y que permitirá que Surf & Cook sea muy pronto una gran multinacional.

Tras un buen rato de conversación, Miriam comenzaba a no entender nada. Si Miguel Montañez no era la persona que supervisaría directamente el proyecto, entonces cuál era el motivo de aquella entrevista.

—Señorita Jiménez, quiero hablarle de algo que seguramente no está escrito en el dossier que le han entregado en su empresa y que tampoco aparece en las entrevistas de color salmón que habrá leído sobre mí. Le voy a decir el secreto del éxito de Surf & Cook —se hizo el silencio por un momento y Miguel dijo con firmeza—: la pasión.

»Esa es la clave, Miriam. El surf es mi pasión y para mí Surf & Cook no es solo un trabajo, es mi vida, porque mi vida es el surf y tengo la suerte de poder dedicarle todo mi tiempo a lo que realmente me llena. Lo del ‘Cook’ vino después —continuó Miguel—, digamos que fue una consecuencia de las largas tardes en la playa y la necesidad de reponer fuerzas después de luchar contra las olas.

Miguel se revolvió en la silla y, por un instante, se dio cuenta de que había perdido la compostura ensayada de ejecutivo agresivo mostrando su lado más juvenil y entusiasta.

—Señorita Jiménez, ¿ha captado la idea? —concluyó fríamente.

Hasta ese momento Miriam había guardado un respetuoso silencio mientras tomaba nota de todo lo que decía su cliente. A la vez, asentía con movimientos leves de cabeza y miradas cómplices que mostraban su interés por las palabras del director general de Surf & Cook. Ahora era su turno.

Respiró, se incorporó en la silla y, sin tener muy claro por dónde empezar, comenzó a hablar con la intención de

ir montando su discurso en función de las reacciones de su interlocutor.

—Creo que nos parecemos en algo, señor Montañez. Los dos ponemos pasión en lo que hacemos y amamos nuestro trabajo. Estoy segura de que no nos costará entendernos —comenzó diciendo con aplomo—. El proyecto de internacionalización de Surf & Cook me parece muy interesante y estoy segura de que podremos aportar mucho para apoyar su ambicioso objetivo. Pondré a todo mi equipo a trabajar inmediatamente para traerle las primeras propuestas de campaña la semana que viene. No le defraudaremos —concluyó Miriam mostrando una amplia sonrisa.

Miguel la miró con cierta cara de decepción. No esperaba una respuesta tan formal y convencional después del pasional alegato que había hecho de su empresa y de su vida. Creía que esto no daría mucho más de sí y, como tantas veces, se sintió un joven incomprendido.

Sin dejar entrever su frustración, se levantó de la mesa y amablemente acompañó a Miriam hasta la puerta de su despacho.

—Muchas gracias por su tiempo, señorita Jiménez. Quedo a la espera de sus noticias para continuar con el asunto. Cuando tenga preparada su propuesta, hable con el señor Cáceres, mi director de *Marketing*, él me la hará llegar.

Se dieron la mano cortésmente y se despidieron pensando que no volverían a verse.

Miguel cerró la puerta de su despacho y se sentó en la misma silla que había ocupado la mujer durante la última hora. Lamentaba haber sido tan sincero mostrando su lado más juvenil delante de una desconocida. Incluso llegó a pensar que había sido un error haberse entrevistado con Miriam. Tenía que haber delegado en su director de *Marketing* y haberse quedado en segundo plano para tomar la decisión final.

FELICIDADES

El joven siempre se había sentido incómodo en este mundo de tiburones de cuello blanco. Lo suyo era el surf, el resto le sobraba, pero sabía que el proyecto de internacionalización era muy importante para el futuro de la empresa y por eso había decidido pilotarlo directamente hasta el final. Quería estar seguro de que la esencia de Surf & Cook quedaba reflejada en la nueva campaña publicitaria.

Miriam se quitó los zapatos de tacón y se puso los de conducir. No paraba de darle vueltas al encuentro con el señor Montañez. Sabía que no había estado a la altura y que no había sido capaz de empatizar con su nuevo cliente. Quizás fuera por la diferencia de edad o por su desconocimiento del sector del ocio deportivo, pero lo cierto es que la cosa no había salido como esperaba.

Llegó a su despacho y sonó el teléfono:

—Miriam ¿qué tal ha ido con el señor Montañez?
—preguntó la voz de Andrés Montes.

—Bien. Si tienes un momento, nos vemos cinco minutos y te cuento.

—Estupendo, te espero en mi despacho. Estoy deseando escucharte.

Hablaron durante más de media hora e intercambiaron impresiones sobre el nuevo cliente y el enfoque que se podría dar a la cuenta.

—Andrés, haré todo lo que esté en mi mano para conseguir la cuenta de Surf & Cook. Es una oportunidad que no pienso desaprovechar —dijo Miriam intentando transmitir el mayor convencimiento con sus palabras—. Muy pronto Miguel Montañez será nuestro principal cliente.

Andrés la miró y esbozó una sonrisa. Conocía bien a Miriam y sentía que le ocultaba algo. Sabía que no había conseguido entrar en sintonía con el cliente y que, por más seguridad que intentara mostrar ante él, no las tenía todas consigo.

—Estoy seguro, Miriam. Dale duro, ya sabes que nos jugamos mucho con esta cuenta.

Miriam convocó a todos los miembros de su equipo y les presentó el nuevo proyecto al que se enfrentaban. Todos comprendieron la importancia que la cuenta de Surf & Cook tenía para el futuro de Flash Advertise y se conjuraron para poner su mejor versión a disposición del equipo.

Trabajaron duramente día y noche, de lunes a lunes, así durante tres intensas semanas. Hasta que no estuvieron satisfechos con el resultado final no dejaron de pulir los pequeños detalles de la nueva campaña que presentarían a Surf & Cook.

Por fin lo dieron por terminado. Era un trabajo realmente impecable. Todos los miembros del equipo se miraban y se reconocían en cada uno de los soportes publicitarios del amplio dossier que Miriam enviaría al señor Cáceres, quien, a su vez, lo haría llegar a Miguel Montañez.

—Andrés, ya está listo —sonó la voz de Miriam en el móvil de Andrés Montes—. Cuando quieras, nos vemos en la sala de demos y te presento la propuesta para Surf & Cook.

—Estoy ahí en cinco minutos.

Miriam respiró por un instante mientras esperaba en la sala para presentarle el dossier a su jefe. Intentó tranquilizarse, no quería mostrar ni un ápice de inseguridad delante de su mentor.

—Enhorabuena, Miriam. Es un trabajo excelente. Felicita a tu equipo.

La amplia sonrisa de Miriam reflejaba su satisfacción. En su cabeza ya se veía como la nueva directora de Operaciones de Flash Advertise.

—Ahora solo falta la firma de Miguel Montañez y tu sueño se habrá hecho realidad —concluyó Andrés sin disimular su alegría—. Pronto seré un feliz jubilado, señorita Jiménez.

FELICIDADES

Miriam preparó personalmente la propuesta. Metió el dossier en una caja de Flash Advertise y llamó al mensajero.

—Se lo entrega en mano al señor Cáceres.

«La suerte está echada. Ahora solo queda esperar», se dijo.

Al día siguiente, Javier Cáceres, director de *Marketing* de Surf & Cook, abrió el paquete que tenía sobre su mesa. Estaba perfectamente envuelto, con una cuidada presentación que culminaba con el logo de Flash Advertise con letras en relieve.

—Miguel, buenos días, soy Javier —sonó la voz del director de Marketing en el despacho del señor Montañez—. Acabo de recibir la propuesta de Flash Advertise. ¡Te va a encantar! —dijo alzando la voz y mostrando todo su entusiasmo—. Te la llevo ya a tu despacho.

Desplegaron todos los soportes del dossier sobre la mesa de reuniones del despacho de Miguel. Se tomaron su tiempo antes de decir nada, vieron el DVD con el *spot* que el equipo de Miriam había ideado para la campaña y disfrutaron con las pruebas de la web que crearían con la nueva imagen de Surf & Cook.

Miguel y Javier se miraron a la cara. Se conocían desde muy pequeños, cuando comenzaron a coger olas con una tabla de segunda mano que el padre de Javier le había regalado por su cumpleaños. Nunca habían visto nada igual.

—¡Está genial! —dijo Javier con cara de verdadera satisfacción—. Nunca nos habían presentado algo así. ¡Me encanta! ¿Y a ti, Miguel?

Miguel Montañez se sentó y cogió una de las pruebas de los carteles que llenarían buena parte de las vallas publicitarias de las principales ciudades del mundo. Tras unos segundos de eterno silencio, se pronunció:

—Me gusta mucho, Javier. Realmente es un trabajo espectacular. Sabía que Miriam Jiménez estaría a la altura

y que la propuesta de Flash Advertise se adaptaría a nuestras necesidades. Desde luego son los mejores del sector. De todos modos, hay algo que no me termina de convencer, pero no sé cómo explicártelo. Le falta un toque que no soy capaz de definir y eso me impide firmar ya el contrato.

—¿Qué dices, Miguel? ¡Está genial! Siempre eres el mismo. Dale un par de vueltas, consúltalo con la almohada y verás que mañana desaparece ese algo que ni tú mismo sabes lo que es —concluyó Javier mientras le pasaba el brazo por encima del hombro a su amigo.

—Quizás eso sea lo mejor —le respondió Miguel—. Ahora vamos a coger unas cuantas olas. Seguro que mañana lo veré más claro. Creo que sobre las 16:00 la marea estará perfecta. ¡Te espero en el garaje!

Miguel y Javier pasaron el resto del día cogiendo olas en la playa. Cuando se quitaban la corbata, volvían a ser los chicos de siempre que compartían desde que eran niños la misma pasión por el surf.

No volvieron a hablar en toda la tarde de la propuesta de Flash Advertise. Sin embargo, Miguel no paró ni un segundo de darle vueltas en su cabeza. Le gustaba, le encantaba la idea. Nunca había tenido un trabajo de tanto nivel sobre su mesa, y eso que había tratado con los mejores profesionales del país, pero algo no terminaba de convencerle.

Terminaron el día tomando una copa en la terraza del local de Surf & Cook en primera línea de playa y se despidieron.

—Hasta mañana, Miguel. No te lo pienses más. Sabes que la propuesta está genial. Solo falta tu firma —volvió a insistir su amigo.

Pasaron varios días sin que Miguel se terminara de decidir ni diera señales sobre el asunto. La campaña de Flash Advertise traía en vilo a toda la oficina, era la comidilla de los pasillos de Surf & Cook.

FELICIDADES

Mientras, Miriam comenzaba a perder las esperanzas de conseguir la nueva cuenta y su sueño de convertirse en directora de Operaciones se desvanecía por momentos. A pesar de todo, ella no dejaba de insistir con las llamadas al señor Cáceres, que continuamente le daba largas por respuesta:

—Señorita Jiménez, ya le he dicho que todavía estamos estudiando su propuesta —le repetía amablemente el director de *Marketing*—. La llamaré en cuanto haya novedades.

Pasó una semana y el asunto ya casi había caído en el olvido en Surf & Cook y en Flash Advertise, pero seguía latente en las cabezas de Miguel y Miriam.

Miriam estaba a punto de darlo por perdido y Miguel no terminaba de encontrar ese algo que le impedía firmar el contrato y que quizás le haría perder la oportunidad de tener la mejor campaña publicitaria que había visto nunca sobre su mesa.

—¿Señorita Jiménez? Soy Miguel Montañez —sonó la voz del joven en el manos libres del coche de Miriam, que mostraba en la pantalla un número oculto.

Miriam se sobresaltó, no esperaba una llamada del director general de Surf & Cook, y menos después del tiempo que había pasado desde que se habían visto en su despacho por primera y única vez.

—Señor Montañez, qué alegría volver a hablar con usted —dijo Miriam en un tono contenido sin perder la vista de la carretera—. ¿En qué puedo ayudarle?

—La he llamado porque me gustaría comentar algunos aspectos de su propuesta —respondió Miguel intentando mostrar cierta indiferencia—. ¿Mañana a las 09:00 en mi despacho?

—Allí estaré —dijo Miriam haciendo un esfuerzo para que no se le notara el mar de dudas que invadía su cabeza.

Al día siguiente, camino a las oficinas de la Avenida Wellington, Miriam intentó hacerse una composición de

lugar y analizar la situación antes de encontrarse nuevamente con el señor Montañez.

Sabía que algo no había salido bien la primera vez que se vieron, pero era incapaz de identificar qué parte de su estrategia no le había gustado al joven empresario. Ahora lo único que importaba era que tenía una nueva oportunidad para reconducir el asunto. Después de todo, si él la había llamado, únicamente podía significar que todavía quedaba un atisbo de interés por su propuesta.

—Buenos días, soy Miriam Jiménez de Flash Advertise —dijo Miriam repitiendo la escena de hacía más de un mes en la recepción de Surf & Cook.

—Bienvenida otra vez, señorita Jiménez. El señor Montañez la espera en su despacho.

Volvió a subir los interminables veinticinco pisos que separaban el *hall* del edificio acristalado de la planta donde se encontraba el despacho del director general y otra vez se repitieron las mismas sensaciones cuando se abrieron las puertas del ascensor y contempló las vistas espectaculares de la ciudad a través del enorme ventanal.

Una de las secretarias se le acercó y la acompañó hasta el despacho de señor Montañez. Golpeó levemente la puerta y con una suave voz dijo:

—Buenos días, señor Montañez. La señorita Jiménez ha llegado.

—Por favor, hazla pasar —respondió Miguel con una voz seca.

Una vez más, Miriam y Miguel estaban sentados cara a cara. En la misma mesa, en las mismas sillas, pero con diferentes sensaciones y expectativas que cuando se encontraron por primera vez. Como era costumbre entre las paredes de aquel despacho, el señor Montañez tomó la iniciativa de la conversación.

—Gracias por venir, señorita Jiménez. Es un placer volver a verla.

—El placer es mío, señor Montañez. Pensaba que no volveríamos a vernos —dijo Miriam amablemente con la intención de crear un clima agradable y empezar esta vez con buen pie.

—Se estará preguntado por qué la he llamado y la verdad es que ni yo mismo lo sé. Igual hasta puede que me acabe arrepintiendo.

Miriam puso cierta cara de extrañeza que no pasó desapercibida para Miguel. Una vez más parecía que no terminaban de sintonizar y ambos sintieron por un momento que volver a verse no había sido una buena idea.

—Lo cierto es que su propuesta es buena, muy buena —continuó Miguel—. Todo mi equipo piensa que debería firmar ya y ponernos en marcha. No dejan de repetirme que estamos perdiendo un tiempo precioso que la competencia sabrá aprovechar.

Miriam respiró por un instante. Al menos sabía que las cosas no estaban tan mal como ella creía, aunque seguía sin comprender la razón del encuentro con el señor Montañez.

El joven siguió hablando:

—Como le decía, su propuesta me gusta mucho. Sin embargo, hay algo que no me termina de convencer y no sé cómo explicarlo. Solo sé que eso me impide firmar el contrato. La idea es buena —continuó Miguel—, la imagen resulta innovadora, el *spot* de TV ha entusiasmado al equipo, incluso el aspecto económico me parece razonable, pero falta algo.

Miguel Montañez se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. Miriam lo miró y por un momento pensó que ya sabía lo que faltaba. Aquella historia le sonaba. Tristemente había tenido experiencias desagradables donde había preferido perder al cliente antes de darle ese algo que siempre faltaba cuando de hombres indecisos se trataba.

Se hizo el silencio. Ambos estaban expectantes. Miguel mostraba cierto nerviosismo propio del joven al que le inco-

moda el mundo de los negocios mientras ella activaba todas sus alarmas ante lo que parecía un ataque inminente. El joven se le acercó y dijo:

—Miriam, ¿alguna vez ha hecho surf?

Miriam se quedó totalmente descolocada ante las palabras del director general. No entendía el giro inesperado que había dado la conversación con aquella pregunta casi pueril.

—No, señor Montañez. Nunca he surfado.

Miguel sonrió levemente y se levantó de un salto de la silla mientras sacaba de su bolsillo una pequeña tabla de surf que usaba como amuleto.

—¡Eso es! ¡Ahora lo entiendo! —dijo Miguel—. Es imposible que comprenda lo que significa Surf & Cook si nunca ha sentido el placer de cabalgar sobre las olas y notar cómo la adrenalina corre por todo tu cuerpo cuando el tubo se cierra y parece que la tabla no va a pasar por el pequeño hueco que deja el agua.

Miguel estaba totalmente entusiasmado y su discurso cada vez iba a más. No paraba de dar detalles de lo increíble que es surfear cuando se tiene una pasión como la suya por el mar.

—Por suerte, señorita Jimenez, este problema tiene solución —dijo el señor Montañez recuperando el tono de ejecutivo—. ¿Qué plan tiene para hoy?

Miriam se incorporó y dijo en un tono profesional:

—Nada en especial. No tengo ninguna dificultad en cambiar mi agenda si es preciso. Como le dije la primera vez que nos vimos, para mí la cuenta de Surf & Cook es muy importante.

—Estupendo, señorita Jimenez —respondió con una amplia sonrisa—. Recoja sus cosas. ¡Nos vamos a la playa!

Miriam lo miró con cara de asombro, pero comprendió que, si quería la cuenta de Surf & Cook y ser la nueva directora de Operaciones de Flash Advertise, no le quedaba otra que seguir el plan del joven surfero.

Se subieron en el ascensor privado que los llevó directamente hasta el garaje del edificio acristalado. Miguel sacó las llaves del bolsillo de la chaqueta y pulsó el botón del mando a distancia de su Volkswagen California personalizada con los colores de Surf & Cook.

—Suba, por favor. Llegaremos a playa en una hora.

Aprovecharon el trayecto para hablar un poco más del proyecto y de los planes de expansión que Surf & Cook había diseñado en su último plan estratégico. Eran líderes en el sector de fabricación de tablas en todo el país y estaba seguro de que, con el apoyo de la campaña diseñada por Miriam, pronto conquistarían el resto del continente.

Sin apenas darse cuenta, llegaron a la playa compartiendo las ideas y los sueños de aquel joven empresario al que le brillaban los ojos cuando hablaba de tablas y olas. La encargada del establecimiento salió al ver acercarse la furgoneta. Aparcaron delante del local de Surf & Cook.

—Hola, Miguel —lo saludó una chica de mechas rubias y aspecto californiano—. No te esperábamos hoy por aquí. Ya veo que no vienes solo.

—Yo tampoco pensaba venir, pero, donde me ves, estoy en una reunión de trabajo —respondió Miguel con aire informal y desenfadado—. Ella es la señorita Jiménez de Flash Advertise. Es la primera vez que va a surfear, así que ponla al día y dale todo lo que necesite.

Miriam sonrió de manera complaciente, como quien se deja llevar intentando adaptarse lo mejor posible a una situación inesperada.

—Yo me voy a cambiar —dijo Miguel—. ¡Nos vemos en el agua!

Cuando Miriam se vio en el espejo vestida con aquel chaqué de neopreno rosado con el logo de Surf & Cook en la espalda, se sintió realmente ridícula. No sabía muy bien

cómo se había dejado involucrar en esta historia, pero ya no había marcha atrás.

Se volvió a mirar de arriba abajo y pensó que ella ya no tenía edad para estas aventuras infantiles. Sin embargo, ante todo, era una profesional y llegaría hasta el final con tal de conseguir la cuenta.

Salió del local y caminó hacia la orilla con la tabla debajo del brazo. A lo lejos vio a Miguel montado sobre su tabla cogiendo una ola enorme que parecía que lo iba a engullir. No pudo evitar pensar en el director general que había conocido en aquel imponente despacho y compararlo fugazmente con el chico que cabalgaba entusiasmado sobre las olas.

Ahora comenzaba a entender ese 'algo' que al señor Montañez le faltaba en su campaña publicitaria.

—¡Señorita Jiménez! —gritó Miguel desde donde no se hacía pie—. ¡Entre! ¡Intente llegar hasta mí!

Miriam avanzó torpemente hacia donde se encontraba Miguel mientras intentaba vencer el embate de las olas sobre su cuerpo. A cada brazada que daba, volvía a retroceder con la llegada de una nueva ola. Miguel vio las dificultades de su invitada y se acercó para ayudarla.

—Te sienta muy bien el chaqué —dijo Miguel intentando ser amable, venciendo su timidez—. Vestida así, pareces uno de los nuestros.

—Gracias, señor Montañez —respondió Miriam sin perder el tono de su reunión acuática.

—Miriam, intenta disfrutar del momento. Ahora solo piensa en las olas, siente cómo el mar se mueve debajo de ti. Para mí esto es muy importante. Luego hablaremos de negocios.

—Así lo haré, Miguel —respondió Miriam con cierto rubor tras llamarlo por primera vez por su nombre.

Miriam lo intentó una, dos y tres veces, y muchas más. Cada vez que se subía a la tabla, el mar le recordaba que era la primera vez que surfeaba y que no sería tan fácil domi-

narlo. Pero ella volvía a insistir, como si quisiera demostrar que era una mujer difícil de doblegar.

Miguel la miraba con entusiasmo y le daba pequeñas indicaciones que ella iba siguiendo al pie de la letra.

—Esta ola que viene es la tuya —dijo Miguel—. ¡Ahora!

Miriam esperó a que subiera un poco la espuma, nadó unos metros sobre la tabla y al final se puso en pie. Fueron solo unos segundos, lo suficiente para sentir el placer de dominar el mar y cabalgar sobre las olas.

Al siguiente instante estaba dando vueltas engullida por el agua mientras esperaba que el mar la volviera a sacar a flote.

—¡Sí! ¡Ha sido genial! —gritó Miriam con una alegría descontrolada.

—¡Felicidades, Miriam! Pocos consiguen subirse a la tabla el primer día que surfean. Se ve que tienes madera.

Miriam estaba muy feliz. Había demostrado que con ella nadie podía y entonces de verdad comprendió la pasión de la que le habló Miguel el primer día que se conocieron en su despacho. Por un momento se quedó pensativa mientras las gotas de agua caían lentamente por su cara.

—¿Tienes hambre? —preguntó Miguel—. Nos cambiamos y nos vemos en el restaurante de Surf & Cook. Tenemos mucho de que hablar.

—Estupendo, Miguel —respondió con una amplia sonrisa.

Se acomodaron en un reservado del local después de haberse cambiado de ropa, volviendo a la corbata y a los tacones que les recordaban quiénes eran y por qué estaban sentados en aquella mesa.

Como era habitual, Miguel tomó la iniciativa:

—Señorita Jiménez, si no le importa, me gustaría elegir el menú. Tenemos algunas especialidades que, estoy seguro, le van a encantar.

—Perfecto, señor Montañez —respondió Miriam con cierta sorpresa al ver cómo el joven recuperaba los formalismos y marcaba nuevamente las distancias.

Al rato apareció un camarero que les sirvió una parrillada de pescado fresco acompañada de una ensalada tropical que daba continuación a los sabores del mar y a la inolvidable experiencia vivida entre las olas.

Abrieron otra botella de un vino blanco bien fresco que hacía el maridaje perfecto con las cabrillas, viejas, samas y demás especies que componían la succulenta parrillada. Disfrutaron de la comida y repusieron fuerzas al mismo tiempo que mantenían una conversación agradable sobre temas intrascendentes.

Miriam observaba con atención los gestos de Miguel y se preguntaba cuándo cambiaría el tono insulso de la conversación para entrar en materia.

—Señorita Jiménez, ¿le apetece una copa antes de despedirnos?

Pasaron a la terraza *chill out* del local y se sentaron bajo una enorme sombrilla blanca mientras saboreaban unos mojitos.

—¿Y bien? Señorita Jiménez, supongo que ahora ya sabe lo que le falta a su campaña. Comprenderá que en la propuesta que nos ha entregado no está la pasión de las olas ni el placer que se siente al surfear y dominar el mar. Como ya le dije, la campaña me gusta mucho, pero quería que viviera la experiencia de cabalgar sobre las olas para que sea usted misma la que remate el estupendo trabajo de su equipo.

—Efectivamente, señor Montañez. Ahora lo comprendo y sé lo que tenemos que retocar para que la propuesta se adapte a la perfección a la imagen y al proyecto de su empresa. Este día con usted ha sido clave para comprender la esencia de Surf & Cook —dijo Miriam esbozando una ligera sonrisa.

—Lo sé, Miriam, y es por eso por lo que quería que tú misma vivieras la experiencia de ser cliente de Surf & Cook. Era imposible que me comprendieras si no sentías el sabor del mar en tus labios y la fuerza del agua bajo tu tabla.

Miriam lo escuchaba sin decir palabra manteniendo la compostura profesional, pero sabiendo que, ahora sí, la situación estaba totalmente controlada.

—Señorita Jiménez, muchas gracias por el esfuerzo y la profesionalidad que ha mostrado en todo momento. Para mí es muy importante que las personas que trabajan para Surf & Cook compartan conmigo la pasión por el surf y, desde hoy, usted es una de los nuestros —dijo Miguel con cara de satisfacción—. Envíeme mañana mismo la nueva propuesta con los retoques oportunos junto con el contrato. Mis abogados se lo harán llegar una vez lo haya firmado.

—Muchas gracias, Miguel. Estoy segura de que no se arrepentirá. Es un placer formar parte del proyecto de Surf & Cook.

Volvieron al enorme edificio de cristal donde Miriam había dejado aparcado su coche y se despidieron sabiendo esta vez que pronto volverían a encontrarse.

Era media tarde y decidió ir a casa para esperar a los chicos, que pronto llegarían de la universidad. Se cambió de zapatos para conducir y, antes de arrancar el coche, sacó el *smartphone* del bolso para enviarle un mensaje a Andrés Montes. Estaba deseando contarle a su jefe las buenas noticias. Respiró profundamente y escribió:

«Andrés. Por fin el niño de Miguel Montañez ha caído. Ya te contaré la cantidad de tonterías que he tenido que aguantar para conseguir la cuenta de Surf & Cook, pero ya se sabe, el fin justifica los medios».

Al cabo de unos segundos sonaba el móvil de Miguel Montañez indicándole que tenía un nuevo mensaje:

De: FIY

Para: Miguel Montañez

Asunto: Para su información

*Miriam Jiménez de Flash Advertise dijo: «Andrés. Por fin el
niñato de Miguel Montañez ha caído. Ya te contaré la cantidad
de tonterías que he tenido que aguantar para conseguir la cuenta
de Surf & Cook, pero ya se sabe, el fin justifica los medios».*

El joven no podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Pasó de la satisfacción a la indignación en unas décimas de segundo. Levantó el teléfono de su despacho y ordenó a su secretaria:

—Póngame con Andrés Montes, de Flash Advertise. Ya sé que es tarde, pero localízalo donde sea.

Andrés Montes se encontraba dando un paseo por la amplia avenida que transitaba de la oficina hasta su casa. Le gustaba terminar la jornada de trabajo de manera relajada y, mientras caminaba, repasaba mentalmente cómo había ido el día. Hoy estaba especialmente contento, por fin tenía la cuenta de Surf & Cook y, con ella, el pasaporte a su jubilación. Su teléfono sonó:

—¿Señor Montes? El señor Montañez desea hablar con usted. Le paso la llamada.

Andrés Montes se detuvo en una esquina y se sentó en un pequeño banco de madera. Le extrañaba aquella llamada de Miguel Montañez. Era probable que quisiera confirmarle personalmente la noticia que Miriam le había adelantado en el mensaje.

—Buenas tardes, don Miguel. Me alegra mucho recibir su llamada. ¿En qué puedo ayudarle? Creo que Miriam Jiménez ha estado hoy por su oficina y, por lo que sé, las cosas han ido muy bien.

—Buenas tardes, señor Montes. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias. Efectivamente, llevo

FELICIDADES

todo el día trabajando con la señorita Jiménez, pero hace un rato he recibido un mensaje que hace imposible que firme el contrato. Créame que lo siento mucho, pero usted sabrá qué tipo de personas trabajan en su empresa.

La llamada finalizó sin más explicaciones. Andrés Montes se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta sin comprender qué podía haber pasado. Sabía por el mensaje de Miriam que todo había ido bien, pero tras la llamada de Miguel Montañez su feliz jubilación se desvanecía.

Contuvo las ganas de llamar a Miriam, ni siquiera le había respondido al mensaje. Quería dejar pasar unas horas por ver si alguna noticia providencial le daba explicación a aquella situación inesperada.

A la mañana siguiente llegó temprano a la oficina para intentar recomponer el asunto de Surf & Cook. Oyó los pasos de Miriam, que avanzaba por el pasillo y con voz de plena satisfacción decía:

—¡Hola, Andrés! ¿Cuándo piensas desalojar mi nuevo despacho?

Miriam dio unos golpecitos de cortesía en la puerta y, sin esperar respuesta, entró. Para su sorpresa, se encontró que Andrés Montes no estaba solo, lo acompañaba Juan Fernández, el director de Recursos Humanos.

—Por favor, cierre la puerta y siéntese —dijo Juan Fernández en un tono frío y distante.

Miriam miraba a Andrés. Su jefe tenía la vista clavada en el suelo, su cara reflejaba una enorme decepción. El clima era tenso, inexplicablemente tenso. No entendía nada, acababa de captar al mejor cliente para la empresa y estaba claro que aquellas no eran las formas esperadas para celebrarlo.

—Señorita Jiménez —volvió a hablar el director de Recursos Humanos—, no sé lo que ha pasado con el señor Montañez y Surf & Cook, pero después de todo lo que

he tenido que aguantar por su culpa créame que poco me importa. Por favor, recoja sus cosas y váyase. Está despedida.

Miriam se quedó pálida al escuchar las palabras del director de Recursos Humanos. Tenía claro que en Flash Advertise, cuando pasaban estas cosas, de nada servía dar explicaciones o intentar saber quién tenía razón o no. Para Juan Fernández nunca había segundas oportunidades ni derecho a réplica. En estos casos, quien toma la cruel decisión no suele dar marcha atrás.

Miriam intentó mantener la compostura y se levantó de la mesa con la cabeza alta. Abandonó las oficinas de Flash Advertise sin saber muy bien qué había pasado, lo único cierto era que su vida profesional se había ido al traste en un segundo.

PROMOCIÓN PARA COLEGIOS

7€*



XXVII
FERIA ^{del} LIBRO
LPDC - 2015

I Premio «Feria del Libro de Las Palmas de Gran Canaria» de Narrativa Breve

*Condiciones de la oferta
25 ejemplares a 7€ la unidad

informacioncanariasebook.com
928 054 344 y 600 334 430

canarias
eBook

3

Miguel procuró seguir su vida como si nada hubiera pasado. No quería dar más importancia que la justa a lo sucedido con Miriam y aquel extraño mensaje firmado por FYI que le había abierto los ojos. Una vez más, el mundo lo trataba como un joven con suerte que poco sabía de la selva de los negocios de cuello blanco.

Llevaba muy mal que no lo tomasen en serio. Quizás fuera porque tenía la autoestima bajo mínimos o puede que simplemente se tratara de un mal que se curaría con los años. Lo cierto es que le costaba soportar los continuos desplantes de aquellos que, doblándole la edad, habían logrado en la vida mucho menos que él.

La infancia de Miguel no fue sencilla. No tenía recuerdos de su padre y los pocos que tenía de su madre se reducían a las visitas de fin de semana que hacía a la clínica de desintoxicación donde pasó internada los últimos años de su vida.

Creció bajo el amparo de unos tíos lejanos que nada hicieron por enderezar la vida de aquel muchacho que estaba destinado a formar parte de la lista de fracasados e incomprensidos a los que el destino les niega todo tipo de oportunidades.

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, no era de extrañar que Miguel pasara días y días en la playa junto a otros chicos con los que compartía la misma fortuna: desgracias y hambre. Fue en la playa donde conoció a Javier Cáceres, su mejor amigo y el único que nunca le había fallado.

FELICIDADES

Hoy era feliz porque los dos trabajaban codo con codo en Surf & Cook. De alguna manera, tenerse cerca les ayudaba a recordar lo duro que habían trabajado para llegar hasta aquí. Nadie les había regalado nada.

Al cumplir los quince años, Miguel había tocado fondo. Ya no le quedaba nada por probar en la vida y el circo de la noche lo consumía a pasos agigantados. Nadie apostaba por él. Sus tíos lo habían dado por perdido, de su padre solo le quedaba el apellido y de su madre, dos pequeñas fotos que siempre llevaba en la cartera.

Javier intentaba una y otra vez rescatar a su amigo del lado oscuro de la vida. Ya no sabía qué palabras decir ni qué más hacer para romper el círculo vicioso que agotaba su existencia.

Una tarde como tantas, Javier fue a buscar a Miguel a la playa. Llevaba una tabla de surf debajo del brazo. Era su cumpleaños y su padre había conseguido ahorrar lo suficiente como para comprarle una de segunda mano.

—¡Miguel! ¡No te lo vas a creer! ¡Mira!

Miguel todavía no se había recuperado de la fiesta de la noche anterior y su cuerpo únicamente le pedía dormir. Los gritos de Javier retumbaban como un martillo dentro de su cabeza.

—¿A que está genial? Ya sé que no sabemos surfear, pero aprenderemos —le decía mientras trataba de incorporar a su amigo.

—¡Vaya regalo! Tú sí que tienes suerte. Me alegro mucho por ti. ¡Corre! ¡Ve a probarla! Ahora voy a intentar dormir un rato.

Javier se metió en el agua y trató de subirse a la tabla, pero por más que lo intentaba las olas siempre salían victoriosas y acababan por tirarlo y engullirlo. Así estuvo un buen rato, hasta que se dio por vencido.

—Miguel, no hay manera. Pensaba que esto sería más fácil. Mira allí. ¿Ves aquel grupo de surferos? No lo entiendo,

pero si todos consiguen subirse a la tabla sin problemas. ¿Quieres probar tú?

—Ahora no me apetece. Tengo la cabeza a punto de estallar, soy incapaz de recordar lo que me metí anoche. Además, esto del surf me resulta de lo más aburrido.

—Déjate de historias y pruébalo. Aunque sea hazlo por mí, hoy es mi cumpleaños.

—Vale, pero solo porque es tu cumpleaños. Considéralo mi regalo, ya sabes que estoy tieso y que otra cosa no podré darte.

Miguel caminó lentamente hacia la orilla arrastrando la tabla por la amarradera. El agua fría mojó sus pies y lo ayudó a despejar un poco las ideas. Entró pausadamente en el mar. El joven se preparó para coger la primera ola y contentar así a su amigo.

El mar se levantó, el chico comenzó a nadar y se intentó poner de pie. No había conseguido enderezar las rodillas cuando su cuerpo impactó de lleno contra la ola que lo atrapaba como si fuera una lavadora.

—¡Javier! ¡Una vez más y me salgo! Está claro que esto no es para mí.

Esperó otra serie, volvió a darle a los brazos, se puso de rodillas, luego de pie y, sin darse cuenta, de manera natural, como si lo llevara haciendo toda la vida, cabalgó sobre la cresta de la ola ante la mirada atónita de su amigo.

—¡Uauhhh! ¡Bestial, Javier! ¡Esto es lo más potente que he probado nunca!

Volvió a subirse a la tabla y cogió otra ola, y otra, y otra más. Javier lo miraba con una sonrisa de oreja a oreja. Desde que lo conocía, nunca había visto a su amigo reírse y disfrutar como un chico normal de su edad. Aquel era el mejor regalo de cumpleaños que podía recibir.

Después de un buen rato dentro del agua, Miguel salió exhausto. Desprendía un halo de felicidad que había cam-

biado la cara de aquel muchacho triste y solitario por otra que contagiaba alegría y pasión por la vida.

—Javier, no sé cómo explicártelo, pero esto es lo mejor que hecho nunca. ¡El surf es genial! ¡De esto sí quiero más!

—No sabes lo que me alegra verte así. Quédate con la tabla. No hay mejor regalo que haber recuperado la sonrisa de mi mejor amigo.

Los dos chicos se miraron y se fundieron en un abrazo. Acabaron en el chiringuito de la playa tomando unas cervezas y unas hamburguesas. Desde luego, el surf despertaba un hambre voraz en aquellos jóvenes.

Miguel se enganchó a la tabla. Pasaba las horas dentro del agua esperando la mejor ola, cabalgando entre la espuma del mar. No tardó en empezar a destacar entre el grupo de surferos del lugar y pronto comenzó a participar en los campeonatos locales dotados de pequeños premios que le permitían seguir viviendo con intensidad el surf.

El muchacho era feliz dentro del agua. De los campeonatos locales pasó a los regionales y luego a los nacionales. En muy poco tiempo, se convirtió en el campeón de surf más joven del país.

Tenía solo dieciocho años y ya contaba con patrocinadores y agentes que lo acompañaban y le permitían dedicar todo su tiempo a su pasión: el surf.

Se había preparado a fondo para participar por primera vez en el campeonato mundial que, casualmente, se celebraba en la misma playa donde él había aprendido a dominar el mar hacía ahora tres veranos. Ganar el campeonato era el mayor sueño de aquel joven a quien la vida le había regalado una oportunidad en forma de tabla.

Llegó el día de la competición. La playa estaba a tope de público y el mar parecía más bravo que nunca. En esa época del año, las mareas solían ser muy fuertes y solo unos pocos se atrevían a meterse.

El nombre de Miguel sonó con fuerza en los altavoces de la playa. Había llegado su momento. Caminó decidido hasta la orilla y entró en el mar a la espera de la ola soñada que lo llevaría a conquistar el campeonato.

Pasó un buen rato hasta que el mar se levantó imponente y dejó ver una ola que al joven le pareció enorme. Intentó cogerla, le dio a los brazos y consiguió situar la tabla sobre la cresta, rozando la espuma. De repente, se hizo el vacío y Miguel se precipitó con fuerza sobre el agua. Su espalda crujió y el dolor atravesó todo su cuerpo.

El agua lo engullía, pero era incapaz de sacar la cabeza a la superficie, no podía mover las piernas. Sintió cómo un brazo lo agarraba con firmeza y lo sacaba a flote, después perdió el conocimiento.

Cuando despertó, estaba en la cama de un hospital. Tenía puesto un collarín y una vía que le suministraba la medicación precisa para aliviar el intenso dolor de sus piernas.

—Hola, Miguel. Tranquilo, todo está bajo control. No sabes lo que me alegra volver a verte despierto —dijo una voz suavemente.

—Javier. ¿Quién si no? Tú siempre a mi lado. ¿Qué ha pasado?

Javier le contó cómo había sido el accidente con aquella ola gigante. La tabla se partió y él cayó con fuerza contra el agua. Después perdió el conocimiento y un surfero lo arrastró hasta la orilla.

—Miguel, te pondrás bien, pero esto va a llevar su tiempo. Los médicos son optimistas, aunque es probable que tengas que dejar el surf, al menos a nivel de competición. Parece que tu columna vertebral ha sufrido bastante con la caída. Por lo pronto, nos esperan unos cuantos meses de rehabilitación.

Los ojos de Miguel se llenaron de lágrimas. Sintió que la vida le quitaba lo poco que le había dado. Pensó que aque-

llos tres años no habían sido más que un sueño y el fantasma del pobre chico de la playa condenado por el destino volvía a aparecer sobre su cabeza.

—Javier, por favor, déjame solo. Creo que hoy no seré una buena compañía para ti.

El chico salió de la habitación cabizbajo, temiendo no volver a ver más a aquel Miguel apasionado por el surf y por la vida. Sabía que sería difícil recuperarse del golpe y que era más que probable que el lado oscuro de la noche conquistara nuevamente lo poco que quedaba de su amigo.

Pasaron los meses y, como cada día, Javier fue a visitar a Miguel, quien poco a poco se iba apagando como la luz de una vela.

—Tienes que animarte. ¿Lo ves? Ya casi eres capaz de mantenerte en pie sin muletas. Pronto comenzarás a caminar.

—Puede que sí, pero ¿y el surf? ¿Cuándo volveré a surfear? Quizás nunca más —se respondió Miguel con la voz triste y la mirada fija en el suelo.

Las semanas pasaban lentamente y, como era de esperar, dejaron de venir los agentes publicitarios, los mánager, los amigos... Solo Javier le recordaba cada día que había un mundo que lo esperaba fuera de aquella habitación.

Tras varios meses de rehabilitación, comenzó a dar sus primeros pasos y, con ellos, a hacer sus pequeños recorridos por los pasillos del hospital. La rutina hacía que cada día, en el paseo de la mañana, se tropezara con una mujer mayor, de unos ochenta años, anclada a una silla de ruedas.

Al principio se saludaban educadamente con un leve movimiento de cabeza. Más tarde comenzaron a intercambiar alguna conversación, hasta que una mañana se sentó junto a ella:

—Buenos días, Cecilia. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Como siempre. ¡Estupendamente!

A Miguel le bastaba escucharla un instante para sentir la fuerza de aquella menuda mujer. Se notaba que había vivido mucho. Sin embargo, sus ojos decían que los días en los pasillos del hospital estaban llegando a su fin.

—Ya sabes, Miguel. Lo mío no tiene solución. Todo tiene un final, pero también tuvo un principio, y te aseguro que no cambiaría ni un instante de mi vida por tener un segundo más del tiempo extra que me han regalado los médicos.

—No sabes cuánto lo siento.

—¿Y por qué lo sientes? No te lamentes por mí. Lámentate por ti. Mírate, apenas tienes veinte años y ya has entregado las armas. Todavía te queda mucho por vivir, pero eso solo puedes decidirlo tú.

Las palabras de aquella frágil mujer impactaron de lleno en la cabeza del chico. Nunca había sabido lo que era el cariño de una madre, ni había podido escuchar los sabios consejos de una abuela. Sin embargo, supo identificar en aquella voz el grito de la vida, que lo llamaba con fuerza.

—No me vuelvas a decir que la vida es dura, que lo tuyo nunca ha sido fácil, que nadie te ha regalado nada, que siempre acabas perdiendo... Óyete, ¿crees que esa es la manera de hablar de un chico de tu edad? Ya te he contado mi historia y, perdona, yo sí que sé lo que es pasar hambre, lo tuyo no es más que un cuento de niños. No hace falta que te la repita, ¿verdad?

El joven se revolvía en su silla, todo daba vueltas dentro de él. Algo estaba pasando en su interior.

—Es la hora de comer. Ahí te quedas, Miguel, pero no lo olvides: la solución solo depende de ti. Tú decides.

Volvió a su habitación. Las palabras de la anciana retumbaban como un martillo en su cabeza: «Tú decides». Se pasó el resto del día en la habitación y a duras penas pudo dormir. Cuando se despertó, lo tuvo claro: «Yo decido».

FELICIDADES

Tenía que ir a hablar con Cecilia para decírselo. Tenía un plan y quería que ella fuera la primera en saberlo. Ahora sí deseaba salir del hospital y volver a coger el pulso a la vida. Las olas lo estaban esperando.

Caminó por el pasillo y le extrañó no ver a la anciana donde siempre solía estar a aquella hora de la mañana, junto al banco, sentada en su silla de ruedas. Recorrió el resto de la planta y tampoco la encontró. Decidió ir hasta su habitación, quería hablar con ella para darle las gracias por sus sabias palabras y su inestimable ayuda.

—¿Se puede? —dijo Miguel suavemente.

Abrió la puerta y encontró la cama vacía. Se quedó helado. Una vez más, la vida le daba otra lección que nunca olvidaría. Miró al cielo y salió de la habitación cabizbajo con una promesa que cumplir.

Cogió el móvil y llamó a su mejor amigo:

—¡Hola, Javier! ¿Puedes venir esta tarde al hospital? Quiero hablar contigo. Estoy deseando verte.

—¡Claro que sí! Esta llamada es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

El horario de visitas comenzaba a las cuatro. Javier entró por la puerta a las cuatro y un minuto con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, Miguel! Estoy deseando escuchar todo lo que me quieras contar.

—Vamos a caminar por el pasillo, me vendrá bien. Además, conozco un rincón que te va a encantar. Me alegro mucho de verte, Javier —le dijo mientras le daba un fuerte abrazo.

Todavía caminaba con dificultad, pero hizo un esfuerzo por ir sin muletas. Llegaron hasta el rincón donde solía conversar con Cecilia y se sentaron. Miguel comenzó a hablar:

—Como podrás suponer, he tenido muchísimo tiempo para pensar. En estos pasillos, además de volver a aprender

a andar, he aprendido muchas cosas de la vida que nunca olvidaré. No te lo puedes ni imaginar.

—Sí me lo puedo imaginar, Miguel. Vuelves a ser el mismo de antes, se te ve en la cara. Desde luego, algo ha cambiado desde la última vez que nos vimos.

—Déjame que te cuente. Ya sé lo que quiero hacer a partir de ahora. Lo he decido, y no voy a dejar que un accidente me impida conseguir mi sueño. Javier, escucha bien este nombre porque nos va a cambiar la vida: Surf & Cook.

Javier vio cómo los ojos de su amigo se iluminaban al decirle aquel nombre por primera vez. En aquel momento supo que Surf & Cook les cambiaría la vida.

Hablaron toda la tarde y compartieron sueños de juventud. Miguel quería crear una empresa donde poder disfrutar de su pasión día a día. Dedicaría su vida al surf, fabricarían tablas, accesorios, ropa surfera, organizarían eventos, montarían una escuela de surf... todo lo que tuviera que ver con las olas cabía dentro de Surf & Cook.

—Miguel, suena genial. ¿Pero lo de 'Cook'? Eso sí que no lo entiendo.

—Se acabaron las hamburguesas en el chiringuito de la playa. Diseñaremos el local para que haya una zona donde reponer fuerzas y ver el atardecer tomando un daiquiri. ¿A que te gusta la idea?

Miguel puso todo su empeño en recuperarse lo antes posible y salir del hospital. Y vaya si lo hizo. Intensificó las sesiones con la fisioterapeuta, se propuso no volver a usar las muletas y alargar cada día un poco más los paseos.

Al mismo tiempo, comenzó a estudiar en la mejor escuela de negocios de la ciudad. Había ahorrado lo suficiente como para pagar la matrícula y poder empezar los estudios que necesitaba para entender el complicado mundo empresarial.

Una tarde Miguel llamó a Javier:

—Oye, pásate por mi casa. Quiero enseñarte algo, estaré en el garaje.

—¡Estupendo, Miguel! Estaré en una hora.

Miguel había montado un pequeño taller en el garaje de la casa de sus tíos. Siempre había querido aprender a fabricar tablas y durante el tiempo de rehabilitación que había pasado en el hospital se había dedicado a ello. Era una forma de no desconectarse del mar.

—Mira, Javier. Esta es la primera tabla de Surf & Cook —dijo el joven mientras mostraba la tabla, que brillaba resplandeciente sobre la mesa del taller—. Ya sabes que con las tablas normales todavía no puedo surfear, las piernas me fallan y tardaré un tiempo en volver a coger el equilibrio. Por eso he fabricado esta tabla a medida. Es un poco más ancha y más larga. Además, le he puesto unas quillas especiales, así será más sencillo surfear.

—Está genial. Nunca había visto ninguna igual. ¡Me encanta!

—Este modelo se llamará Cecilia. Un día te contaré el motivo. Ahora vamos a probarla.

El trabajo duro, la ilusión y un poco de suerte hicieron que pronto Surf & Cook se convirtiera en una empresa de referencia del sector. Con tan solo veinticinco años, Miguel Montañez se contaba entre los jóvenes que disponían de una de las mayores fortunas del país.

Por todo esto y por otras muchas cosas más, Miguel no podía soportar que el mundo lo viera como un niño rico que poco sabía de la vida. Casi todos los que se le acercaban solo conocían su nombre, pero no el camino que había recorrido para llegar hasta allí.

Lo sucedido con Miriam Jiménez, de Flash Advertise, lo había dejado especialmente triste. Pensaba que ese asunto de la autoestima ya lo tenía superado. Sus amigos comenzaban a preocuparse y decidieron hacer algo para sacarlo del atasco mental en el que se encontraba.

—Hola, Miguel. Soy Laura. ¿Cómo te va?

—Laura, me alegro de oírte. Aquí ando, estas últimas semanas no han sido fáciles para mí.

—Lo sé, por eso quiero que te animes y vengas con nosotros este fin de semana. Estamos organizando una fiesta en el barco de mi padre. No te lo pienses más, vendrán también Marco, Carolina, Martina, Ramón, Carlos, Julieta, Mónica... Ya sabes, todo nuestro grupo.

—Laura, te lo agradezco, pero no me apetece. Quizás para la próxima.

—Olvidate, no dejaré que me digas que no. El sábado te paso a buscar por tu casa a eso de las diez. ¡Lo pasaremos genial! —concluyó la chica sin dar opción a que Miguel le diera una negativa por respuesta.

Laura de Burgos era hija de uno de los políticos más influyentes del país. No hacía mucho tiempo que conocía a Miguel, pero habían entablado cierta amistad. Gracias a ella se había introducido en los ambientes más selectos de la noche y el ocio de la ciudad. A Laura le gustaba presumir de su círculo de amigos. Todos ellos tenían cierto pedigrí y se cuidaban de no relacionarse con cualquiera.

A Miguel no le entusiasmaba demasiado ese ambiente de absurdo elitismo, pero pensaba que los contactos le vendrían bien para el negocio y prefería aguantar algunas de las excentricidades de estos pobres niños ricos antes que perder las relaciones.

—¡Hola, Javier! ¿Dónde estás?

—¿Qué tal, Miguel? ¡Qué sorpresa! ¡Por fin das señales de vida! Estoy en el aeropuerto, voy a pasar el fin de semana en casa de mis padres. Celebran su aniversario de boda.

—Vaya. Felicítalos de mi parte. Te llamaba porque me han invitado el sábado a una fiesta en un barco y pensaba que quizás te apetecería venir. Ya sabes, Laura y su exclusivo grupo de amigos. Contigo sería más fácil pasar el día.

—Oye, de verdad que lo siento, pero esta vez no podrá ser. Ánimate y pásalo lo mejor posible. Después de todo, tampoco está tan mal. Demasiado pijo para nuestro gusto, pero llevadero.

Digamos que a Miguel no le quedó otra que ir a la fiesta del barco del padre de su amiga. Laura no le dejó alternativa y Javier tenía planes, así que intentaría pasarlo lo mejor posible y olvidar de una vez por todas lo sucedido con Miriam Jiménez.

Eran las diez de la mañana de un sábado soleado. El descapotable rojo de Laura apareció por la esquina de la calle con la música a toda pastilla mientras ella levantaba el brazo saludando a Miguel.

—Súbete, hoy lo vamos a pasar de escándalo. Los chicos lo tienen todo preparado. Están esperando por nosotros para zarpar. Si nos damos prisa, sobre las doce estaremos cerca de las calas que están más allá del acantilado. ¡Agárrate, que nos vamos!

El día transcurría lentamente entre copas, chapuzones y música. Mientras tanto, se iban cruzando conversaciones intrascendentes de esas que solo pueden tener esa clase de chicos que nacen con la vida resuelta.

—¿Qué tal, Miguel? ¡Cuánto tiempo sin verte! —lo saludó Carlos Belmonte dándole un efusivo abrazo—. Te veo un poco pálido. Tienes que salir más del despacho y coger sol. ¿Te apetece venir conmigo a esquiar? Estamos preparando un viaje a la sierra para la semana que viene. En esta época del año la estación está casi vacía.

—¡Miguel! ¡Qué sorpresa! —sonaba la voz de Martina que, desde la otra punta del barco, corría hacia el joven—. Carlos, no seas pesado y deja tranquilo al señor Montañez, ya sabes que lo suyo son las olas y que eso del esquí no está entre sus preferencias. Yo sí tengo algo interesante que contarte. Como sabes, mi padre es fabricante de coches, y estoy

pensando en montar una línea de diseño de tapizados exclusivos que puede ser la bomba. ¿Sabes lo que significa poder *customizar* los asientos? ¡Un flipe! Pues había pensado en ti porque podríamos ir a medias en la inversión. Calculo que con un par de millones será suficiente para empezar. ¿Cómo lo ves? ¡Papá se pondría muy contento!

—¡Pero quién anda por aquí! Si es Miguel Montañez. Creo que no nos conocemos, soy Ramón Guerrero, el director de Blue Bank. Llevamos poco tiempo en la ciudad, pero seguro que has oído hablar de nosotros. No te preguntaré si tienes un plan de pensiones porque eres demasiado joven para pensar en eso, pero, dime, ¿quién te lleva las inversiones en bolsa?

Miguel se sentía abrumado con tanta conversación y monólogos que solo buscaban tocarle el bolsillo. Estaba atrapado en el barco y no había manera de escapar de aquellas jóvenes arpías.

—Carlos, Martina... Ramón, creo que era tu nombre. Todo lo que cuentan me parece muy interesante, pero me van a disculpar. Necesito excusarme un momento. ¿Alguien sabe dónde está el baño?

—Bajando las escaleras de cubierta, a la izquierda —le respondió sonriente Martina.

Bajó las escaleras y llegó hasta la planta donde estaban situados los camarotes. Estaba en silencio. Era extraño, pero no había nadie. Aprovechó para sentarse en un sofá y desconectar por un rato de los ataques insistentes de sus agobiantes amistades. Debíó de pensar que por suerte quedaba poco para regresar a puerto.

En ese momento se acordó de Javier. ¡Lo que hubiera dado por que estuviera allí ahora! Su amigo sí sabía cuándo tenía que echarle el capote perfecto y sacarlo de todas esas situaciones que a Miguel le resultaban tan incómodas. Decidió escribirle un mensaje.

Sacó el *smartphone* del bolsillo de su bañador y con el dedo pulgar tecleó:

De: Miguel Montañez

Para: Javier Cáceres

Vaya pandilla de pijos. A estos no los aguanta ni su madre. En mal momento decidí venir a la dichosa fiestecita del barco. Entre víboras, arpías y hienas no sé si llegaré vivo a puerto :(

Cuando terminó de escribir, se sintió un poco mejor, lo suficiente como para tomarse un respiro y esperar a que el barco atracase. Decidió quedarse recostado en el sofá unos minutos más antes de subir a cubierta.

De pronto, los teléfonos de sus amigos empezaron a sonar todos a la vez. Los silbiditos y *bips* estaban perfectamente sincronizados. Habían creado un grupo para organizar la fiesta y acababa de entrar un mensaje:

—¡No me lo puedo creer! —dijo Laura con cara de indignación al ver la pantalla de su móvil.

—¿Es de Miguel? —se sorprendió Martina.

—Ya les decía yo que ese surfero no iba a cambiar en la vida —apuntilló Ramón mientras guardaba su *tablet*.

En las pantallas de todos sus *smartphones* se podía leer:

De: FYI

Para: El fiestón del barco de papá

Miguel Montañez escribió: «Vaya pandilla de pijos. A estos no los aguanta ni su madre. En mal momento decidí venir a la dichosa fiestecita del barco. Entre víboras, arpías y hienas no sé si llegaré vivo a puerto :(».

Miguel escuchó cómo los motores del barco se paraban y supuso que habían llegado a puerto. Le extrañó no oír el alboroto de sus amigos. Con cierta desgana subió la escalera hacia cubierta. Se sorprendió al ver a todo el grupo de chicos

esperándolo en silencio y con cara de pocos amigos. Laura se adelantó al grupo y alzó la voz:

—Desde luego, Miguel, esto nunca lo hubiera esperado de ti —dijo la chica enseñándole el móvil que llevaba en la mano—. ¿Qué te creías? ¿Que no sabíamos de dónde venías? ¿Quiénes fueron tus padres? ¿A qué te dedicabas de niño? ¿Tus noches en la playa? Nunca te lo hemos recordado y, a pesar de todo tu magnífico historial juvenil, dejamos que formaras parte de nuestro grupo.

—Laura, yo... —intentó responder Miguel.

—Coge tus cosas y vete —le dijo Carlos Belmonte—. Ni se te ocurra volver a acercarte a nosotros. Está claro que hay cosas que solo se traen desde la cuna y se heredan con el apellido. Por cierto, dile a tu amigo Javier que tampoco se moleste en venir.

—¡Y te vas olvidando de montar conmigo el negocio de las fundas *customizadas* para asientos de coche! —le gritó Martina mientras viraba la cara.

Miguel bajó las escalerillas del barco sin comprender absolutamente nada. ¿Cómo era posible que de repente sus amables y convenientes amigos le hubieran dado la espalda de esa manera?

En un instante, su círculo de amistades se había desvanecido.

ENCUENTROS CON AUTORES

Invitación para profesorado, alumnado y familias



canarias
eBook

Laura de Burgos era una chica vital, dinámica y tremendamente activa. Había nacido en una familia acomodada y desde su infancia tuvo a su alcance todo lo que cualquier niña podía soñar. Ahora, de mayor, la situación no había cambiado demasiado.

Estudió en los mejores colegios y universidades privadas del país, complementando su formación con breves periodos de prácticas en grandes empresas vinculadas a su padre. Hacía dos años que había decidido montar por su cuenta una empresa consultora dedicada al protocolo y a la gestión del talento. Entre su cartera de clientes contaba con todas las empresas de los amigos de la familia.

Desde hacía más de tres generaciones la familia de Burgos participaba de la vida política del país. Su abuelo fue ministro de Obras Públicas y Fomento, su padre llegó a ser alcalde de la ciudad y actualmente pertenecía a la ejecutiva nacional del partido.

Todos los miembros de la familia tenían el carné de afiliado. A su abuelo le gustaba presumir de ello delante de sus amistades. Laura pertenecía al movimiento juvenil y, aunque no se implicaba en exceso en el día a día de la causa, la presión familiar la obligaba a mantenerse en primera línea. Después de todo, era la nieta de don Gustavo de Burgos, fundador del partido.

Aún vivía con sus padres. Solía decir que todavía no había sentido la necesidad de independizarse. El chalet familiar le brindaba todas las comodidades que necesitaba:

FELICIDADES

cama, comida, servicio de habitaciones..., además de contar con piscina climatizada, sauna, gimnasio, pista de pádel y un embarcadero que servía de cobijo para el lujoso yate. Cuando necesitaba un poco más de intimidad, se iba al camarote del barco y se distanciaba de la supervisión materna.

Su madre le había insinuado alguna vez, pero sin mucha insistencia, que se buscara alguna casa donde empezar a vivir su vida. Laura no veía motivos para ello y siempre resolvía la situación dándole un beso en la mejilla y diciendo:

—¿Pero dónde voy a estar yo mejor que aquí? ¡Ay, mami! ¡Qué cosas tienes!

Pero no todo era de color de rosa. De vez en cuando, algo dentro de Laura se revelaba y gritaba con fuerza que ya estaba bien, que alguna vez tendría que empezar a escribir el guion de su propia vida. Pero lo cierto es que siempre le acababa faltando el valor para dar el primer paso y la rutina terminaba por devorar cualquier intención de cambio.

Comenzaba una nueva semana y, como todos los lunes, la hora del desayuno familiar se presentaba como el momento ideal para ponerse al día de las novedades del fin de semana.

—Laura, ¿qué tal estuvo la fiesta en el barco? —preguntó animosamente la madre—. Supongo que habrán ido todos tus amigos. Me pareció que dijiste que habías invitado a ese joven empresario... Miguel Montañez creo que se llamaba.

—Estuvo muy bien, mami, no faltó nadie. El mar estaba estupendo, incluso pudimos bañarnos cerca de las calas que están más allá del acantilado —respondió Laura mientras se servía un cuenco de *muesli* con frutas del bosque.

—¿Y qué tal con Miguel? —volvió a insistir la madre.

—Bueno, todo iba bien, pero al final sucedió algo muy extraño —dijo la chica sin poner demasiado interés en el tema—. Todo el grupo recibió a la vez un mensaje en el móvil de un tal FYI con un comentario insolente y muy malcriado de Miguel Montañez. Estuvo a punto de estro-

pearnos el día, pero al final decidimos echarlo del barco y por supuesto del grupo, y continuar la fiesta. No pensaba que ese chico fuera tan grosero y desagradecido. En fin, ya se sabe: el árbol que nace torcido nunca se endereza.

—Laura, ¿has pensado qué vestido te pondrás este fin de semana para el congreso del partido? —la interrumpió su hermana pequeña con una voz que sonó desagradablemente aguda para aquella hora de la mañana.

—¡El congreso! Lo había olvidado —exclamó Laura mientras miraba su agenda en el móvil—. Pues no tengo ni idea, ahora mismo llamo a mi *personal shopper* para que me traiga algo esta tarde y poder elegir.

—Laura, deberías tomarte los asuntos del partido un poco más en serio, ya sabes lo disgustado que tienes a tu abuelo con este tema. Da la impresión de que no te interesa demasiado —le espetó su padre.

—¡Qué cosas tienes, papi! ¿Cómo no me va a interesar? Si, como tú siempre dices, tengo el carné del partido desde el mismo día que nací —dijo la muchacha mientras le daba un achuchón a su padre—. ¡Me voy, que llego tarde a la oficina!

A última hora del día apareció por la casa de la familia de Burgos Amanda Batista, la *personal shopper* de Laura. Venía con un pequeño armario portátil que contenía varios vestidos con los que esperaba contentar las exigencias de la joven. A la mayor de las hermanas de Burgos le gustaba ir siempre de punta en blanco y cuidaba hasta el más mínimo detalle de su imagen. Los que la conocían decían que en eso había salido a su abuela.

—Bienvenida, señorita Batista. Pase, por favor, la señorita Laura la atenderá en el salón —dijo amablemente la asistente al abrir la puerta.

En lo que esperaba a Laura, Amanda aprovechó para ir desplegando la amplia colección de piezas que había selec-

cionado para la joven. En un abrir y cerrar de ojos, el salón se había convertido en una *boutique* como las que ocupaban la Milla de Oro de la ciudad.

—Amanda, envidio tu buen gusto. ¡Cada vez me lo pones más difícil! —exclamó Laura al entrar en el salón y ver la exhibición de su *personal shopper*.

Amanda conocía muy bien los gustos y manías de Laura. Llevaba años prestándole sus servicios y siempre confiaba en su profesionalidad para las ocasiones especiales. Sus consejos se contaban como aciertos seguros.

—Había pensado en este vestido blanco. Creo que quedará genial con tu bronceado y con los reflejos de tu pelo. Además, resulta ideal para los planos cortos de televisión.

—Me gusta mucho, pero este otro azul tampoco está mal. La caída del tejido es muy elegante y, por otro lado, hace juego con el logotipo del partido —dijo Laura—. Me quedaré con los dos y se los enseñaré a mi abuela. Para estas cosas tiene un gusto exquisito.

Entre tantas pruebas de vestidos, zapatos y complementos se hizo la hora de cenar. Todos los miembros de la familia procuraban ajustar sus agendas para no perderse la hora de las comidas. Gustaban de disfrutar de la velada en el jardín de la piscina. Aquella noche solamente estaban en casa Laura y su padre, el resto de la familia había ido al auditorio a ver el estreno de la temporada de ballet.

—¿Qué tal te fue con Amanda Batista? Se la veía muy contenta cuando se despidió —comenzó hablando su padre.

—Muy bien, papi. Me he quedado con dos vestidos. Mañana me los probaré para que abuela elija, ya sabes que valoro mucho su opinión.

—Por cierto, hay un asunto que quería comentar contigo en relación al congreso del próximo fin de semana. Llevo tiempo dándole vueltas, pero no había encontrado el

momento —dijo su padre adoptando cierto tono formal y parsimonioso.

—Tú dirás, soy toda oídos.

—Como sabes, en este congreso nacional se nombrará a tu abuelo presidente de honor del partido. Es verdad que está muy mayor, pero todavía es capaz de aguantar las palizas protocolarias que implica el cargo y, por otra parte, sé que le hará muchísima ilusión. Tu abuelo Gustavo es historia viva del país.

—¡Qué bien, papi! Se pondrá muy contento.

—Pero hay más. La ejecutiva del partido ha decidido proponerte como candidata a la presidencia del movimiento juvenil. ¡Es estupendo! Abuelo y nieta nombrados en el mismo congreso recibiendo el incondicional aplauso de los militantes. Laura, ¡mejor imposible! ¿Qué tienes que decir?

—Pues no me lo esperaba. Menuda sorpresa —respondió la chica sin demasiado entusiasmo al tiempo que dejaba entrever una ligera sonrisa en sus labios.

—Bueno, hija, dame un beso. Hoy me voy a dormir con el pecho hinchado de felicidad. No todos los días se pueden dar noticias tan maravillosas como esta.

Laura se quedó un rato más sentada en el jardín, estaba desvelada y no le apetecía irse a la cama. Su cabeza no dejaba de darle vueltas a la inesperada noticia que acababa de recibir: presidenta del movimiento juvenil del partido.

A la mañana siguiente se despertó temprano. Tenía una reunión con un cliente a primera hora y no podía quedarse para disfrutar del celebrado desayuno familiar. Cogió un par de piezas de fruta para el camino y se puso en marcha.

Tenía por costumbre leer la prensa en su despacho antes de comenzar la jornada. Decía que su profesión le requería estar permanentemente informada. Cogió su periódico preferido y leyó en titulares: «La nueva ley de desahucios será presentada en el congreso del próximo fin de semana».

FELICIDADES

Laura se quedó paralizada. No entendía por qué su padre no le había comentado nada sobre ese asunto la noche anterior. Estaba convencida de que la propuesta de ley situaba al partido en una posición muy comprometida y antisocial. De llegar a aprobarse, miles de personas perderían sus casas y se quedarían en la calle.

La nueva ley beneficiaría claramente a la banca, dejando en muy mal lugar a las personas que habían hipotecado su vida en aquellos tiempos de vacas gordas. Decidió aparcarse el tema y esperar a la cena para hablarlo detenidamente con su padre. No le gustaba la línea que últimamente estaba tomando el partido.

Estaba preocupada. Sabía que la nueva ley traería polémica y, por si fuera poco, en ese mismo congreso ella sería nombrada presidenta del movimiento juvenil, por lo que, si nadie lo remediaba, se sentaría en primera fila, atrayendo todas las miradas.

El resto del día transcurrió sin mayores sobresaltos, aunque al parecer la noticia de su nombramiento se había filtrado a los medios y la joven comenzaba a recibir mensajes de felicitación en su móvil:

De: Martina Romero. «Felicidades, guapa. ¡Te lo mereces!»

De: Carlos Belmonte. «Digna descendiente de tu abuelo. Enhorabuena.»

De: Luis Blanco. «Inteligente, guapa y ahora Presidenta. ¡Qué alegría!»

Todos estos mensajes empezaban a incomodar a Laura. Todavía no había tenido tiempo de asimilar la noticia de su nombramiento. Pero lo que realmente le preocupaba era el asunto de la ley de desahucios, intuía que la cosa no acabaría bien.

Como cada noche, la familia de Burgos se reunía alrededor de la mesa para cenar. Hoy sí estaba al completo: su padre,

su madre, su hermana pequeña —que siempre se sentaba a su lado—, su hermano gemelo, su abuela y don Gustavo de Burgos, que, como era tradición, presidía el encuentro.

—Laura, ¿por fin has elegido el vestido? —dijo su hermana pequeña—. Estoy deseando verlo. Amanda tiene un gusto divino, quizás un poco clásico para mí, pero para ti es ideal.

—Estoy en ello —respondió Laura sin demasiado entusiasmo—. Por cierto, abuela, tengo que enseñarte los dos vestidos que he elegido, uno blanco y otro azul. No termino de decidirme. ¿Me ayudas?

—Claro que sí. Mañana tengo un día lleno de actividades con mis amigas del club y no podré dedicarte todo el tiempo que precisas, pero el jueves nos pondremos toda la tarde con tus pruebas. ¿Te viene bien? ¡Serás una presidenta guapísima!

—Estupendo, abuela. Contigo todo es mucho más fácil —respondió Laura—. Cambiando de tema. Papá, ¿has visto la portada del periódico de hoy?

—Sí, lo de siempre. Las mismas mentiras contadas de otra manera. Nada en especial —dijo su padre mientras cortaba el solomillo a las finas hierbas que degustaba en su plato de porcelana fina.

—¿No viste la noticia sobre la ley de desahucios? No me habías comentado nada —le interrumpió Laura intentando no agriar el tono de su voz.

—Ah, sí. Se presenta en el congreso del fin de semana —respondió su padre sin darle demasiada importancia.

—¿Lo dices así y te quedas tan tranquilo? ¿No sabes lo que significa eso para miles de familias? Yo te lo diré: la ruina. No es justo, y nosotros no podemos consentir que se aprueben leyes como esa, que cargan siempre contra las personas más débiles —concluyó Laura con un tono seco y desafiante.

—Jovencita, modere sus palabras —dijo don Gustavo—. ¿Justo? ¿Qué es la justicia? En la vida unos ganan y otros pierden, así son las reglas del juego. Ustedes, los jóvenes, son unos idealistas. Pero no te preocupes, Laura, esa enfermedad se cura con la edad —sentenció el abuelo con una sonrisa que intentaba relajar el ambiente, pero que dejaba claro que no había lugar para turno de réplica.

La joven no quiso seguir con el tema, no le apetecía disgustar aún más a su abuelo. Sabía que era un hombre de pocas palabras al que no le gustaba que lo contradijeran, y mucho menos una mujer. Terminó el postre y se retiró a su cuarto, hoy no tenía ganas de participar de la sobremesa junto a la piscina.

Antes de dormir, dedicó un rato a navegar por las redes sociales. Los comentarios dejaban muy clara la opinión de la calle sobre la nueva ley. La imagen del partido saldría muy perjudicada y se esperaban manifestaciones y piquetes en la puerta del congreso manifestándose en contra de su aprobación.

También había algún comentario acerca de su futuro nombramiento. Nada que no fuera de esperar. Se daba por hecho que la nueva presidenta venía a perpetuar el linaje de la familia dentro del partido. A la nieta de don Gustavo de Burgos solo le bastaba el apellido para ocupar el cargo.

Todo esto entristecía a Laura. No sabía qué hacer ni qué decir, se sentía encerrada en una jaula de oro que le impedía ser ella misma, pero ¿cómo escapar sin disgustar a la familia?

Transcurrió la semana y, tal y como estaba previsto, el jueves por la tarde Laura y su abuela se dedicaron a elegir el traje que llevaría al congreso.

—Laura, los dos te sientan muy bien, pero yo me quedaría con el blanco. Creo que quedará genial con tu bronceado y con los reflejos de tu pelo.

—¡Qué casualidad, abuela! Mi *personal shopper* dijo exactamente lo mismo. ¿No habrás hablado con ella? —le dijo con una sonrisa de complicidad.

—¿Yo? No sé ni cómo se llama, pero ahora que lo dices, si algún día me aburro, me dedicaré a eso que tu llamas *personal shopper* que, básicamente, es ir de compras con la tarjeta de otro —continuó la abuela entre risas.

—¡Qué cosas tienes! Nunca cambiarás.

—Por cierto, Laura, quería decirte algo sobre el congreso —dijo su abuela cambiando su tono por otro más serio, pero igualmente cariñoso—. Sé que no andas muy contenta con el asunto del congreso, ni con lo tu nombramiento como presidenta, y tampoco con lo de esa ley que no termino de comprender del todo.

—Abuela, tú sí que me conoces bien.

—Mira, todos los hombres de la familia de Burgos se han comportado siempre igual. No escuchan, no quieren entender que los tiempos cambian y que las cosas no pueden seguir haciéndose como hace cincuenta años, cuando yo me casé con tu abuelo. Antes las mujeres no pintábamos nada, pero por suerte hoy ya no es así.

—Continúa, abuela, por favor —dijo la nieta con interés.

—Tú eres una gran mujer, con apellido o sin apellido. Es cierto que lo has tenido mucho más fácil que otras chicas de tu generación, pero eso no significa que no valgas para ocupar cualquier puesto que te propongas si es que de verdad así lo deseas.

—Abuela, la verdad es que estoy hecha un lío. No quiero fallarle a la familia, pero tampoco quiero apoyar una ley que me parece injusta y antisocial. ¿Qué puedo hacer?

—Laura, escucha tu corazón y sé tú misma. Solo hay una persona a la que nunca puedes fallar y es a ti misma. Si lo haces, tarde o temprano te acabará pasando factura.

—¡Me quedo con el blanco! Muchas gracias por tus consejos, abuela —dijo Laura cambiando repentina-

mente de tema mientras le daba un abrazo y ponía fin a la conversación.

Llegó el fin de semana y, con él, la celebración del polémico congreso. La familia de Burgos se preparaba para el gran día, abuelo y nieta en la cúpula del partido. ¿Qué más se podía pedir?

En la puerta del auditorio donde se celebraba el congreso se agrupaban un buen número de manifestantes con pancartas en contra de la nueva ley. Las fuerzas del orden se mostraban inflexibles ante los piquetes, que no cejaban en el empeño de traspasar el cordón de seguridad.

Laura, su padre y su abuelo entraron por el garaje en un coche oficial para evitar los abucheos de los manifestantes. Una vez dentro del recinto, la situación estaba totalmente controlada y reinaba un clima de tranquilidad y alegría, como si lo que pasara fuera no tuviera que ver con ellos.

El aforo de la sala estaba completo. Habían venido delegados de todos los puntos del país. Las televisiones se afanaban por buscar las mejores localizaciones para sus cámaras, mientras las unidades móviles comenzaban a desplegar las parábolas para las conexiones vía satélite que harían en directo en el informativo de las tres.

El congreso transcurría según lo previsto, entre vítores y aplausos. Cada palabra de los líderes era jaleada por gritos y movimientos de banderitas perfectamente estudiados y coreografiados. El presidente del partido llamó a don Gustavo de Burgos para que subiera al escenario. El anciano se levantó de su asiento en primera fila, se abrochó la chaqueta y, con la elegancia propia de un señor, subió las escaleras mientras saludaba con la mano en alto a los asistentes.

El público se puso en pie reconociendo la figura del histórico político. Don Gustavo dejó escapar una tímida lágrima por su mejilla. En las pantallas que estaban a cada lado del escenario se proyectaba el muro del perfil del partido en las redes sociales que recogía los comentarios triunfalistas de las bases.

—Don Gustavo, por favor, quédese con nosotros y acompañenos para que disfrute de otro de los momentos más importantes de este congreso —dijo el conductor del acto.

—Faltaría más, para mí será un placer —contestó con una amplia sonrisa de satisfacción al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a Laura.

—Como todos ustedes saben, este congreso es muy importante para el partido. Hemos aprobado la propuesta de ley de desahucios que dinamizará nuestra economía, hemos nombrado a nuestro nuevo presidente de honor, don Gustavo de Burgos y, como broche final, vamos a presentar a la nueva presidenta del movimiento juvenil del partido: ¡Laura de Burgos! Por favor, compañera, sube al escenario con nosotros.

Las pantallas gigantes de los laterales del escenario enfocaron a Laura. Ofrecía una imagen impecable con su vestido blanco, que resaltaba el color de su melena y su cuidado bronceado.

Los asistentes se pusieron en pie y aclamaron a la joven, que subía las escaleras del escenario mientras saludaba al público. Se acercó a su abuelo y lo abrazó. Le dio la mano y juntos levantaron los brazos como símbolo de victoria y júbilo. El momento era idílico para la familia de Burgos, que ocupaba en pleno el palco principal de invitados.

Tras unas breves palabras de agradecimiento, Laura volvió a ocupar su asiento en primera fila. Sintió la vibración de su móvil y lo sacó del bolsillo de la chaqueta para leer el mensaje que acababa de recibir.

De: Amanda Batista (PS)

Te acabo de ver por la tele. Estás guapísima. Sabía que el blanco era tu color. ¡Felicidades! ¿Todo bien?

Amanda conocía lo suficientemente bien a la joven como para intuir que la sonrisa que mostraba Laura en la pantalla

de la televisión escondía sentimientos encontrados. La chica no había querido disgustar a la familia y se había limitado a seguir el guion marcado por su padre y don Gustavo, desoyendo los consejos de su abuela.

El congreso estaba llegando a su fin. Los líderes del partido aplaudían sobre el escenario mientras los militantes se afanaban aún más en agitar sus banderitas. La sintonía del partido sonaba con fuerza en los altavoces de la sala llenándolo todo de una euforia perfectamente programada. En esos momentos, la imagen del congreso era retransmitida en directo por todas las televisiones del país.

Laura intentó aislarse por un segundo del bullicio para responder al mensaje de Amanda:

De: Laura de Burgos

Para: Amanda Batista (PS)

Gracias, Amanda. Tú sí que me conoces bien. Hay momentos en que desearía no tener este apellido tan lustroso. No quiero ser la presidenta de algo en lo que no creo. La nueva ley supondrá la ruina para miles de familias del país.

De repente se hizo el silencio en la sala, las banderitas dejaron de agitarse al aire. Todas las miradas se dirigían a la chica del traje blanco. En las pantallas laterales del escenario que mostraba el muro del partido en las redes sociales se podía leer:

De: FYI

Asunto: Para su información

Laura de Burgos escribió: «Gracias, Amanda. Tú sí que me conoces bien. Hay momentos en que desearía no tener este apellido tan lustroso. No quiero ser la presidenta de algo en lo que no creo. La nueva ley supondrá la ruina para miles de familias del país».

En ese instante, la joven hubiera dado todo el oro del mundo por ser invisible y desaparecer de la faz de la Tierra.

Historias como la de Fabián Buendía, Miriam Jiménez, Miguel Montañez o Laura de Burgos se repetían por todos los rincones del planeta. Familias, carreras profesionales, círculos de amigos, principios morales... se desvanecían cada vez que FYI hacía acto de presencia.

El mundo se había convertido en un auténtico caos. Los efectos de FYI llegaban a todos los sectores de la sociedad. Era como si nada ni nadie estuviera a salvo de las terribles consecuencias que provocaban los mensajes descontrolados del anónimo remitente.

Las grandes multinacionales tecnológicas centraban todos sus esfuerzos en investigar a fondo cómo detener el ataque de FYI. Las empresas especializadas en seguridad informática pusieron a trabajar a sus mejores ingenieros en la búsqueda de respuestas que explicaran la causa de los dantescos acontecimientos.

FYI se extendía por todos los países del mundo. Su presencia se hacía notar con fuerza en los cinco continentes y sus acciones se multiplicaban exponencialmente con el paso de los días. Su avance era imparable.

En un primer momento se pensó que aquellas personas que vivían desconectadas de Internet y no hacían un uso intensivo de la tecnología podrían estar al margen de las consecuencias del fenómeno, pero no fue así. FYI incluso había conseguido saltar a los medios de comunicación convencionales, como la radio y la televisión, boicoteando la emisión de los principales anunciantes.

«Pierda diez kilos en tan solo un mes. La nueva píldora reductora Fine Style le garantiza los mejores resultados nunca vistos. Un comprimido al día antes de acostarse y obtendrá una figura como la que siempre soñó. No lo piense más y decídase ya. Fine Style, la solución está en su mano».

Al finalizar el anuncio, la pantalla de la televisión se tiñó de rojo y en letras blancas se leía:

De: FYI

Para: Todas las personas que estén pensando en comprar Fine Style

Estudios internos realizados por los departamentos de investigación de Fine Style afirman que la píldora reductora solo funcionó en el 3% de las pruebas realizadas. Además, usted deberá realizar una hora diaria de ejercicio y no consumir más de 1.800 calorías al día. En el mejor de los casos, los resultados serán visibles cuatro meses después del inicio del tratamiento.

FYI había tomado el control de todos los sistemas de información y comunicación. Las personas evitaban el uso de cualquier dispositivo electrónico y volvían a las costumbres que utilizaban antes de que existieran Internet y los ordenadores. De repente, el mundo había retrocedido cuarenta años.

Se recuperó el uso del correo ordinario, los carteros cargaban sus sacas repletas de cartas y postales. Aparecieron las colas delante de las taquillas de los cines para comprar las entradas de la sesión del domingo por la tarde. Las cabinas de teléfono volvían a estar ocupadas, tragándose rápidamente las monedas como sucedía en una época ya olvidada.

El mercado bursátil recuperó la actividad perdida sobre el parqué y, con ella, los famosos gritos de «¡Compro! ¡Vendo!». Los niños corrían otra vez por las calles detrás de la pelota y los juegos de mesa familiares se sacaron del altillo de los armarios. Los robots de cocina se apagaron dejando

su lugar a los olvidados calderos de la abuela, recuperando así las recetas tradicionales.

Los arquitectos retomaron el uso de la escuadra, el cartabón y el escalímetro. Los músicos volvieron a componer sus partituras con pentagrama y lápiz. La venta de periódicos se multiplicó hasta alcanzar cifras similares a las de finales del siglo XX. Los turistas volvían a caminar perdidos por la ciudad porque se negaban a usar los GPS.

Incluso hubo quien compró una máquina de escribir en la tienda de antigüedades y tecleaba con fuerza sobre la cinta de dos colores para elaborar las cartas y documentos que no podían esperar.

Los jóvenes caminaban por la calle con la cabeza alta, prestando atención a sus amigos. En los transportes públicos se cruzaban conversaciones entre desconocidos y se hacían nuevas amistades.

Todo había cambiado. El mundo había perdido la confianza en la tecnología y las personas habían decidido apagar los dispositivos electrónicos antes de ver cómo sus vidas se iban al traste por la acción descontrolada de FYI.

Hacía décadas que la población se había acostumbrado a usar un buen número de dispositivos electrónicos en su vida cotidiana y, sin ellos, enfrentarse al día a día resultaba mucho más difícil. A las personas mayores no les costó demasiado recuperar sus antiguas costumbres, pero los jóvenes no sabían vivir en este nuevo mundo. Sin conexión a la red se sentían perdidos.

No faltaron voces que defendían que los seres humanos eran mucho más felices así, con una vida más sencilla y menos intervenida por la tecnología. Hubo quien se atrevió a decir que detrás de FYI estaba la mano de Dios, que venía a salvar a la humanidad del demonio de la informática.

Pero el modelo económico mundial, basado en la productividad y en la eficiencia desmedida, no se podía permitir

el lujo de prescindir de la tecnología y volver a las formas de trabajo de la segunda mitad del siglo XX. Regresar al pasado significaba la ruina absoluta.

Ocho semanas después de la aparición de FYI ya se hablaba de crisis mundial. Los informativos de las grandes cadenas abrían un día sí y otro también con las últimas noticias de las acciones del desconocido remitente, que cada vez eran más devastadoras y sorprendentes.

—Buenas noches. Comenzamos el informativo de hoy con las últimas novedades en relación con FYI —decía la presentadora del informativo nacional de mayor audiencia—. Según ha desvelado el anónimo remitente, el hijo del presidente de la República del Norte compró acciones de las principales empresas de seguridad del país antes de que ayer fuera declarado el toque de queda. El presidente acaba de comunicar su dimisión irrevocable.

No tardaron en comenzar a aparecer tumultos y revueltas en la calles. Los comercios cerraban y los gobiernos caían derrocados. La información estaba totalmente descontrolada y, como suele pasar en estos casos, los ejércitos se preparaban para lo peor, extremando sus protocolos de seguridad nacional.

El miedo se instaló en la sociedad. Solo unos pocos se atrevían a encender sus dispositivos sin preocuparse por los efectos que FYI podía tener sobre sus vidas. Decían que no tenían nada que ocultar y por eso estaban libres de las consecuencias que los mensajes indeseados pudieran causarles. A pesar de todo, este grupo de idealistas disminuía día a día, pues siempre había algún secreto en sus vidas que FYI se encargaba de destapar.

Tuvieron que pasar más de seis meses para que los ingenieros y analistas consiguieran entender vagamente qué era FYI y cómo actuaba. La mañana del primer lunes de noviembre, Jack Sullivan —presidente de Global Security—

convocaba a los medios para dar una rueda de prensa en la sede de la multinacional, ubicada en Silicon Valley. La sala estaba abarrotada por periodistas llegados de todos los países del mundo.

—Muy buenos días —comenzó hablando el señor Sullivan—. Como todos ustedes saben, les hemos reunido para contarles los avances sobre las investigaciones que estamos realizando acerca de los ataques de FYI. Antes de comenzar, les adelanto que todavía no tenemos datos suficientes que nos permitan encontrar la solución a tan terrible situación. Sin embargo, hoy podemos asegurar que por fin estamos en el camino correcto.

En la sala se escuchó un murmullo que reflejaba la decepción de los periodistas. Creían, o querían creer, que los ingenieros habían dado con el origen del problema y que ellos estaban allí para dar la primicia mundial y contarle al mundo que FYI era historia, que todo había quedado en un mal sueño.

—Por favor, guarden un poco de silencio —continuó el presidente—. Soy consciente de que todos ustedes esperaban que hoy Global Security les presentara la solución a esta cruzada tecnológica que estamos librando contra FYI, pero lamentablemente todavía no es posible. Lo que sí sabemos con certeza es cómo funciona este virus de última generación que está destrozando nuestras vidas y nuestra economía.

Los periodistas miraban expectantes a Jack Sullivan, que aprovechaba la pausa para tomar un trago de agua y crear el clima necesario para captar toda la atención de las cámaras.

—FYI es un virus inteligente de última generación basado en el funcionamiento de las antiguas redes neuronales. Es capaz de actuar sobre cualquier dispositivo electrónico y posee comprensión morfosintáctica, semántica, lectora y contextual de lo que el usuario dice o escribe. Además,

es capaz de identificar en la lista de contactos a aquellas personas que pudieran estar interesadas en el contenido del mensaje y enviárselo automáticamente. Los efectos del virus tristemente ya los conocemos.

El presidente guardó unos segundos de forzado silencio para observar la cara de los periodistas, que se afanaban en tomar notas en sus libretas para convertirlas posteriormente en titulares de las principales cabeceras mundiales.

—FYI está en la nube —continuó Sullivan—, por eso ha contagiado a todos los dispositivos que se conectan a Internet, además de a las principales redes sociales y servicios *online*. A la facilidad del contagio se une la enorme curiosidad del ser humano, que es incapaz de no leer un mensaje que diga: «Para su información». ¿Quién puede resistirse a conocer un secreto?

Uno de los periodistas alzó la mano y preguntó:

—¿Sabemos algo de los orígenes del virus? ¿Se ha estudiado cómo se produjeron los primeros casos?

—Parece que los primeros ataques se produjeron en el sector financiero. Concretamente, se localizaron en los servidores de los sistemas de información de los mercados bursátiles —respondió Sullivan—. No sabemos quién lo introdujo en el sistema, pero algunos brókeres recibieron mensajes firmados por FYI que contenían unas filtraciones sobre los proyectos de Laboratorios PIUS y que propiciaron la compra de acciones de la compañía farmacéutica en condiciones muy ventajosas. En este sentido, hemos seguido el rastro del contagio del bróker Fabián Buendía.

En esos momentos, la imagen de Sullivan ocupaba las televisiones de todo el país.

—Fabián Buendía transmitió el virus a su mujer, Miriam Jiménez, destapando un desagradable asunto familiar que ahora no viene al caso. Miriam Jiménez contagió al joven empresario Miguel Montañez y este, a su círculo de amigos más cercano.

En ese momento FYI ya se encontraba totalmente fuera de control. El rastro de este contagio nos llevó hasta Laura de Burgos, que sufrió el famoso incidente del congreso de su partido que ustedes recordarán porque abrió los informativos de aquel fin de semana. Es muy probable que vías de infección como esta se hayan multiplicado por todo el planeta.

Otra de las periodistas acreditadas se puso en pie y tomó el micrófono inalámbrico:

—Sara McGill para *Daily Paper*. ¿Se sabe cómo evolucionará FYI? ¿Cree que será posible detener el virus?

—Me gustaría responder afirmativamente, señorita McGill, pero siento decirle que en estos momentos no sabemos más de lo que ya les he contado —respondió Sullivan con cara de circunstancia.

Los periodistas mostraban su preocupación y su sorpresa ante las declaraciones del presidente de Global Security. No daban crédito a lo que acababan de escuchar. Después de seis meses de investigación, la situación seguía fuera de control y el mundo estaba en manos de un desconocido que movía los hilos a su antojo.

—¿Y qué aconseja a la población, señor Sullivan? ¿Cómo debemos actuar? —preguntó nuevamente Sara McGill.

—Es una pregunta muy comprometida —dijo el presidente—. Las personas que no tengan nada que ocultar pueden seguir haciendo su vida como hasta ahora. Pero sospecho que todos tenemos algo que no deseamos compartir, por lo que esta opción parece poco recomendable. Creo que lo más sensato es apagar todos los dispositivos hasta que encontremos la solución definitiva. Deseo que esto suceda lo más pronto posible por el bien de la sociedad y de la economía mundial.

—Si no hay más preguntas, hemos terminado —interrumpió el jefe de comunicación de Global Security dando por finalizada la rueda de prensa.

FELICIDADES

Los periodistas abandonaban la sala y se afanaban por llegar a las unidades móviles que estaban aparcadas a la puerta del edificio. Había que preparar la noticia para hacerla llegar lo antes posible por mensajería urgente a las redacciones de las principales rotativas. Los medios con los que contaban ahora eran mucho más lentos y menos eficaces que las *tablets* y las conexiones de datos 4G que solían utilizar antes de la llegada de FYI. Sin la tecnología todo costaba mucho más esfuerzo.

Mientras, en la sede de Global Security se trabaja frenéticamente para buscar la forma de detener los ataques.

—Señor Sullivan, las personas que aún mantenían sus dispositivos encendidos han comenzado a desconectarlos. En pocas horas solo quedarán algunos insensatos con los móviles operativos. Parece que la rueda de prensa ha dado resultado —dijo Peter Salles, director de Sistemas de Global Security.

—Esperemos que así sea —respondió el presidente—. Si logramos que todas las personas se desconecten de Internet, será más sencillo detener a FYI. Estoy seguro de que esos terroristas cibernéticos no piensan apagar sus servidores hasta que hayan acabado con lo poco que queda del orden mundial.

En los monitores de la sala de control de Global Security se observaba cómo los miles de puntos rojos que ocupaban la pantalla se iban apagando progresivamente. La población había seguido el consejo de Jack Sullivan y protegía su vida del ataque de FYI de la manera más segura: escapando del mundo digital.

El teléfono del despacho de Sullivan volvió a sonar por tercera vez. Debía de tratarse de algo muy importante porque había dado orden de no ser molestado bajo ningún concepto. Era la línea directa, la pantalla del terminal mostraba el número de extensión de su secretaria.

—Señor Sullivan, es Michael Velázquez, jefe del Departamento de Investigación, dice que es urgente.

—Hágalo pasar —respondió el presidente.

Michael Velázquez era la persona encargada de coordinar el equipo que investigaba el FYI. Llevaba meses buscando la solución y hasta ahora no había conseguido nada. Las pérdidas de la empresa se cifraban en millones de dólares y los recursos escaseaban. A pesar de su profesionalidad y rigor, su credibilidad comenzaba a estar en entredicho.

—Señor Sullivan, por fin tenemos novedades —dijo Michael Velázquez—. Hemos localizado los servidores de FYI. Los ataques provienen de Francia, concretamente del centro de París.

—¿Únicamente de Francia? —preguntó con extrañeza el presidente—. Es un ataque demasiado potente como para pensar que pueda estar ubicado en un solo punto del planeta.

—Efectivamente, señor Sullivan —respondió Velázquez—. El foco principal está localizado en París, pero hemos detectado otros servidores secundarios en Melbourne, Tokio, Cleveland, Nairobi y Lima. Como sospechábamos, la infraestructura de FYI se despliega por los cinco continentes.

—¿Y qué sabemos de la tecnología que utiliza el virus? —insistió Sullivan—. ¿Cómo es posible que, habiendo localizado los servidores, no hayamos sido capaces de bloquear los ataques?

—Los servidores emplean un sistema de gestión de DNS hasta ahora desconocido. Cambian continuamente de dirección IP de manera aleatoria y nunca la repiten, por lo que es casi imposible bloquear los ataques —respondió Velázquez intentando transmitir con sus palabras la mayor seguridad posible.

—¿Y cómo hemos dado con ellos? ¿Por qué ha tardado tanto en detectarlos? —replicó el presidente conteniendo el tono.

—Tras su rueda de prensa, muchas personas comenzaron a desconectarse de Internet, por lo que el tráfico en la red se redujo de manera considerable. Nuestras máquinas de búsqueda consiguieron identificar un patrón común en todos los ataques de FYI que nos permitió llegar hasta los servidores de París.

—Buena noticia, señor Velázquez, pero no es suficiente. ¿Sabemos quién está detrás de estos ataques? ¿Hemos preguntado a nuestros agentes infiltrados en las redes de ciberterrorismo?

—No, señor Sullivan. En estos momentos no sabemos quién o quiénes pueden estar detrás de estos ataques. Nuestra delegación europea no ha conseguido aún vincular el control de los accesos a los servidores con ninguna empresa o persona.

—¿Hemos usado la nueva herramienta de geolocalización inteligente de personas? Ya sé que todavía está en fase de pruebas, pero no nos quedan muchas alternativas.

—Señor Sullivan, sabe que el uso del geolocalizador inteligente de personas está prohibido por el Departamento de Defensa. Lo tenemos casi acabado, pero nunca lo hemos probado a pleno rendimiento. Si el GIP funciona como todos esperamos, podríamos tener los primeros resultados en menos de cuarenta y ocho horas. Pero, insisto, su uso está prohibido y, si las cosas no salen bien, nos podemos meter en un grave problema.

—Lo sé, Michael. No le pago para que me recuerde lo que puedo o no puedo hacer. Si no encontramos pronto a los que están detrás del FYI, poco quedará de nuestra empresa y del mundo que hemos conocido. Active el GIP inmediatamente y manténgame informado.

Michael Velázquez salió del despacho visiblemente nervioso. Notaba las palpitaciones de su corazón en el centro del pecho y un sudor frío corría por su espalda. Conocía la

potencia del GIP y las consecuencias que su uso podía tener. El geolocalizador era capaz de identificar las coordenadas exactas del lugar donde se encontraba cualquier persona en el mundo partiendo de un complejo algoritmo que cruzaba patrones de conducta con datos de carácter personal, reconocimiento facial y pautas de comportamiento.

El GIP podía dejar al descubierto la localización de los agentes secretos que todos los países tenían desplegados por el mundo, conocer la estrategia de los ejércitos e incluso identificar los búnkeres de seguridad de los máximos mandatarios de los gobiernos. Esta poderosa herramienta en manos equivocadas podría ser un arma realmente peligrosa.

El teléfono del despacho volvió a sonar. Nuevamente era su secretaria.

—Señor Sullivan, es el presidente de los Estados Unidos.

Sullivan sintió cómo la adrenalina recorría todo su cuerpo. Conocía personalmente al presidente porque años atrás había apoyado su candidatura a senador, pero no mantenían una relación tan cercana como para que fuera habitual comunicarse por teléfono.

—Buenas días, señor presidente. Soy Jack Sullivan.

—¿Qué tal, Jack? Acabo de ver tu rueda de prensa por televisión y, como comprenderás, estoy realmente preocupado. ¿De veras que no sabes nada más de FYI? ¿Todavía no han encontrado la manera de detener los ataques?

—Señor presidente, lamento haberlo alarmado con la noticia, pero déjeme que le explique. Era necesario disminuir el tráfico de datos en Internet para poder localizar los servidores de FYI, por eso nos hemos visto obligados a lanzar ese mensaje de alarma y recomendar a la población que apague sus dispositivos. Era el único modo de agilizar la investigación.

—¿Y bien? ¿Ha servido para algo? —dijo el presidente con un tono frío y distante.

—Sí, señor presidente. En estos momentos sabemos que el grueso de los ataques proceden de Europa, concretamente de Francia. Además, hemos localizado varios servidores secundarios en otros países de los cinco continentes.

—Bien, Sullivan. ¿Eso significa que pronto encontraremos a los culpables de esta terrible situación?

—Eso espero, señor presidente. Hemos activado el GIP y esperamos tener resultados en menos de cuarenta y ocho horas —el tono de voz de Sullivan denotó cierta inseguridad, necesitaba contar con el respaldo del presidente.

—¿El geolocalizador inteligente? —el presidente elevó el tono de su voz—. Creo que la última vez que hablamos de este asunto dejé muy claro que bajo ningún concepto se debía poner en marcha el GIP. ¿Qué parte del mensaje no entendió, señor Sullivan?

—Presidente, estamos ante una situación extrema. Ya no nos queda nada más por intentar y el GIP es nuestra última esperanza. Soy consciente de las consecuencias de mi decisión. Si algo saliera mal, estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad personalmente —dijo Sullivan mientras sentía cómo el estómago le recordaba la úlcera que padecía desde hacía años.

—Jack, deseo que todo esto acabe bien. Por favor, haz todo lo que esté en tu mano y mantenme informado. Comunicaré al Departamento de Defensa que aumente el nivel de seguridad a DEFCON 3. Esto se nos ha escapado de las manos.

—Gracias, señor presidente.

Sullivan cogió el teléfono y llamó a su secretaria.

—Ordene inmediatamente que preparen el avión de la empresa, nos vamos a París. Sospecho que este asunto habrá que arreglarlo cara a cara.

6

En un pequeño apartamento de París.

—¿Lo has oído, Freddy? —decía Isabella mientras imitaba el tono serio y parsimonioso de Jack Sullivan—. «Creo que lo más sensato es apagar todos los dispositivos hasta que encontremos la solución definitiva. Deseo que esto suceda lo más pronto posible por el bien de la sociedad y la economía mundial».

Los dos jóvenes daban saltos de alegría y se abrazaban a la vez que observaban en sus monitores cómo los puntos rojos que señalaban los dispositivos que todavía quedaban conectados a Internet se iban apagando poco a poco.

—¡Hemos ganado! ¡Lo conseguimos! ¡Te lo dije, Freddy! Las multinacionales tecnológicas tendrán que ponerse de rodillas y pedir perdón por todo el daño que han causado.

Federico Torres e Isabella del Piero se habían conocido años atrás en un programa de intercambio de Erasmus. Mantenían una relación de profunda y sincera amistad, pero formalmente no se podía decir que fueran pareja. Decían que nunca cambiarían todo lo bueno que había entre ellos por una noche de placer.

Freddy, al igual que Isabella, no había cumplido aún los treinta. Tenía un currículum envidiable: ingeniero informático por la Universidad Complutense de Madrid con el expediente más brillante de su promoción, doctor en Inteligencia Artificial por la Universidad de Yale, máster en Domótica Aplicada a Personas con Discapacidad Funcional por la

Universidad de Oxford y un sinfín de líneas que avalaban la enorme capacidad del muchacho.

Además, era alto, moreno, de ojos azules y complexión atlética. ¿Qué más se podía pedir? Encajaba a la perfección con el perfil del novio que toda madre desea para su hija.

Isabella no se quedaba atrás. A su edad, su currículum ocupaba ya varias páginas a cual de ellas más brillante. Ingeniera de Telecomunicaciones por la Universidad de Milán, tenía en su haber varios cursos de postgrado en Desarrollo de Aplicaciones Informáticas y Técnicas de Virtualización. Aunque si algo destacaba en su brillante carrera, era el doctorado en Encriptación Dinámica para Servidores en la Nube por la Universidad de Stanford.

Ella fue una de las pocas personas afortunadas que estuvieron presentes en el discurso de graduación que pronunció Steve Jobs el 12 de junio de 2005 en Stanford. «*Stay Hungry. Stay Foolish*», desde ese día había convertido aquellas palabras con las que concluía su intervención el gurú de la tecnología en el mantra que movía su vida.

Freddy e Isabella, FYI, como les gustaba firmar, se conocieron en Berlín y más tarde volvieron a encontrarse en París cuando trabajaron juntos como becarios en la delegación europea de una de las principales multinacionales tecnológicas del mundo.

A pesar de sus espectaculares currículos, se encontraban sin empleo y no sería por no haberlo intentado con insistencia. Al final siempre aparecería una excusa que impedía su contratación: que si la crisis había golpeado con fuerza al sector tecnológico, que si su perfil era excesivamente elevado para la demanda de empleos tan precarios que ofrecía el mercado, que si las empresas se encontraban envueltas en complejos expedientes de regulación de empleo y ahora no era el momento para pensar en ampliar las plantillas...

Ellos, como tantos jóvenes, habían perdido la ilusión y las ganas de luchar por su futuro. Desde muy pequeños les habían enseñado que, si estudiaban y se formaban a conciencia, nunca les faltaría un buen puesto de trabajo. Pero lo cierto es que en la práctica eso no era así.

En un apartamento de París, intentaban llegar a fin de mes mientras soñaban con conseguir su primer empleo digno más allá de servir hamburguesas y pizzas en restaurantes de comida rápida. Estaba claro que en esta sociedad de la información y del conocimiento algo no iba bien.

—Acabo de recibir otro correo diciendo que lamentablemente esta vez tampoco he sido seleccionada —dijo Isabella con una voz que dejaba intuir su desánimo—. Ya no sé qué hacer, Freddy. Lo he intentado todo. He perdido la cuenta de las veces que he enviado mi currículum, que, por cierto, son las mismas que lo han rechazado. Ya no recuerdo a cuántas entrevistas y procesos de selección me he presentado, y del negocio de los *headhunters* mejor no hablemos. Cazatalentos —dijo en tono despectivo—. ¡Buitres! Eso es lo que son. Se aprovechan de nuestra desesperación para vender nuestras vidas al mejor postor.

Isabella era una chica alta, de larga melena rubia, que poseía un ánimo y entusiasmo que no dejaba indiferente a nadie. Aparentaba mucha menos edad de la que realmente tenía. Freddy le decía que era por su forma de vestir tan casual: camisetas, vaqueros cortos y zapatillas de colores. Ella se sentía guapa y su actitud así lo expresaba. Poco le importaba lo que los demás pudieran decir de ella y de su aspecto. «¿Para qué cambiar? Lo importante es gustarse a uno mismo», se repetía constantemente.

Últimamente estaba pasando un periodo de horas bajas. Se sentía lejos de su familia y, por más que lo intentaba, no terminaba de encontrar su espacio en el mundo profesional. Alguna vez pensó en regresar a Italia, pero su orgullo le

repetía una y otra vez que eso sería lo último que haría. No soportaría volver a compartir cuarto con su hermana mayor.

—¡Isabella, coge la bici! Nos vamos a dar un paseo por la orilla del Sena. Creo que hoy necesitas tomar un poco de aire fresco —dijo Freddy mientras la empujaba hacia la puerta.

Pasearon por la orilla del río disfrutando de la luz del atardecer de París. El *batobus* surcaba lentamente las aguas repleto de turistas que se afanaban en no perder ni una instantánea que a cada segundo les regalaba la ciudad: Notre Dame, la Torre Eiffel, el Puente de Alejandro III... Cada imagen superaba en belleza a la anterior.

Decidieron sentarse en el puente de los enamorados para descansar y reponer fuerzas. Era su puente preferido, aunque siempre decían que el día que colocaran un candado en uno de aquellos barrotes su relación nunca volvería a ser igual. Sin necesidad de poner candados, no había ninguna duda de que aquel era su puente.

Observaban cómo las personas cruzaban el río de una orilla a la otra. Los viandantes del lugar no reparaban en los curiosos adornos que le habían robado el nombre al Puente de las Artes. La rutina les impedía disfrutar de los símbolos de amor de miles de parejas que alguna vez visitaron París. Sin embargo, los turistas sí se sorprendían con la exótica estampa y se acercaban a los puestos ambulantes a comprar el candado que dejaría muestra de su pasión sobre las aguas del Sena.

—Freddy, ¿te has fijado? —dijo Isabella con voz tenue.

—¿En qué me tengo que fijar? No veo nada diferente a otros días. Todo está igual que siempre.

—Pues en eso. Todas las personas que pasan por el puente van hablando por sus móviles o enviando mensajes. Las que están sentadas navegan con sus *tablets* por internet. Le cuentan su vida a su dispositivo como si fuera su mejor amigo, su único confidente.

—¿Y qué ves de especial en eso? No me dirás que en pleno siglo XXI te sorprende que llevemos lo último en tecnología en el bolsillo del pantalón.

—Ahora mismo esa foto va camino de Tokio y aquella se envía automáticamente a Londres —dijo Isabella señalando con la mirada a un grupo de turistas—. Aquel chico le manda un mensaje a sus amigos diciéndole que se retrasa un poco, pero que lo esperen, porque está en la Plaza de la Concordia y tarda cinco minutos en llegar hasta la Madeleine. La información viene y va, la información mueve el mundo.

—Creo que necesitas salir un poco más de casa —dijo Freddy con cara de extrañeza ante el discurso filosófico de su amiga.

—¿Y sabes? —continuó Isabella haciendo caso omiso del comentario de su amigo—. Las grandes empresas están detrás de todo esto. Operadores de telefonía móvil, fabricantes de dispositivos, desarrolladores de *software*, todas esas marcas que nos han dado una patada y nos tienen sentados en este puente pensando cómo pagar las facturas que nos ahogan. Mientras las personas le cuentan la vida a sus *smartphones*, ellos están sentados en los sillones de sus lujosos despachos viendo cómo, segundo a segundo, aumenta la cuenta de resultados de la empresa.

—Eso es lo que hay, Isabella. Así es el juego y poco se puede hacer para cambiarlo.

—¿Que no podemos hacer nada para cambiarlo? Eso es lo que tú te crees. ¿Qué pasaría si la información que viaja por Internet estuviera fuera de control? Mira, seguro que aquellos dos de allí son amantes. Por supuesto, han venido a poner su candado a escondidas y se harán una foto que nunca verá su mujer, que ahora mismo está en casa acostando a los niños.

—Sigue, Isabella, me va gustando tu idea.

—O aquel grupo de ese otro lado, el de los ejecutivos trajeados. Su jefe piensa que a estas horas están todavía en la oficina sin sospechar que le envían sus correos desde las *tablets* mientras se toman unas cervezas en el puente y lo ponen a caldo. Todos tienen algo que ocultar, algo que no quieren compartir. Confían en sus dispositivos más que en las personas.

—Te voy siguiendo. Continúa, por favor.

—Pero ¿y si el teléfono enviara esa información a la persona menos indicada sin que el usuario pudiera sospechar nada? ¿Qué pasaría cuando ese hombre llegara a su casa después de estar con su amante? ¿Y si el jefe supiera la verdad sobre su entregado equipo de ejecutivos?

—¡El mundo sería un auténtico caos! Las personas dejarían de usar la tecnología y las multinacionales tendrían que cerrar porque se quedarían sin clientes. ¡Me gusta!

—Freddy, tú y yo vamos a cambiar el mundo —dijo Isabella mientras su entusiasmo crecía por momentos—. ¡Si el sistema nos rechaza, cambiemos el sistema! Tenemos los conocimientos necesarios sobre tecnología como para crear el virus más potente que nunca se haya diseñado. Conocemos técnicas de virtualización, encriptación, protocolos de seguridad, inteligencia artificial... Cuando se quieran dar cuenta, será demasiado tarde.

Freddy simuló que escribía sobre un teclado y dijo:

De: FYI

Para: Las multinacionales tecnológicas

Se acabó la fiesta, chicos.

—¡Qué buena idea, Freddy! *For Your Information*. No se me había ocurrido —dijo Isabella riéndose a carcajadas.

Tardaron seis meses en programar el virus y preparar toda la red de servidores que utilizarían para activar los ataques. Era un trabajo impecable.

—¿Qué te parece, Freddy? Creo que hemos creado una obra maestra de la tecnología —dijo Isabella mostrando su satisfacción mientras observaba el monitor de su ordenador—. Realmente somos un gran equipo.

—Sí. Nunca he visto nada igual. Este virus inteligente destruirá el sistema económico mundial. Habrá un antes y un después de FYI.

—He copiado en esta tarjeta micro SD los códigos de desactivación de FYI. En caso de que pasara algo inesperado y perdiéramos el control, usando estos códigos podremos detener todos los servidores —dijo la chica mientras mostraba el pequeño dispositivo al joven—. La guardaré en la lata del té verde con menta.

—Pero todo irá bien, ¿verdad? —titubeó Freddy mostrando sus dudas.

—Sí, todo irá bien —respondió la chica con frialdad—. No podemos esperar más. Hay que ponerse en marcha. Comenzaremos por los mercados financieros. Vamos a introducir FYI en los sistemas de información de las principales bolsas europeas y americanas. ¿No dicen que la economía mueve el mundo?

El entusiasmo de Isabella crecía por momentos. Freddy la miraba intentando contener el miedo. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Adelante, señor Torres —dijo Isabella—. Ha llegado el momento. Haga los honores. Doble clic sobre el icono de FYI y todo comenzará a funcionar.

—¿Estás segura? Sabes que no hay marcha atrás. Isabella, quizás esto no haya sido una buena idea.

—No me dirás que después de todo lo que hemos trabajado te vas a arrepentir en el último momento.

El chico respiró profundamente, situó el ratón sobre el icono de FYI y cerró los ojos. El tembloroso dedo índice de su mano derecha hizo doble clic. Automáticamente apa-

reció un mensaje en la pantalla del ordenador: «FYI ACTIVADO». Ya no había marcha atrás.

Un año después de aquellas risas en el puente de los enamorados, el mundo estaba sumido en la crisis económica más terrible que jamás hubiera conocido. Los dos jóvenes reían en el apartamento de París mientras el presidente de Global Security cruzaba el Atlántico en su avión privado.

Jack Sullivan descolgó el teléfono del asiento del avión y marcó el número de su secretaria.

—Localice a Michael Velázquez. Quiero saber cómo va la investigación.

—Un momento, señor Sullivan, enseguida le paso.

El equipo de investigación de Global Security trabajaba sin descanso. Con el GIP en funcionamiento, sabían que sería más sencillo localizar a los responsables del FYI.

—Buenas noches, señor Sullivan. Michael Velázquez al aparato.

—Michael, dígame que por fin sabemos algo.

—Hemos conseguido avanzar en dos frentes. Por un lado, nuestra red de investigadores nos confirma que detrás de FYI no hay ningún gobierno y tampoco se han identificado redes organizadas de terrorismo cibernético. Todo apunta a *hackers* que trabajan por libre —dijo el jefe del Departamento de Investigación orgulloso de sus progresos.

—¿No le parece un ataque muy potente para tratarse de simples *hackers*? —replicó Sullivan con cierto escepticismo.

—Sí, señor Sullivan, pero el GIP confirma nuestra información. Hemos delimitado el perímetro de los ataques en un radio de tres kilómetros desde el centro de París. En esa zona solo hay casas residenciales y apartamentos, no hay empresas ni parques tecnológicos. Espero que, para cuando usted haya aterrizado en el aeropuerto de Orly, le pueda enviar los datos exactos de la persona que buscamos.

—Buen trabajo, Velázquez. Espero sus noticias. Aprovecharé para dormir un rato. Mañana será un día muy largo.

—Señor Sullivan —dijo Velázquez evitando que el presidente diera por finalizada la conversación—, hay algo más. El GIP ha interferido los protocolos de seguridad del Departamento de Defensa y los cortafuegos del Pentágono. Hemos recibido una llamada del jefe de gabinete del presidente diciendo que...

—¡No me interesa nada de lo que me está contando! —interrumpió Sullivan elevando la voz—. Usted encuentre a esos *hackers*, yo me encargaré del resto. ¿Todavía no se ha dado cuenta de lo que nos estamos jugando?

—Sí, señor Sullivan. Así lo haré.

Los dos jóvenes disfrutaban de su éxito. Por una vez se sentían ganadores. Las mismas empresas que hasta ayer habían rechazado sus currículos hoy cerraban las puertas al ver cómo los clientes huían de la tecnología para salvar sus vidas del desastre que dejaba a su paso FYI.

Una vez pasados los primeros momentos de euforia, abrieron unas cervezas y se sentaron en el sofá.

—¿Y ahora qué, Isabella? —preguntó Freddy sin esperar respuesta.

—¿Cómo dices? ¿Y ahora qué? Pues a seguir la vida —dijo la chica mostrando en sus palabras más despecho que seguridad.

—Pero no queda nada. ¿Por dónde empezamos? Por no haber, no hay ni personas conectadas a Internet.

—Freddy, queríamos destruir el sistema y lo hemos conseguido. Las empresas están en manos de especuladores. Desde hace años tienen un plan de obsolescencia programada que nos llena de dispositivos inútiles y nos obliga a seguir comprando cosas nuevas para hacer más o menos lo mismo. Y no digamos nada de la mano de obra infantil que conscientemente utilizan en los países asiáticos —dijo Isa-

bella en un tono aún más serio—. ¿Quieres que también te recuerde el terrible daño que están causando al medio ambiente?

Freddy la miraba con cara de asombro. Isabella no perdía la calma, pero sus palabras sonaban de manera contundente. La chica continuó hablando.

—En los últimos cincuenta años hemos destrozado el planeta como nunca lo hicieron los millones de personas que nos precedieron y habitaron las mismas tierras que hoy devastamos nosotros. ¿Qué herencia le vamos a dejar a nuestros hijos? ¿Acaso tenemos derecho a destruir lo que no es nuestro?

—Vale, Isabella. Todo eso está muy bien, pero ¿y nosotros qué? Creía que esto lo estábamos haciendo para demostrarle al sistema que sí estábamos preparados para triunfar. Que tantas horas de estudios y tantos doctorados, másteres y postgrados no habían sido en vano.

—¡Eso qué importa ahora! —dijo la chica interrumpiéndolo—. Esto no lo hacemos por nosotros, lo hacemos por la humanidad. ¿No lo entiendes, Freddy? Alguien tenía que pararlos y eso solamente podemos hacerlo tú y yo, FYI.

—¿Sabes? Por un momento he sentido como si no te no te conociera. Nunca te había escuchado hablar así. Puede que quizás esto se nos haya ido de las manos. No sé qué pensar.

—Freddy, tranquilo —dijo Isabella acercándose al chico—. Es normal que te encuentres un poco perdido, FYI es algo muy grande. Verás que en unos días lo habrás asimilado y te darás cuenta de todo el bien que hemos hecho a la sociedad.

—¿Y si nos atrapan? ¿Qué nos pasará? Quedan pocos servidores conectados a Internet y el tráfico ha disminuido una barbaridad. No les será difícil localizarnos. Si nos detienen, nos tratarán como a vulgares *hackers*, no como a mentes prodigiosas capaces de reventar el sistema.

—Eso no va pasar, Freddy. Tenemos servidores virtualizados en los cinco continentes. FYI ha infectado al 95% de los dispositivos. Poco pueden hacer contra nosotros. Si nos pasara algo, nuestro sistema sería capaz de funcionar de manera autónoma; recuerda, es inteligente. Somos los únicos que podemos parar FYI. Nos necesitan.

—Isabella, se te ve muy segura. Espero que no nos estemos equivocando.

—Ven aquí, Freddy. Creo que hoy tú y yo vamos a romper algunos límites además de los tecnológicos. Por cierto, ¿tenemos algún candado en casa? —dijo Isabella mientras arrastraba a Freddy a su habitación.

El chico la miró y se dejó llevar. Hacía mucho tiempo que lo estaba deseando.

RUTAS LA CIUDAD DE GALDÓS Y LA CIUDAD DE VAN DER DOES

Recorra y conozca la historia de
Las Palmas de Gran Canaria a
través de nuestras rutas guiadas
para grupos de escolares



7

El avión de Jack Sullivan tomó tierra en el aeropuerto de Orly, en la capital francesa. Pronto comenzarían a aparecer las primeras luces del alba, sabía que sería un día muy largo. Miró la pantalla de su *smartphone*, esperaba recibir nuevas noticias sobre los avances de la investigación de FYI. La bandeja de entrada de su *e-mail* estaba vacía.

Confiaba en la potencia del GIP para dar con el origen de los devastadores ataques de los *hackers* europeos. Conocía a fondo el sistema de geolocalización inteligente de personas porque él mismo lo había diseñado años atrás, cuando el Departamento de Defensa, en plena Guerra Fría, le encargó la creación de ARPANET, el embrión de lo que hoy conocemos como Internet.

Aquella versión inicial de la red de redes incorporaba, aunque de manera oculta, un sistema muy básico de localización de personas basado en la interpolación de direcciones IP y patrones de conducta. Con el tiempo, esta tecnología de localización había evolucionado hasta convertirse en el poderoso GIP que administraba Global Security.

Un coche de la empresa lo esperaba a pie de pista. No quería perder ni un segundo. Abrió la puerta del avión y desplegó la escalerilla. Jack Sullivan descendió lentamente, peldaño a peldaño, con ese aire parsimonioso y elegante que impregnaba todos sus movimientos. El chófer se apresuró y abrió una de las puertas traseras del vehículo.

—Buenos días, señor Sullivan. Por favor, acomódese. Yo me encargaré del equipaje. Espero a que usted me indique

el destino al que debo dirigirme —dijo intentando agradar a su distinguido pasajero.

Jack Sullivan vestía un traje oscuro de color gris marengo que resaltaba el diseño de la corbata, que lucía perfectamente anudada sobre el cuello blanco de su camisa. Los gemelos brillaban con los primeros rayos del día. Un abrigo negro lo protegía del frío mañanero de París.

Había aprovechado el viaje para descansar. El avión de Global Security estaba equipado con toda clase de comodidades para que los pasajeros disfrutaran confortablemente de la travesía. Antes de comenzar las maniobras de aterrizaje, Jack había tenido tiempo de darse una buena ducha, desayunar y leer la prensa del día.

Los principales rotativos de todo el mundo abrían sus cabeceras con la rueda de prensa que había dado el día anterior en la sede de Silicon Valey. En grandes titulares se podía leer: «Apaguen todos los dispositivos y desconéctense de Internet inmediatamente». Es sabido que la prensa siempre acaba dando un cierto toque de sensacionalismo a las noticias, Sullivan contaba con ello.

El plan iba tal y como él lo había diseñado. Ahora tocaba dar el siguiente paso. Activó la consola de videoconferencias del coche y habló con su secretaria.

—Localice a Michael Velázquez. Quiero saber cómo va la investigación de FYI.

En unos minutos, la imagen del jefe del Departamento de Investigación de Global Security apareció en el monitor del coche. Se le veía notablemente cansado. Las ojeras que ensombrecían su rostro reflejaban las largas noches de trabajo de estos últimos meses.

—Buenos días, señor Sullivan. ¿Qué tal el viaje? Espero que haya podido descansar.

—Velázquez, vamos al grano —dijo el presidente con un tono frío que dejaba claro que no había lugar para adornos

ni formalismos—. No tenemos tiempo que perder. ¿Novedades?

—Señor presidente, los tenemos —respondió Michael Velázquez con una sonrisa que por un momento hizo desaparecer el agotamiento de su cara—. El GIP ha dado con ellos. Hemos tardado un poco más de lo esperado, pero hace veinte minutos el sistema ha confirmado las coordenadas.

—Estupendo, Michael —dijo el presidente relajando un poco la voz al tiempo que soltaba un leve suspiro—. ¿Qué sabemos exactamente?

—Se trata de dos jóvenes: Federico Torres e Isabella del Piero. Se hacen llamar FYI, que se corresponde con la letra inicial de sus nombres, Freddy e Isabella, y con el acrónimo de *For Your Information*, ya sabe, la expresión que se usa en los *e-mails* cuando el remitente no espera respuesta. Visto así, parece que desde el principio han estado jugando con nosotros.

—Continúe, Velázquez. Esto comienza a parecerse al argumento de una de esas películas malas de Hollywood.

—Ambos son tecnólogos y tienen unos currículos espectaculares. Si hubieran nacido cien años atrás, quizás les habrían dado el premio Nobel. Hoy forman parte de la lista interminable de jóvenes sin empleo que van de empresa en empresa en busca de un puesto de trabajo.

—Velázquez, por favor, ahórrese los comentarios innecesarios y continúe —espetó Sullivan volviendo a su tono habitual, que obligaba al interlocutor a mantener la tensión en todo momento.

—Quizás le resulte interesante saber que Freddy e Isabella trabajaron como becarios en nuestra delegación de Berlín, pero el departamento de Recursos Humanos emitió un informe desfavorable y abandonaron la empresa tras permanecer cuatro meses en el Área de Sistemas de Computación e Inteligencia Artificial. Al parecer, estaban demasiado

formados para el perfil que se requería y se pensó que tarde o temprano serían un problema para el resto del equipo.

—Ya veo, Michael. Por lo que cuenta, es obvio que tendremos que revisar nuestra política de selección de personal. Efectivamente, estos chicos se han convertido en un problema porque nosotros no hemos sabido hacer las cosas bien. ¡Cuánta incompetencia! —dijo Sullivan agriando aún más el tono de su voz.

—Hemos localizado el apartamento donde viven en París —continuó Velázquez—. Se trata de un pequeño estudio cerca de la Ópera Garnier. En estos momentos un equipo táctico vigila el edificio y controla un perímetro de seis manzanas. Ahora mismo los dos chicos se encuentran en el piso. Parece que la noche ha sido larga y aún no se han despertado.

Michael Velázquez se esforzaba por demostrar la eficacia de su trabajo y el de su equipo. Sabía que su puesto estaba en la cuerda floja y que no podía fallar, y menos ahora, cuando parecía que las cosas por fin empezaban a ponerse de cara. El jefe del Departamento de Investigación continuó su alegato:

—Si Freddy sigue los patrones de conducta que el GIP ha identificado, el chico cogerá el tren de las 09:14 en la estación de Saint-Lazare con destino Versalles. Lo suele hacer todos los martes. Visita a un familiar lejano y aprovecha para comprar en el mercadillo que está camino del palacio.

—Gracias, Michael. Me encargaré personalmente de este asunto. Iré ahora mismo hacia la estación de tren. Si nos damos prisa, llegaremos a tiempo para interceptarlo. Active el protocolo habitual para estos casos y envíeme toda la información que tenga al móvil.

—Por cierto, señor presidente. ¿Podemos desactivar el GIP o esperamos a que termine el operativo? El Departa-

mento de Defensa está muy nervioso, los tenemos encima. Desde ayer no han dejado de presionar para que inhabilitemos el sistema.

—¿Cómo? ¿Todavía no ha detenido el GIP? —dijo Sullivan intentando contener el tono—. Velázquez, le pago para pensar, no para que se limite a cumplir mis órdenes. Desactive el GIP inmediatamente.

Jack Sullivan pulsó el botón rojo de la consola de videoconferencias y la imagen sudorosa de Michael Velázquez desapareció del monitor. Bajó la luna de cristal que lo separaba del chófer y dijo:

—A la estación de Saint-Lazare. ¡Rápido!

Freddy terminaba de desayunar antes de ponerse camino a Versalles. Isabella aún dormía profundamente. El joven se sentía confuso, no terminaba de digerir todo lo sucedido el día anterior. La noche había sido muy larga.

Sentía como si de repente todo su pequeño mundo se tambaleara. Isabella había dejado de ser la incondicional amiga que siempre había estado a su lado para convertirse en el objeto de sus deseos más ardientes y carnales. Quizás no estaban preparados para cruzar esa línea que hasta ayer nunca habían querido traspasar.

Por un momento, dejó a un lado todo lo sucedido en la habitación de Isabella. A Freddy le preocupaban más los argumentos que su amiga había esgrimido cuando él intentó hablarle de su futuro. El chico pensaba que FYI era un desafío profesional que los situaría de una vez por todas en el lugar que la industria tecnológica siempre les había negado.

Sin embargo, ella había derivado la conversación a un discurso filosófico sobre el devenir de la humanidad y del planeta que lo había dejado totalmente desorientado. En ese instante se sintió como un juguete en manos de su compañera italiana.

FELICIDADES

Y por si todo fuera poco, Freddy era consciente de que se encontraban en el ojo del huracán. Estaba seguro de que la rueda de prensa de Global Security respondía a una estrategia perfectamente organizada que pronto llevaría a sus perseguidores hasta la localización de los servidores de FYI.

Decidió olvidarse de todo por un rato y, como cada martes, puso rumbo a Versalles. En el pueblo vivía una tía de su padre. Era una mujer muy mayor que lo trataba como el nieto que nunca tuvo. Le gustaba conversar con ella en el pequeño salón de su casa mientras se tomaba un chocolate bien caliente acompañado de un *croissant* recién horneado. Solía consolarse pensando que visitar a la señora Monet era una manera de sentirse un poco más cerca de la familia. A menudo echaba de menos la cercanía de sus padres y de sus hermanos.

Antes de coger el tren de vuelta a París, como de costumbre, pasaría por el mercadillo que estaba en el camino hacia el palacio para comprar frutas y verduras frescas. Allí se fundiría con los turistas mientras llenaba su mochila con los mejores productos de la campiña francesa. Isabella era una experta cocinera y sabía sacar toda la esencia de los sabores de la cocina mediterránea.

Miró su reloj, iba bien de tiempo. Como cada martes, el tren de las 09:14 lo esperaba en la vía 3 de la estación de Saint-Lazare.

Un hombre de aspecto elegante hojeaba un ejemplar de *Le Monde* mientras observaba discretamente el paso acelerado de los viajeros que se afanaban por no perder el tren. Su mirada se detuvo en el andar pausado de un chico alto y moreno. Comprobó la foto que le habían enviado al móvil y se levantó de su asiento para dirigirse hacia la vía 3. Faltaban pocos minutos para que el tren saliera con destino a Versalles.

Dejó que el chico tomara unos metros de distancia y lo siguió sin perderlo de vista. El muchacho se subió al cuarto vagón y se sentó en sentido contrario al de la marcha. Le gustaba ir descubriendo el paisaje que el tren iba dejando a su paso.

Jack Sullivan subió al tercer vagón y, con cierto aire de despiste y casualidad, caminó lentamente hacia el cuarto. Vio al joven e hizo el ademán de sentarse en el asiento que estaba enfrente del chico.

—¿Le importa que me siente aquí? —dijo Sullivan mostrando una amable sonrisa.

—Por mi parte no hay problema —respondió el chico sin levantar la cabeza de su *tablet*.

El tren se puso en marcha con una puntualidad británica. Jack Sullivan no apartaba la mirada del muchacho mientras mantenía una leve sonrisa en el rostro que le confería cierto aire de forzada amabilidad. Freddy tardó unos minutos en darse cuenta de que el hombre no le quitaba la vista de encima. Su cara le sonaba, pero no terminaba de encajarla.

Por su aspecto, supuso que debía de ser un hombre de negocios, de esos que salen de vez en cuando en las noticias. El trayecto hacia Versalles tenía una parada en La Défense y probablemente se bajaría en la estación del centro de los negocios de París. Siguió leyendo en su *tablet* sin darle mayor importancia al asunto.

Jack Sullivan continuaba manteniendo la misma sonrisa y la mirada fija en los ojos de Freddy. El chico comenzó a extrañarse cuando el hombre no se bajó en la estación esperada e intentó esforzarse por recordar dónde había visto esa cara por última vez. Empezaba a ponerse nervioso.

—¿Todo bien? —dijo el caballero.

—Sí, todo bien —respondió Freddy mientras le seguía dando vueltas a la cabeza pensando quién podía ser ese hombre que no dejaba de mirarlo. Tenía que recordar dónde había escuchado aquella voz.

—¿Todo bien, señor Federico Torres? —volvió a preguntar el hombre—. ¿O debería llamarle Freddy? ¿O mejor FYI?

Entonces lo supo. Como un *flash* vino a su mente la imagen de la rueda de prensa de Global Security. Aquel hombre que estaba sentado delante de él era el mismo Jack Sullivan en persona. Las manos de Freddy se humedecieron y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Pensó en levantarse y salir corriendo, pero a dónde. Estaba seguro de que habría escoltas cubriendo todas las salidas. No le quedaba otra alternativa, tenía que afrontar la situación y echarle valor.

—Jack Sullivan, ¿verdad? —dijo Freddy intentando mostrar con sus palabras todo el aplomo posible y dejando entrever una ligera sonrisa.

—Le noto un poco nervioso, señor Torres. Creo que aún no le he dado motivos para ello —respondió Sullivan con la misma sonrisa complaciente y sin dejar de fijar la mirada en los ojos del chico.

—¿De camino a Versalles? He oído en las noticias que hace unas semanas que han terminado de restaurar la fuente principal de los jardines del palacio. Parece ser que ha quedado muy hermosa —dijo el chico para romper el silencio y ganar tiempo mientras pensaba cómo salir del apuro.

—Como usted comprenderá, señor Torres, no he viajado hasta París para hablar de las fuentes del Palacio de Versalles —respondió Sullivan recuperando el tono arisco que en él era habitual y con el que tan cómodo se sentía—. Necesitamos resolver esta desagradable situación inmediatamente. Podemos hacerlo de la manera que a usted más le guste. Le puedo asegurar que no suelo ser tan amable, así que aproveche mi generosidad. Freddy, el juego ha terminado.

Al joven le temblaban las rodillas. El estómago le daba vueltas, tenía la boca seca y un sudor frío recorría todo su

cuerpo. El pánico estaba a punto de apoderarse de él. Se esforzó por no perder la compostura.

—Tendrá que explicarse mejor, señor Sullivan, porque no sé de qué me está hablando. Yo, como cada martes, voy a visitar a mi tía a Versalles. Desconozco qué situación desagradable necesita resolver inmediatamente y en qué puedo ayudarle.

—Vaya, señor Torres. Veo que ha decidido tomarme por tonto. Esperaba una estrategia más inteligente para una mente tan brillante como la suya —respondió el hombre demostrando un control absoluto de la situación—. Si le parece bien, le haré una propuesta que espero sepa valorar convenientemente.

Jack Sullivan dejó pasar unos segundos de forzado silencio al tiempo que observaba cómo las gotas de sudor caían por la frente del chico. Le gustaba controlar el ritmo de la conversación y crear el ambiente adecuado para garantizar el impacto de sus palabras en el interlocutor. El sonido del tren impedía que los otros viajeros pudieran escuchar lo que decían aquellos dos hombres.

—Preste atención, señor Torres. Solo se lo diré una vez. Le ofrezco un cheque en blanco para usted y su amiguita italiana. Ponga la cifra que considere oportuna, entrégueme el control de los servidores de FYI y desaparezca de nuestro mundo para siempre.

Freddy lo miraba sin poder articular palabra. Su corazón palpitaba con fuerza, creía que le iba a estallar de un momento a otro. El tren estaba a punto de llegar a la estación de Versalles.

—Señor Torres. Qué decepción. No creí que usted fuera de esos hombres incapaces de tomar una decisión sin antes consultar con su novia —continuó Sullivan adoptando cierto tono de burla—. Pensaba que era más listo; después de todo, la señorita del Piero y usted han montado un buen lío con

FELICIDADES

el dichoso FYI. Le daré de plazo hasta mañana para que se lo piense. Gracias por la compañía, ha sido un placer. Creo que aprovecharé el resto del día para visitar el Palacio del Rey Sol. Por cierto, dele recuerdos de mi parte a la señora Monet.

El hombre se bajó del tren mientras el chico lo seguía con la mirada y veía cómo se perdía entre la gente. ¿Cómo podía saber el apellido de su tía? No recordaba que se lo hubiera dicho. Esto lo puso aún más nervioso.

Intentó tranquilizarse antes de llamar a Isabella, pero se detuvo ante su primer impulso. Supuso que tendría su teléfono pinchado y no quería poner en peligro a su compañera. Decidió esperar y seguir la rutina. Eso le daría tiempo para reflexionar sobre la propuesta que le había hecho Sullivan: un cheque en blanco y la vida resuelta para siempre.

El resto de la mañana se le hizo interminable. Visitó a su tía y compró en el mercadillo frutas y verduras, como de costumbre. Nada que no se saliera de la aburrida cotidianidad, solo que esta vez su cabeza no estaba en Versalles, sino en el apartamento de París. Tenía que hablar con Isabella y saber que todo iba bien.

Cogió el tren de las 14:36 con destino a París. El trayecto de vuelta le pareció mucho más largo que en otras ocasiones. Había apagado el móvil, no quería dejar rastros de sus movimientos. Al llegar a la estación de Saint-Lazare, se abrió paso entre la gente y caminó un poco más rápido de lo que era habitual en él.

Aunque solía ir a pie, esta vez decidió ir en metro hasta su casa. Estaba solo a dos paradas, pero tenía prisa por llegar y abrazar a Isabella. Salió a la superficie por la boca de metro de la Ópera Garnier. Ya solo quedaban un par de manzanas para llegar al apartamento, tenía que girar a la izquierda y recorrer una pequeña calle que no solía estar muy transitada. Freddy apretó el paso.

De repente, un coche deportivo negro con las lunas tintadas apareció en la esquina. El vehículo aceleró a fondo y pasó rozando al chico, que tuvo que dar un salto para evitar que lo atropellara. Estaba claro que Global Security no se andaba con rodeos.

Rápidamente entró en el portal, subió corriendo por las escaleras hasta llegar al tercer piso, sacó las llaves y abrió la puerta, no sin antes comprobar que nadie lo había seguido. Isabella lo miró con cara de asombro. No comprendía aquellos agobios del joven.

—¿Qué ocurre, Freddy? Parece que hubieras visto un fantasma —dijo la chica con un tono desenfadado y un poco pícaro que por un momento recordó a Freddy lo sucedido la noche anterior.

—Escucha, Isabella. He estado con Jack Sullivan. Se sentó a mi lado en el tren camino de Versalles —dijo el chico atropelladamente mientras intentaba recuperar el resuello.

—¿Jack Sullivan? ¿El presidente de Global Security? ¿En el tren de Versalles? Freddy, si es una broma, te aseguro que no tiene ninguna gracia.

—No es ninguna broma —replicó Freddy mientras cerraba las cortinas del apartamento y apagaba el móvil de Isabella—. Además, hace un momento han intentado matarme. Esto va muy en serio, Isabella.

El rostro de la chica reflejaba la tensión que transmitían las palabras de Freddy. Intentó conservar la calma y la cabeza fría. Sabía que ella tendría que mantenerse firme porque su amigo, en las situaciones extremas, solía perder el control.

—Tranquilo, Freddy. Por lo pronto estamos bien y no va a pasar nada —dijo la chica mientras le pasaba la mano por el hombro al joven—. Cálmate y cuéntame con detalle qué te dijo Sullivan.

—Tardé un rato en reconocer a Sullivan. Hasta que no me llamó por mi nombre no supe que era él. En ese

momento puse la grabadora de la *tablet* en marcha. Escúchalo tú misma y dime si no tenemos motivos para estar preocupados.

Freddy sacó la *tablet* de la funda y abrió la aplicación para reproducir el fichero de audio con la grabación de la conversación con el presidente de Global Security. Pulsó el botón de *play* y contuvo la respiración mientras cogía la mano de Isabella.

—Jack Sullivan, ¿verdad? —se oyó la voz del chico—.

—Le noto un poco nervioso, señor Torres. Creo que aún no le he dado motivos para ello.

En ese instante, la grabación se interrumpió. Solo se escuchaba un pitido muy desagradable.

—¡Lo sabía! —dijo Freddy—. Sullivan usó un inhibidor de frecuencias para bloquear la grabación. ¡No se le escapa nada!

—No te preocupes, Freddy. Tranquilízate y cuéntame todo lo que te dijo —respondió Isabella intentando mantener la compostura.

Freddy relató con todo detalle lo que había sucedido desde que aquel hombre desconocido se sentó a su lado en el asiento del tren y cómo no le quitaba el ojo de encima mientras mantenía en su rostro una estúpida sonrisa complaciente.

Las palabras se atropellaban luchando por salir de su boca. Isabella intentaba calmarlo. Después de una breve pausa, el chico concluyó el relato.

—Pues eso, Isabella. Tenemos de plazo hasta mañana para decidir. Yo creo que el asunto está muy claro. ¿Tú qué dices?

—Está muy claro, Freddy. ¡Seguimos adelante! ¡No podrán con nosotros! ¿No te das cuenta de que ahora los tenemos contra las cuerdas?

—¿Qué estás diciendo, Isabella? ¡Casi me matan!

—Tú mismo lo has dicho: casi. Solo trataban de asustarte.

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que lo han conseguido! Isabella, déjate de historias. Cojamos el dinero y perdámonos en alguna isla del Pacífico.

—¿Dinero? ¿Crees que hemos hecho esto por dinero? Freddy, la verdad es que a veces eres patético.

—¿Cuánto vale tu orgullo, Isabella? ¿Un millón de euros, dos... cien? Dime tu precio y se terminó —replicó Freddy elevando el tono de su voz.

La chica era incapaz de contenerse y por un momento olvidó quién era el joven que tenía delante de ella y todo lo que habían vivido juntos.

—¿Y no fuiste capaz de decirle a Sullivan que no nos interesa su apestoso dinero?, ¿que su imperio está a punto de ser destruido?, ¿que se acabó la devastación del planeta? —la joven hizo una pausa—. ¿En qué estabas pensando, Freddy? Quítate de una vez esos pájaros de la cabeza.

En aquel instante, el teléfono de la cómoda de la entrada sonó y, como si pasara un ángel, se hizo el silencio en el apartamento. Los dos jóvenes se miraron. Ese número solo lo conocían los familiares más cercanos y algún amigo. El resto de contactos usaba el móvil para hablar con ellos. No era normal que alguien llamara un martes y menos a aquella hora de la tarde. Isabella se apresuró y descolgó el auricular.

—¿Mamá? ¿Qué tal? ¿Cuánto tiempo sin oírte! —dijo intentando mantener un tono de absoluta normalidad.

—¡Isabella! ¿Estás bien? ¿Freddy está bien? —dijo la madre notablemente agitada.

—Sí, mamá. Todo está bien. ¿Qué ocurre?

—Acaban de dejar una nota por debajo de la puerta. Dice: «Si quiere volver a ver con vida a su hija Isabella, dígle que deje de jugar a salvar el mundo». También hay escrito un número de móvil. ¿Qué está pasando, Isabella?

La chica se quedó pálida, no podía hablar. Miró a Freddy y dejó deslizar su cuerpo por la pared hasta quedarse sentada en el suelo.

—¿Qué ocurre, Isabella? Dime algo —dijo el chico alarmado.

—Freddy, creo que tenemos un grave problema.

Ponga un clásico en su biblioteca

CLÁSICOS CANARIOS CONTEMPORÁNEOS



15€

Un libro de la Colección de Poetas Canarios Contemporáneos. Libros firmado y numerado

POETAS CANARIOS CONTEMPORÁNEOS



60€

Colección de Poetas Canarios Contemporáneos (5 libros) firmados y numerados

99€

Colección de Poetas Canarios Contemporáneos (5 libros) firmados y numerados + otra de los Clásicos Canarios Contemporáneos (5 libros) firmados y numerados

Tenían menos de veinticuatro horas para tomar una decisión; sin lugar a dudas, la decisión más importante a la que nunca se habían tenido que enfrentar. Los dos jóvenes estaban nerviosos y asustados, ni en sus peores pesadillas habían llegado a imaginar que sus vidas estarían en peligro a causa de FYI.

Los últimos días habían sido muy intensos. Además, su relación había dado un giro inesperado que los tenía desconcertados. Por momentos, parecían dos desconocidos que compartían piso y se habían visto envueltos accidentalmente en una situación límite que tenían que resolver contrarreloj. Ninguno terminaba de asimilar lo sucedido y, sin decirse nada, optaron por dejar que fuera el otro quien tomara la iniciativa. Un tenso silencio reinaba en el apartamento.

Era casi medianoche. Las horas pasaban y las miradas se cruzaban como dardos envenenados. Finalmente, Freddy se sentó en el sofá junto a su amiga y rompió el hielo.

—Isabella, ¿qué piensas hacer?

—¡Ah! ¡Pero si estabas ahí! —dijo la chica irónica—. Pensaba que tu espectro no sabía hablar.

—Bueno, déjate de sarcasmos e ironías. Creo que este no es el mejor momento para que nos andemos con tonterías —respondió Freddy en tono conciliador—. Ahora más que nunca tenemos que estar unidos. Isabella, te necesito.

La joven se quedó en silencio. Conocía muy bien a Freddy. Sabía que era una persona de gran corazón que siempre había estado a su lado. No quería hacerle daño, pero

tampoco podía engañarse a sí misma. Desde ayer las cosas entre ellos habían cambiado.

—Freddy, siento mucho haberte metido en este lío. Sé que tú nunca quisiste activar el FYI y que fui yo la que te empujó a hacerlo. Si quieres, vete. Yo me haré cargo de todo y asumiré las consecuencias de nuestros actos. Corre, todavía estás a tiempo.

—No, ni lo sueñes —respondió el chico con firmeza al mismo tiempo que la cogía de la mano—. Esto lo empezamos juntos y lo terminaremos juntos. Es muy fácil, dime una cifra y se acabó. ¿Te parece bien cien millones de euros?

Isabella soltó la mano de Freddy, lo miró a los ojos y, sin perder la calma, dijo:

—No pretendo convencerte, pero mi dignidad no tiene precio. Ya te he dicho que esto no lo hacía por nosotros, sino por un bien mayor al que no debemos renunciar. Quizás ahora no lo entiendas, pero somos los únicos que podemos destruir el sistema y acabar con este imperio de tiranos que manejan el mundo a su antojo.

Freddy la miraba intentando mantener la calma y no perder la paciencia. El discurso de su amiga era el mismo que el de la noche anterior. Golpeaba su cabeza y sentía cómo lo alejaba cada vez más de la persona con la que había compartido su vida estos últimos años.

—Isabella, no te comprendo. No sé por qué de repente te ha dado por salvar el mundo. ¿No te das cuenta de que nos quieren matar? ¿No te importa? ¿Hasta dónde piensas llegar? A veces me das miedo. Por favor, recapacita —dijo el muchacho mientras intentaba rescatar lo poco que quedaba de la chica que había conocido.

—Como te he dicho antes, no trataré de convencerte, pero tampoco intentes que cambie de opinión —respondió ella manteniendo el tono serio y mesurado de sus palabras—. Estoy totalmente convencida de lo que estoy diciendo. Freddy, no hay marcha atrás: ellos o nosotros.

Nuevamente se hizo el silencio en el pequeño apartamento de París. La seguridad que Isabella mostraba en sus palabras dejaba poco margen de actuación al chico, quien seguía esforzándose por entender los razonamientos de su compañera de piso, que repentinamente se había vuelto una extraña.

Sabía que sería muy difícil conseguir que Isabella cambiara de opinión, por lo que decidió buscar otra estrategia.

—De acuerdo, Isabella. Por un momento supongamos que tienes razón.

Ella lo miró con cierta desconfianza y dejó que el joven siguiera hablando.

—Te propongo que analicemos objetivamente la situación y las consecuencias de cada una de las alternativas que tenemos, sin pasiones. Si el resultado del análisis es favorable, lo haremos a tu manera; si no, lo haremos a la mía. Después de todo, se supone que somos tecnólogos, que creemos en la ciencia y en los razonamientos lógicos y deductivos. ¿De acuerdo?

Isabella guardó silencio e hizo un gesto con la cabeza a modo de aprobación.

—Analicemos primero tu postura: juntos hasta el final —dijo Freddy sacando a la luz el analista que llevaba dentro—. Es muy probable que tarde o temprano el equipo de investigación de Global Security acabe dando con el algoritmo para contrarrestar nuestros ataques. ¿O te piensas que somos mentes privilegiadas, únicas e infalibles? Solo es cuestión de tiempo. Cuando eso pase, estaremos muertos. ¿Eso es lo que quieres?

Freddy la miró esperando respuesta. El ambiente era muy tenso. Tras un frío silencio, Isabella habló.

—¿Cuánto tiempo llevan intentando parar nuestros ataques? Hace más de un año que los servidores de FYI están en funcionamiento y nadie ha sido capaz de detener-

los. Nuestro sistema es inteligente y es capaz de regenerarse automáticamente ante posibles fallos y caídas. Yo creo en él. ¿Y tú? Solo nosotros sabemos cómo desactivarlo. Si estuvieras tan convencido como yo, no estarías diciendo esas tonterías.

Freddy intentaba contenerse, quería intentarlo por última vez antes de dar definitivamente por perdida a su amiga.

—Vale, supongamos que sigues teniendo razón y que Global Security no es capaz de detener nuestros ataques. ¿Crees que nos dejarán tranquilos? ¿Y nuestras familias? Lo saben todo sobre nosotros. ¿También quieres arriesgar sus vidas? Isabella, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar? —volvió a preguntar por segunda vez—. Como ves, un simple análisis de tu alternativa nos lleva a deducir que las opciones de éxito son mínimas, por no decir nulas.

Ella guardó silencio. Era como si las palabras del chico no llegasen a sus oídos. Freddy se esforzaba por seguir con el proceso deductivo. Respiró profundamente y continuó hablando.

—Ahora analicemos mi propuesta: coge el dinero y corre. Le entregamos a Jack Sullivan el código para desactivar los servidores de FYI a cambio de un cheque de cien millones de euros y listo. ¿Qué inconveniente le ves? Yo no encuentro ninguno.

Freddy la miró sin esperar respuesta. Se puso en pie y continuó entusiasmado con su argumento.

—Global Security sabrá que fuimos nosotros, los mismos becarios a los que despreciaron y que ahora les hacen morder el polvo. ¿Quién sabe? Igual hasta nos contratan. Con cien millones tendríamos la vida más que resuelta. Suena bien, ¿verdad?

Volvió a sentarse en el sofá esperando, ahora sí, una respuesta. Isabella tomó nuevamente la palabra sin perder el tono frío y calculador que había adoptado desde que comenzó la conversación.

—Freddy, no voy a negar que tu análisis es correcto, razonable, lógico, sensato, deductivo y todos los calificativos que quieras añadir, pero en la vida no solo hay que actuar con la cabeza. Hay veces que manda el corazón, y creo, mi querido analista, que no has tenido eso en cuenta.

El joven tragó saliva y siguió escuchando el alegato de Isabella. Estaba claro que no había conseguido persuadirla.

—No me interesa el dinero. Nunca hemos tenido nada y hasta ayer fuimos felices compartiendo lo poco que había en la despensa y lo mucho que soñábamos juntos. Freddy, no quiero dejar de soñar. Soñar con un mundo mejor donde nadie sea mejor que nadie, donde no haya engaños, donde unos pocos no controlen la vida de unos muchos. Te sonará radical, utópico, idealista, antisistema... ponle los calificativos que quieras, pero esto es lo que mueve el mundo —dijo con la mano en el pecho.

Se quedaron en silencio. Ella respiraba con calma y, a pesar de la tensión del momento, transmitía una gran seguridad y aplomo en sus palabras. Freddy volvió a analizar rápidamente la situación, tenía que tomar una decisión. Dejó que pasaran unos minutos y dijo:

—Vale, Isabella. Tú ganas: juntos hasta el final.

—Si no quieres, no hace falta que lo hagas, Freddy. Seguiré yo sola con esto. No te sientas obligado.

—Juntos hasta el final —interrumpió el chico apretándole suavemente la mano—. He intentado analizar contigo la situación y, en condiciones normales, sabes que no estamos haciendo lo más sensato, pero todo lo que rodea a FYI hace tiempo que dejó de ser normal.

La chica lo miraba sin inmutarse. Freddy continuó:

—Lo haremos a tu manera. Mañana enviaré un mensaje a Jack Sullivan y quedará con él. Le contaré lo que hemos hablado y que sea lo que Dios quiera.

—No, Freddy. Yo iré a hablar con Sullivan. No es que no confíe en ti, pero quiero dar la cara y ser yo misma quien le diga a ese cretino que su imperio ya es historia. Verás que todo saldrá bien —concluyó dejando ver una leve sonrisa en su cara que alivió el ánimo del joven.

Freddy la miró y asintió. Con un gesto, hizo ademán de llevarla hasta su habitación, pero ella rechazó la propuesta.

—Ha sido un día muy largo, Freddy. Quizás mañana, hoy necesito descansar.

Se fueron a dormir, cada uno por su lado, conscientes de que habían tomado una decisión muy difícil que probablemente acabaría por separarlos. La seguridad de la chica no podía esconder el cariño que sentía por Freddy. En su interior, sabía que su actitud estaba haciendo daño al compañero de piso con el que tantas aventuras había vivido en los últimos años.

Por otro lado, la conformidad del joven no terminaba de resignarse y era incapaz de asumir que seguramente todo acabaría mal y sus cuerpos aparecerían flotando boca abajo en el Sena.

Isabella se despertó muy temprano. Aprovechó el aire fresco de la mañana para ir a correr y terminar de afianzar las ideas. Después de una hora y de unos cuantos kilómetros, regresó al apartamento. Se dio una buena ducha y preparó un potente desayuno. Había que recargar energías.

Encendió el móvil y envió un SMS al número que estaba escrito en la nota que su madre había recibido el día anterior por debajo de la puerta: «A las 12:00 en Notre Dame».

Jack Sullivan escuchó el zumbido de su *smartphone*, miró la pantalla y sonrió. Todo iba según lo planeado. Activó la *webcam* de su equipo y llamó a Michael Velázquez:

—Buenos días, Michael. Dígame que por fin hemos conseguido detener los servidores de FYI.

—Buenos días, señor Sullivan. Aún no —respondió el hombre con cara de circunstancias—. Hemos localizado todos los servidores de FYI, son un total de treinta y tres y están ubicados en varios países de los cinco continentes.

—¿Y bien? —lo interrumpió Sullivan dando muestras de que su paciencia se había agotado—. ¿Cree que podrá detenerlos?

—Sinceramente, no creo que lo logremos. FYI utiliza una tecnología desconocida para nosotros y los algoritmos de encriptación son demasiado complejos para nuestros sistemas. Señor Sullivan, esos dos chicos son los únicos que pueden detener las máquinas de FYI —concluyó Velázquez mientras se pasaba la mano por la frente.

—Entendido, Michael —respondió fríamente el presidente de Global Security dando por concluida la conversación.

Todavía quedaban dos horas para la cita en Notre Dame. Tenía tiempo de relajarse y tomar algo antes del encuentro con Freddy. Pensó que no sería muy complicado persuadir al chico para que le entregara el control de los servidores. Sabía que el miedo era el mejor aliado en este tipo de negociaciones y contaba con eso a su favor.

Isabella se preparó para ir al encuentro de Sullivan. Camiseta roja, vaqueros cortos y zapatillas a juego. Se hizo una coleta, cogió las gafas de sol, su pequeña mochila y la bicicleta. Hacía un día estupendo para ir bordeando el río hasta la catedral.

—Hasta luego, Freddy. Quédate tranquilo, seguro que todo irá bien.

—Ten cuidado, por favor. Ya sabes que son muy peligrosos. Acuérdate de lo que intentaron hacer ayer. Estos lobos no se andan con rodeos.

—No te preocupes, ya sabes: juntos hasta el final —dijo ella mostrando una ligera sonrisa a la vez que cerraba la puerta del apartamento.

FELICIDADES

Pedaleó lentamente bordeando la margen izquierda del río. Iba disfrutando del aire de París y del brillo del sol sobre los cristales de los históricos edificios. No tardó en llegar a Notre Dame. Se bajó de la bicicleta y se sentó a esperar frente al pórtico principal de la catedral. Le encantaba admirar cada uno de los detalles que adornaban la construcción mientras se imaginaba la cantidad de historias que se habían vivido en aquel mismo lugar.

Eran las doce en punto. Justo en ese instante Jack Sullivan descendía de un coche negro con las lunas tintadas y se acercaba caminando hacia la catedral. Como siempre, iba elegantemente vestido. Su traje y corbata le otorgaban esa imagen impecable de hombre de negocios.

Se detuvo ante el pórtico de Notre Dame, miró su reloj y barrió con la mirada a las personas que merodeaban el lugar. Isabella lo observaba sentada en las gradas que estaban delante de la catedral. Estaba claro que Sullivan esperaba a Freddy y no había reparado en la presencia de la chica.

De pronto, la mirada del hombre se fijó en la joven de la coleta y camiseta roja. Miró la pantalla de su móvil, confirmó la imagen, sonrió y se acercó hasta ella.

—Buenos días, señorita del Piero. Qué agradable sorpresa. No esperaba encontrarla hoy aquí —dijo Sullivan cortésmente mientras le tendía la mano a la joven.

—Buenos días, señor Sullivan. Me gustaría decirle que yo también me alegro de verle, pero lamento que no sea así —respondió Isabella dejando la mano del presidente de Global Security en el aire.

—¿Qué tal está el señor Torres? Espero que se encuentre bien después del desafortunado incidente de ayer con el coche. Debería tener más cuidado al cruzar la calle.

—Freddy está muy bien, supongo que usted ya lo sabe. No piense que nos podrá asustar con sus notitas por debajo de la puerta y sus juegos intimidatorios.

—Muy bien, señorita del Piero. Está claro que usted es la parte dura de FYI. Me gustan las mujeres con carácter. ¿Le apetece que vayamos a un bistro a tomar algo? Conozco uno cerca de aquí donde dispondremos de un reservado. Estaremos más cómodos y podremos hablar con calma.

—No, señor Sullivan. Mejor nos quedamos aquí, a la vista de todos. No creo que tardemos demasiado, sospecho que no tenemos mucho de que hablar.

—Como usted prefiera —dijo el hombre ocultando su descontento mientras se sentaba en la grada junto a la chica—. Supongo que si me ha citado es porque tiene una respuesta a mi generosa oferta. Usted dirá la cifra que debo poner en el cheque para zanjar definitivamente este desagradable asunto.

—Intentaré dejárselo muy claro —dijo Isabella—. No nos interesa su dinero. Entiéndalo de una vez: ha perdido, señor Sullivan. Sus ingenieros llevan meses intentando detener el ataque de dos jóvenes sin trabajo despreciados por empresas como la suya. Únicamente han conseguido identificar la localización de nuestros servidores, pero son incapaces de parar el avance de FYI. Parece que falta talento en su empresa. Es probable que su Departamento de Recursos Humanos no haya sabido identificarlo.

—Tiene toda la razón, Isabella. La tecnología de FYI me resulta muy interesante y, desde luego, me gustaría que fuera propiedad de Global Security. Le ofrezco ser la directora de Desarrollo Tecnológico de nuestra empresa. Fije las condiciones e incorpórese ahora mismo a nuestro proyecto. Nuestra industria no puede permitirse el lujo de desperdiciar una mente como la suya.

La chica se quedó en silencio mientras observaba cómo los turistas hacían cola para entrar en la catedral. En medio de aquel bullicio, el futuro del mundo se debatía en el mismo lugar donde se habían escrito páginas imborrables de la historia de Francia. El hombre continuó hablando.

—Isabella, sé lo que piensa. Yo también tuve una vez veinte años y sentía que tenía que ser rebelde, estar contra toda forma de poder y luchar por las causas perdidas e imposibles.

—Sullivan, por favor, cálese —dijo la chica interrumpiendo al hombre—. ¿Qué sabe usted de lo que sentimos los jóvenes de hoy? Desde su despacho todo se ve estupendamente mientras diariamente empresas como la suya tiran a la basura miles de currículos, miles de vidas. ¿Sabe el tiempo y el esfuerzo que he invertido en formarme?, ¿sabe a todo lo que he tenido que renunciar? Tengo unos conocimientos que triplican los que usted tenía a mi edad y, sin embargo, no tengo sitio en la industria tecnológica que ustedes han creado porque empresas como Global Security piensan que no somos aptos para ocupar una silla de un simple mileurista.

—Isabella, déjeme que le explique...

—No, ahora escuche. Por lo que se ve, parece que usted está muy acostumbrado a dar órdenes —replicó Isabella seriamente—. La tecnología debe servir para ayudar a las personas y ustedes han convertido a la sociedad en esclava de una estrategia de consumo que la está destrozando y que, además, está devastando el planeta. ¿Qué vamos a hacer con los millones de dispositivos que han dejado obsoletos deliberadamente y que hoy ya no sirven para nada? ¿De dónde sacaremos la materia prima para seguir fabricando los nuevos juguetes que tienen previsto sacar al mercado las próximas navidades? Y por último, señor Sullivan, ¿hasta cuándo piensa consentir la explotación de miles de niños que trabajan para usted en los países asiáticos?

Los dos se quedaron en silencio con la mirada perdida en algún punto de la fachada de Notre Dame. Isabella estaba tensa, pero mantenía la compostura, sentía que tenía la situación controlada. Sullivan se aflojó la corbata, se pasó la

mano por el pelo e intentó relajar el tono de la conversación. Después de unos instantes, el hombre volvió a hablar:

—Isabella, tienes razón —dijo tuteándola por primera vez—. ¿Crees que a mí me gusta el mundo que hemos creado? Yo no soy más que una pieza de este enorme engranaje que mueve la economía mundial. En el fondo, no somos muy distintos, aunque a decir verdad pienso que tu actitud no es demasiado inteligente.

La chica se volvió lanzando una mirada desafiante. Se mantuvo en silencio mientras el hombre continuó hablando.

—¿No te has preguntado cómo fuimos capaces de localizaros? ¿Cómo fue posible dar con dos jóvenes anónimos sin trabajo que viven en un pequeño apartamento de París? Lo sabemos todo de ti y de todas estas personas que nos rodean —dijo señalando a los turistas que entraban y salían de Notre Dame.

Isabella escuchaba con atención. Sullivan estaba en lo cierto. Desde ayer no había dejado de preguntarse cómo habían logrado encontrarlos. Estaba claro que algo se le estaba escapando.

—Te contaré una cosa que tú no sabes —dijo Sullivan relajando el tono de su voz—. Puede que pienses que FYI es el primer virus inteligente que se ha inventado, pero te equivocas. Hace treinta años, casi cuando empezaba a crearse Internet tal y como hoy lo conocemos, diseñé un complejo sistema de geolocalización inteligente de personas que permitía saber en cada momento dónde se encontraba exactamente un individuo. Con la excusa de asignar una identificación única a los dispositivos que se conectaran a la red, le dimos a cada equipo una MAC que forma parte de un algoritmo convenientemente encriptado que va dejando huella de todos los movimientos y hábitos del usuario en cuestión.

La joven lo miraba intentando ocultar su sorpresa. Sullivan continuó:

FELICIDADES

—Hoy el sistema está completamente optimizado y es mucho más preciso que el que yo programé inicialmente. Con la incorporación de los GPS en los dispositivos móviles, las coordenadas son exactas. Isabella, nuestro geolocalizador inteligente de personas está basado en la misma tecnología que el FYI. Pero hay una gran diferencia, el FYI tiene un fallo muy grave.

—¿Un fallo? ¿Cuál? Creo que todavía sus ingenieros no han sido capaces de detener nuestros servidores —dijo la chica en un tono serio con cierta carga de ironía.

—¿Cuántos usuarios quedan conectados a Internet? —replicó Sullivan—. Me parece que a día de hoy nadie sensato se conectaría a una red totalmente insegura, una red de la que no te puedes fiar. Y esa es la clave, los usuarios han perdido la confianza en Internet. El FYI se encargó de destruirla, y sin usuarios no hay nada.

—¿A dónde quiere llegar, Sullivan?

—El GIP forma parte de la vida de los usuarios de Internet. Está instalado en todos sus dispositivos, pero no lo saben. Confían en la tecnología que les vendemos porque para ellos es transparente, sienten que la dominan. Políticos, empresarios, magnates del petróleo, deportistas de élite, artistas internacionales... todos están controlados por el GIP. La información que generan es convenientemente utilizada para mejorar nuestros negocios y producir dinero, que al final es lo que cuenta.

—Dinero, siempre dinero —dijo la chica moviendo la cabeza en un claro gesto de desaprobación.

—Sí, Isabella, dinero. Colón descubrió América por dinero, ¿o has pensado alguna vez que estaba de viaje de placer? La economía mueve el mundo y, puestos a elegir, prefiero ser del equipo ganador, del equipo que mueve los hilos.

—Señor Sullivan, creo que nuestra conversación ha terminado —dijo la chica con intención de levantarse.

—Espera un momento —replicó el hombre mirándola fijamente a los ojos—. Quiero que te incorpores al proyecto del GIP. Usaremos la tecnología del FYI para perfeccionar nuestro diseño. Tú dirigirás el equipo. Supongo que es el sueño de todo joven que se dedica a la tecnología: pertenecer a Global Security.

La chica lo miró sin decir palabra. Sullivan continuó.

—Tú y Freddy tendréis la vida resuelta. Se acabaron las piruetas para llegar a fin de mes. Vivirás en Silicon Valley, en la meca de la tecnología. Serás feliz.

—Sullivan, creo que no ha entendido nada de lo que le he dicho. No hay trato. Siga su camino, nosotros seguiremos el nuestro —dijo Isabella agriando el tono de sus palabras—. Por más que intente detener nuestros servidores, le adelanto que le será imposible. Por cierto, si le sucede algo a Freddy o a alguien de nuestras familias, buscaré la manera de que usted y los suyos acaben entre rejas —concluyó la chica sin perder la calma después del farol que le acababa de lanzar al presidente de Global Security.

—Usted decide, señorita del Piero —respondió Jack Sullivan recuperando el tono habitual con el que tan bien se sentía—. En esta vida las oportunidades se cuentan con los dedos de la mano y, créame, acaba de desperdiciar una muy importante. Aténgase a las consecuencias. Por cierto, dele recuerdos al señor Torres —concluyó mientras se colocaba elegantemente el nudo de la corbata y llamaba a un taxi.

Isabella esperó a que Sullivan se montara en el vehículo y se alejara unos metros de la catedral. Respiró profundamente para recuperar la calma y tranquilizarse. Creía que todo había ido bien. No era fácil enfrentarse cara a cara con personas como Jack Sullivan. Se sentía reforzada y orgullosa por haber aguantado el tipo. Se montó en su bicicleta y pedaleó por la orilla del Sena hacia el apartamento mientras escuchaba en sus auriculares *Is This The World We Created...?*

—Ya estoy aquí! —dijo la chica alegremente mientras abría la puerta.

—¡Por fin! ¿Cómo te ha ido? ¿Estás bien? —preguntó el chico visiblemente nervioso mientras salía de la cocina para recibirla.

La joven le contó con todo detalle el encuentro con Sullivan. Sus palabras tranquilizaron a Freddy, que poco a poco volvía a recuperar la sonrisa.

—¿Y se fue en un taxi y fin? Isabella, eres toda una campeona. Estoy orgulloso de ti. ¡Qué grande eres!

—No te creas que fue fácil. Me costó mantener el tipo, pero al final salimos victoriosos. Nos necesitan para detener a FYI. Están perdidos. Sus ingenieros son incapaces de contrarrestar nuestros ataques. ¡Hemos ganado!

—¡Estupendo! ¿Y ahora qué? —preguntó el joven.

—Por lo pronto a disfrutar de nuestro éxito. Mañana tendremos tiempo de pensar en el siguiente paso. Hoy toca divertirse —respondió la joven señalando su cuarto.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo otra vez? —dijo Freddy sin demasiada convicción.

—¿Qué pasa? ¿No te apetece? ¿Te vas a echar atrás? —respondió Isabella con una sonrisa pícara.

El chico se levantó del sofá y, cogiéndola de la mano, la arrastró hacia su cuarto. Ella no opuso resistencia, más bien todo lo contrario. Sus caras reflejaban la satisfacción que sentían por su éxito.

Terminaron la tarde acostados, con la mirada perdida en el techo. Esta vez sí disfrutaron del momento. Habían logrado sintonizar sus cuerpos y sus mentes olvidándose por un momento del FYI, del GIP y de Global Security.

—Prométeme una cosa, Isabella —dijo el joven mirándola a los ojos.

—Tú dirás —respondió dulcemente.

—Prométeme que pase lo que pase estaremos juntos para siempre, ¿vale? Pase lo que pase.

Se hizo un silencio que a Freddy le pareció eterno. Se sintió inseguro y volvió a preguntar.

—¿Me lo prometes? —dijo mientras presionaba suavemente la mano de su compañera.

—Te lo prometo, Freddy. Juntos para siempre —respondió Isabella mientras le daba un beso que sellaba su amor.

—¿Sabes? Había pensado que esta tarde podríamos ir a poner un candado en el puente de los enamorados. Creo que para estas cosas del corazón soy un romántico empedernido —dijo el chico sentándose en la cama.

—Freddy, ya sabes que no me apasionan esas tonterías, pero te daré el gusto. Buscaremos un hueco en el puente y pondremos nuestro candado. Escribiremos «FYI XXX» y tiraremos la llave al río.

—¡Me encanta, Isabella! No sabes la ilusión que me hace —dijo mostrando una amplia sonrisa—. Oye, ¿te apetece un té verde con menta? Necesito beber algo.

—¡Qué buena idea! Creo que todavía queda algo en la lata. Mientras tanto, me ducho y nos preparamos para dar un paseo hasta el Puente de las Artes.

El chico saltó de la cama y caminó hacia la cocina. De repente se oyó un estallido muy fuerte. El cristal de la ventana se rompió en mil pedazos y el jarrón del salón cayó al suelo. La marca del disparo todavía soltaba polvo en la pared del cuarto de estar.

—¡Isabella! ¿Estás bien? ¡Agáchate! Creo que hay un francotirador en el edificio de enfrente.

—¡Estoy bien! Freddy, solo nos quieren asustar. Recuerda, nos necesitan. Sé valiente.

Apagaron todas las luces y cerraron las cortinas. Se escondieron detrás del sofá y esperaron sentados en el suelo hasta que se hiciera de noche mientras pensaban qué hacer.

—Mañana nos iremos del apartamento —dijo Isabella—. Tenemos que buscar un lugar más seguro en lo que

encontramos una solución definitiva. Todo saldrá bien, Freddy. Confía en mí.

—¿Y si vamos a la policía y se lo contamos todo? ¡Han intentado matarnos! —dijo el chico invadido por el miedo.

—¿Y qué les decimos? Hola, somos Freddy e Isabella. ¿No nos conoce? Los del FYI, los que han creado el virus que ha destruido el sistema económico mundial —dijo la chica jocosamente—. ¡Freddy, a veces tienes cada cosa! No podemos ir a la policía, pero ellos tampoco lo harán. Si se llegara a saber que dos jóvenes sin trabajo han puesto de rodillas a las todopoderosas multinacionales tecnológicas, perderían el poco crédito que les queda. Estoy segura, no lo harán. Solo intentan asustarnos. Sé fuerte.

—No soportaría que te pasara nada, Isabella. Eres lo más importante para mí. Recuerda, juntos hasta el final.

Los jóvenes se abrazaron y se dieron un beso de complicidad. Ahora sí sentían que volvían a estar juntos en esta guerra contra el sistema. Terminaron de vestirse y salieron a la calle. La oscuridad de París sería el mejor aliado para pasar la noche.

Alargaron las horas hasta bien entrada la madrugada. Con las primeras luces del alba decidieron volver al apartamento. Se aseguraron de que nadie les seguía, aunque ellos se sentían observados, especialmente Freddy, que no dejaba de ver sombras en cada esquina.

—Freddy, recoge tus cosas. Nos vamos —dijo Isabella.

—¿A dónde? —respondió el chico sorprendido.

—A casa de mi amiga Annette. Vive en Montmartre, cerca del Sacré Coeur. Estará unos días fuera de la ciudad. Me dejó las llaves para que pasara de vez en cuando a regarle las plantas.

—¿Y allí estaremos seguros? —titubeó el joven.

—No lo sé, pero al menos no estaremos tan expuestos como en nuestro apartamento. Freddy, tranquilízate. Todo irá bien —insistió la chica intentando contener el miedo.

No tardaron en preparar un par de mochilas y coger lo imprescindible para pasar unos días fuera de casa. Dejaron instalados unos temporizadores para encender y apagar automáticamente algunas luces y la radio. Pensaron que así se notaría menos su ausencia.

—Todo listo, nos vamos —dijo la chica con voz decidida mientras se echaba la mochila a la espalda.

—Isabella, adelántate tú. Será mejor que no nos vean juntos. Yo iré dentro de una hora, así no levantaremos sospechas.

—No hace falta, Freddy. Nadie va a sospechar de dos chicos con mochilas que recorren París en metro. En esta ciudad todos pasamos desapercibidos. Déjate de paranoias absurdas —le espetó la joven.

—No, lo haremos a mi modo. No siempre vamos a hacerlo todo a tu manera —replicó el chico mientras le abría la puerta y la daba un sutil beso en la mejilla—. Nos vemos en un rato.

Isabella no quiso forzar la situación, no le interesaba entrar en batallas inútiles. Quería que Freddy se sintiera ganador, necesitaba reforzar su valor y su autoestima.

El chico terminó de preparar sus cosas y se apresuró a abandonar el apartamento. Comprobó que no se olvidaba nada y cerró la puerta. Salió a la calle, miró a su alrededor y se puso en marcha en dirección hacia el Arco del Triunfo.

Hacía un día estupendo para pasear y decidió caminar a paso ligero por las calles de París. Dejó atrás la iglesia de la Madeleine, la Plaza de la Concordia y subió por los Campos Elíseos hasta alcanzar la boca del paso subterráneo que llega hasta los pies del Arco del Triunfo.

Echó un vistazo a su alrededor como si se sintiera observado. Miró su reloj y se dirigió a la taquilla para comprar una entrada. Subió por la estrecha escalera de caracol de la construcción, confundido entre los turistas que admiraban

FELICIDADES

las desgastadas piedras de la historia de París. Afrontó los últimos peldaños, la luz del día asomaba por el hueco de la puerta. La vista desde lo alto del monumento era espectacular. Aquel era uno de sus lugares preferidos de la ciudad.

Se detuvo un momento y observó detenidamente a las personas que se apoyaban en las barandillas de seguridad del arco. No tardó en reconocer al hombre elegantemente vestido que lo miraba a los ojos con una sonrisa perfectamente estudiada. A Freddy se le contrajo el estómago al ver cómo Sullivan se le acercaba.

—Buenos días, señor Torres. Tiene mal aspecto. ¿Todo bien?

—Sullivan, déjese se tonterías y resolvamos esto ya. ¿Ha traído el cheque?

—Vaya modales, señor Torres. Tranquilo, tenemos tiempo —respondió el hombre con un tono frío.

—Puede que a usted le parezcan divertidos estos jueguecitos, pero para mí no tienen ninguna gracia. Tome, aquí la tiene —dijo el chico mientras se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y entregaba a Sullivan una pequeña tarjeta micro SD.

El presidente de Global Security la miró y sonrió. En ese instante, otro hombre con aspecto de turista se acercó a ellos discretamente. Sullivan le dio la tarjeta e hizo un gesto que el hombre interpretó automáticamente como una orden.

—Como comprenderá, tenemos que hacer nuestras comprobaciones —dijo Jack Sullivan.

El hombre se alejó unos metros e introdujo la tarjeta en su *tablet*. Pasaron unos minutos, miró a Sullivan y, sin perder la expresión seria de su rostro, hizo una señal con el pulgar hacia arriba. La tarjeta tenía el contenido esperado: el código para desactivar los servidores de FYI.

—Gracias, señor Torres. Es un placer hacer negocios con usted —dijo Sullivan mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta un sobre amarillo y se lo entregaba al chico.

Freddy lo abrió y lo miró intentando mantener la calma. Era un cheque de cien millones de euros. Todo según lo pactado.

—Sullivan, si hago esto es por Isabella. No soportaría que le pasara nada por mi culpa. Espero no tener que verle nunca más.

—En la vida no siempre se puede decidir con la cabeza, a veces hay que dejarse llevar por el corazón —dijo el hombre con su perenne sonrisa.

—Déjese de sermones innecesarios, Sullivan. Olvídese de Isabella y de mí para siempre.

—Así lo haré, señor Torres —dijo dándole la espalda al chico mientras se acercaba a la barandilla para contemplar la vista de La Défense dando por finalizada la conversación.

Isabella estaba preocupada. Hacía un buen rato que había llegado al apartamento de Annette y comenzaba a desesperarse. Freddy tardaba demasiado y pensó que podría haberle ocurrido algo. Decidió llamarlo. Buscó en su bolso y sacó el móvil. Vio que había recibido un mensaje.

De: GIP

Para: Isabella del Piero

Asunto: FYI

El mensaje iba acompañado por una foto de dos personas en lo alto del Arco del Triunfo que intercambiaban un sobre amarillo. Isabella no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Encendió su portátil y comprobó que los servidores de FYI se habían detenido y su acceso había sido denegado. Sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo.

En un instante miles de pensamientos pasaron por su cabeza. Se sentía abatida, traicionada, incomprendida. En el fondo sabía que Freddy solo trataba de protegerla, pero era incapaz de perdonar al joven que la había vendido por dinero, siempre el estúpido dinero.

FELICIDADES

Por un momento pensó en todas las personas que habían recibido un mensaje de FYI y en cómo se habían sentido. En ese instante, fue consciente de cuántas vidas había destrozado en su cruzada contra el sistema. «Quizás a veces no es necesario saber toda la verdad», se dijo.

Mientras tanto, Freddy se apresuraba por llegar a la casa de Annette. Estaba ansioso por ver a Isabella y decirle que por fin todo había terminado.

Llegó al edificio y subió corriendo las escaleras. Se extrañó al ver pegada una foto en la puerta del apartamento. Se acercó lentamente y la cogió en la mano.

La imagen era una instantánea del momento en el que Sullivan le entregaba el sobre amarillo. Su corazón latía con fuerza. En el reverso, una frase escrita con letra clara y pausada decía: «Ahí te quedas. ¡Que te jodan, cabrón!».

En la sala de prensa de Global Security se respiraba un clima de euforia y absoluta satisfacción. Los periodistas ultimaban los preparativos para retransmitir a todo el planeta la comparecencia de Jack Sullivan. Con una puntualidad británica, el presidente de la multinacional apareció en el fondo de la sala. Se le veía realmente feliz.

Avanzó parsimoniosamente por el pasillo central de la sala flanqueado por el jefe de prensa y Michael Velázquez. A su paso recibía las felicitaciones de los asistentes, a las que respondía cortésmente con sutiles gestos de complacencia. Se tomó su tiempo, quería disfrutar el momento. Subió a la tarima, se situó detrás del atril, se ajustó la corbata y tomó la palabra.

—Buenas tardes —comenzó diciendo—. Hoy es un día muy importante para Global Security y me atrevería a decir que para todos los ciudadanos del mundo. FYI ya es historia. Una vez más hemos ganado.

Un espontáneo aplauso perfectamente calculado inundó la sala. El presidente agradeció el reconocimiento con un leve gesto de cabeza. Esperó a que se hiciera nuevamente el silencio y continuó hablando.

—No ha sido sencillo, pero después de muchísimo esfuerzo ayer conseguimos detener los servidores de FYI y reestablecer el orden en Internet. Quiero agradecer el magnífico trabajo de todo el equipo de Global Security y, especialmente, la labor de Michael Velázquez, nuestro director de Investigación. Gracias, Michael —dijo mirándolo a los

ojos sin perder su ensayada sonrisa. Ya tendría tiempo de hablar largo y tendido con él, pensó en ese momento.

Una de las periodistas acreditadas se puso en pie y cogió el micrófono inalámbrico:

—Sara McGill para *Daily Paper*. Señor Sullivan, ¿se sabe quién estuvo detrás de FYI? ¿Cómo fue posible localizar a los *hackers*? ¿Cree usted que se puede volver a repetir un ataque de esta magnitud?

—Señorita McGill, entenderá que por motivos de seguridad no pueda responderle con toda la concreción que me gustaría, pero intentaré hacerlo de la manera más sencilla y clara posible.

Siguiendo su tónica habitual, el hombre dejó pasar unos segundos para asegurarse toda la atención de la sala.

—Los ataques de FYI fueron ejecutados por un grupo internacional de *hackers* muy peligrosos perfectamente organizados y distribuidos en varios países de los cinco continentes. Este grupo está formado por personas con amplia experiencia en el sector tecnológico que tristemente un día decidieron utilizar sus conocimientos para poner en jaque a toda la sociedad, olvidando que la tecnología debe estar siempre al servicio de las personas.

Sullivan volvió a dejar pasar unos segundos, bebió un poco de agua y continuó.

—Gracias al estupendo trabajo de los profesionales de Global Security fue posible localizar los servidores de FYI y detener los ataques. Una vez más nuestros sistemas de protección y defensa han demostrado su potencia y su eficacia. Mientras otras empresas de seguridad informática han fracasado en el intento de detener a FYI, Global Security ha sido la única capaz de reestablecer el orden en la red —dijo esbozando una amplia sonrisa.

Desde el fondo de la sala otro de los periodistas acreditados levantó la mano y tomó la palabra:

—Francesco Rossi para la *Gazzetta di Milano*. ¿Qué hay de cierto sobre la historia que circula en la red acerca de dos chicos que trabajaron como becarios en su empresa y que, parece ser, son los verdaderos creadores de FYI? Se dice que uno de ellos era italiano. También se habla de una suculenta suma de dinero que Global Security habría entregado a estos *hackers* a cambio del control de los servidores.

—Como bien sabe, señor Rossi, es del todo imposible evitar este tipo de comentarios y bulos que lamentablemente siempre aparecen en estos casos. Le puedo asegurar que todo lo que se cuenta es mentira. Global Security no ha pagado ni un solo dólar a nadie para detener los ataques de FYI —respondió el presidente de manera convincente evitando así dejar lugar a ninguna clase de dudas.

—¿Y sobre lo que se comenta sobre la existencia de un localizador inteligente de personas? —volvió a preguntar el periodista italiano.

—También es falso, señor Rossi. Todo es mentira. La tecnología ha avanzado muchísimo en estos últimos años, pero es del todo imposible pensar en un sistema de control de personas como el que usted sugiere.

—Señor Sullivan, ¿podemos decir a la población mundial que Internet vuelve a ser una red segura?, ¿podemos volver a encender nuestros dispositivos electrónicos?, ¿podemos volver a confiar nuestros secretos a la nube? —preguntó con insistencia la señorita McGill.

—Sí —dijo Jack Sullivan con rotundidad—. Gracias a Global Security el acceso a Internet vuelve a ser totalmente seguro, así que los usuarios pueden estar tranquilos y encender sus equipos. Todos pueden conectarse como si nunca hubiera pasado nada. Señores, la vida ha vuelto.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el presidente de Global Security antes de abandonar la sala entre vítores y aplausos. Jack Sullivan aparecía en los informativos

de las principales cadenas como el salvador del mundo, el nuevo gurú de la tecnología. Gracias a él todo volvía a estar otra vez en orden.

En las pantallas de la sala de control de Global Security volvían a aparecer los puntos rojos que señalaban la presencia de los usuarios en la red. Las personas confiaban nuevamente en Internet y comenzaban a encender sus dispositivos. Los mensajes, las fotos, los vídeos... todo recuperaba su ritmo normal. Era como si nada hubiera pasado. La pesadilla había terminado.

Poco a poco, todo volvía a la normalidad y pronto las personas se olvidaron de FYI y recuperaron los antiguos hábitos que tanto echaban de menos. La sociedad de la información y del conocimiento era feliz, o al menos así lo quería creer. La productividad volvió a situarse en los parámetros esperados para el optimizado modelo económico del siglo XXI. Todo iba bien, los mercados bursátiles así lo reflejaban.

Al otro lado del planeta, una pequeña ONG asiática dedicada a la lucha contra el trabajo infantil celebraba la gran noticia. Acababan de recibir una donación anónima procedente de Italia por valor de cincuenta millones de euros.

Sabían que no era suficiente para solucionar la vida de los miles de niños que diariamente eran explotados por las multinacionales a cambio de un mísero salario y, lo que es más sangrante, a cambio de destruir su corta infancia. La causa lo merecía y harían lo imposible por aprovechar la generosa donación para dar a conocer esta situación deplorable y detenerla.

Mientras, en un pueblo a las afueras de Madrid, un chico moreno, alto y de complexión atlética volvía a escribir por séptima vez el mismo correo esperando, esta vez sí, recibir una respuesta: «No sé si alguna vez podrás perdonarme. Solo quiero que sepas que todo lo que hice fue por ti. No hubiera soportado que te sucediera algo por mi culpa. Te quiero».

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	9
CAPÍTULO 2	17
CAPÍTULO 3	43
CAPÍTULO 4	59
CAPÍTULO 5	71
CAPÍTULO 6	83
CAPÍTULO 7	95
CAPÍTULO 8	109
CAPÍTULO 9	129



